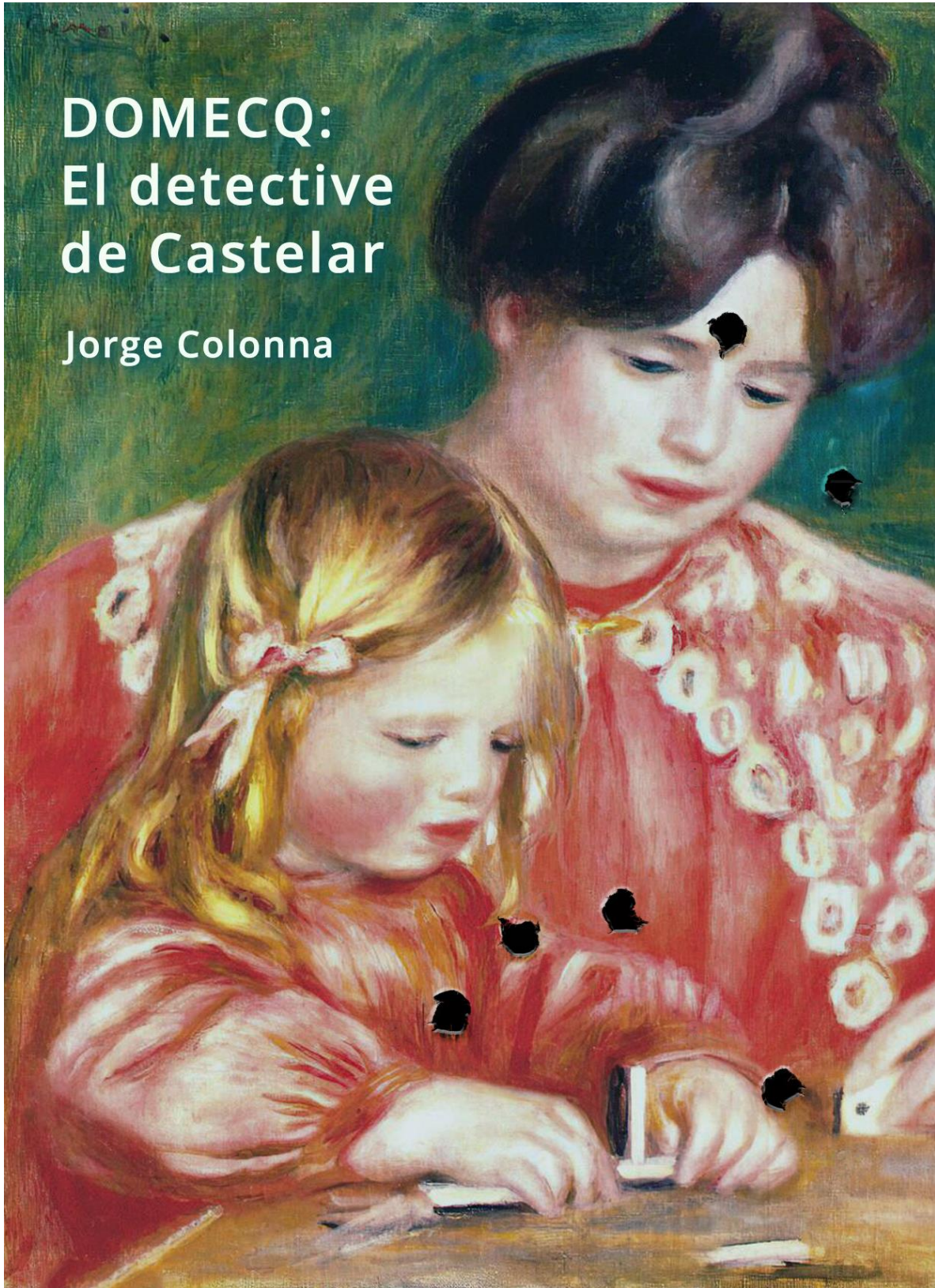


**DOMECQ:
El detective
de Castelar**

Jorge Colonna



Domecq: el detective de Castelar

(Basada en hechos reales)

Jorge Colonna, 2023

El escritor es una persona que encadena citas quitando las comillas.

ROLAND BARTHES

ÍNDICE

I.	3. De París a Castelar
II.	9. Crónica de un asesinato
III.	15. Doble crimen
IV.	20. Hoja en blanco
V.	26. Persecución
VI.	32. Paramilitar
VII.	39. Secretos
VIII.	46. Cuadros desaparecidos
IX.	52. Interpol
X.	58. Bodegón
XI.	64. Plan de acción
XII.	70. Otra muerte
XIII.	76. Autobiografía
XIV.	81. Operación Rosaura

XV.	86. Sicarios
XVI.	91. Sendero Luminoso
XVII.	97. Valija diplomática
XVIII.	102. Bellas Artes
XIX.	107. Museos de Rosario
XX.	113. El CEO
XXI.	118. Logia masónica
XXII.	124. Licio Gelli
XXIII.	129. El banquero de Dios
XXIV.	134. Jet set
XXV.	139. Matrix
XXVI.	144. La hacker
XXVII.	149. Arte falsificado
XXVIII.	154. Rebecca
XXIX.	158. Juanjo Cruz
XXX.	163. Los dueños de la tierra
XXXI.	168. Muerte dudosa
XXXII.	173. Lavado de dinero
XXXIII.	179. Prisión domiciliar
XXXIV.	185. Don Elvis
XXXV.	190. Narco avión
XXXVI.	194. Cena para dos
XXXVII.	199. Fiscal Curinao
XXXVIII.	204. Comando Vermelho
XXXIX.	209. Billones
XXXX.	215. Falsificadores
XXXXI.	222. Exilio Forzoso
XXXXII.	227. Final

I. De París a Castelar

Cuando llegamos a la terminal 2E del aeropuerto Charles de Gaulle nos sorprendió la drástica eliminación de los mostradores donde se hacía el *Check-in*. En consecuencia, sin la ayuda de ningún empleado, debíamos pesar nuestras valijas e imprimir los *boarding pass*. Como Anahí estaba concentrada en no perder de vista a sus hijos que corrían por el *Free Shop*, tuve que ocuparme de despachar el equipaje de los cuatro. Así fue que, mientras se acercaba la hora del embarque, lidié contra esas máquinas que solo tenían indicaciones en Inglés y Francés.

Después, siempre presionados por el reloj, fuimos sometidos a los estrictos controles de aduana y migraciones. Fue entonces cuando Anahí la pasó muy mal hasta poder demostrar que sus hijos viajaban con la debida autorización del padre ausente, acreditada y certificada como debe ser.

Finalmente, luego de correr alocadamente arrastrando nuestros equipajes de mano, llegamos a la sala de embarque justo cuando los últimos pasajeros terminaban de abordar el avión que nos traería de regreso a Buenos Aires.

Ya en la cabina, ubicados en los cuatro asientos centrales, con ella y yo ocupando cada punta de fila y los chicos sentados en los dos asientos intermedios, una amable azafata imaginó que Anahí era mi hija y me pidió que revisara los cinturones de mis nietos. Al escuchar que me consideraba abuelo, dudé entre reír o llorar porque a pesar de la diferencia etaria nunca dejé de fantasear con la posibilidad de que llegáramos a ser amigos con derechos.

Pero en aquel momento yo tenía otras prioridades: necesitaba

concentrarme en mi vejiga septuagenaria para que aguantara hasta que el avión despegase y se habilitara el acceso a los baños.

Una vez que el Boeing 747 avanzó por la pista, el capitán aceleró a fondo y pronto se elevó en el aire. En cuando se encendió la luz verde, indicando que el *toilette* estaba libre, yo aproveché de inmediato. Al regresar, encontré a Anahí luchando cuerpo a cuerpo contra sus hijos, empeñados en toquetear desenfrenadamente todas las opciones que aparecían en la pantalla de entretenimiento.

Después de la cena, cuando sus hijos se habían dormido, mi amiga me preguntó:

— ¿Y ahora qué?

—No entiendo —dije.

—Yo voy a reasumir como comisaria de la bonaerense. ¿Y vos, qué vas a hacer?

—No sé. Tal vez intente escribir una versión novelada de esta investigación que nos permitió recuperar un Renoir y un Matisse.

— ¿Versión novelada? —me preguntó en voz baja para no despertar a sus chicos.

—Sí. Respetando los hechos reales pero entretejidos en una trama de ficción, como en mis novelas anteriores.

— ¡Ojo! Si ponés mi nombre me rajan de la fuerza —me advirtió.

—No hay problema. Cambiar nombres no le quita verosimilitud, siempre y cuando el texto tenga apariencia de verdadero —le respondí.

— ¿Cómo plantearías la historia?

— Supongo que voy a narrar dos investigaciones paralelas que terminan confluyendo. Por un lado, la búsqueda del Renoir original,

que permitió desenmascarar a los ladrones del Museo de Bellas Artes. Por otro, la larga lucha de la familia Rosenberg para recuperar el Matisse confiscado por los nazis. Como estas investigaciones tienen un eslabón común, no me debería resultar difícil cerrar la historia — reseñé.

— ¿Vas a reconocer que no pudimos descubrir la verdad detrás de la falsificación del Renoir que se quemó en Castelar?

—Todavía no me di por vencido. Sigo pensando que Craigson Benitez se complotó con un falsificador internacional.

—Hablando de Craigson, supongo que vas a escrachar a su viuda como la mano negra detrás de los atentados contra nosotros.

—No tenemos pruebas...

— ¡Pero está presa! —me interrumpió con vehemencia.

—Está presa por otra causa y ni siquiera la condenaron.

— ¡Tenemos las grabaciones de Malinka! —insistió ella.

—Por ahora son escuchas ilegales. Para acusar a Monserrat con nombre y apellido necesito que haya una sentencia, de lo contrario...

—Cuanto más viejo, más cagón —murmuró Anahí y aprovechó que la tripulación acababa de apagar las luces de la cabina para cerrar los ojos e imitar a sus hijos.

En medio de la oscuridad, yo seguía rumiando la dura respuesta que hubiera merecido el injustificado agravio de mi amiga. Por momentos, parecía subestimarme, como si ella fuera dueña de la verdad y yo un viejo gagá.

Para sacarme la bronca, me hubiera venido bien dormir un rato pero con el paso de los años había perdido la predisposición a dormir en cualquier lado, menos aún en los incómodos asientos de la clase

Economy. Entonces, como necesitaba seguir matando el tiempo, me propuse ordenar mis recuerdos sobre la compleja historia que intentaría narrar.

«Todo había comenzado en 1980 con el millonario robo de obras de arte al MNBA ejecutado por un grupo paramilitar que después intentó canjear las pinturas por armas. En esa oportunidad, antes de aceptar los cuadros, el traficante taiwanés pidió la intervención de la casa de subastas Christie's, cuyos expertos denunciaron que una de esas pinturas, el Renoir "Gabrielle et Coco", era falsa. A partir de ese fallido intento de sustitución, la cuestionada obra de arte permaneció escondida en Castelar hasta que —durante un allanamiento— estalló una bomba cazabobos y se desencadenó un incendio generalizado que calcinó el Renoir falso. La comisaria Anahí Aberanda y su asistente quedaron a merced de las llamas, ella sufrió graves quemaduras y él murió asfixiado por el humo. Ese siniestro también se cobró la vida del entonces presidente de Magister SA, Gustavo Craigson Benitez, administrador del botín residual de la dictadura militar. Muerto Gustavo, cuando Anahí quiso averiguar quién habría heredado su poder en las sombras, se desató una ola de atentados en su contra».

Mis cavilaciones se interrumpieron cuando el avión entró en una zona de turbulencias y Anahí se despertó.

— ¿Qué pasa?

—Nada. Podés seguir durmiendo —intenté tranquilizarla.

Mientras revisaba que sus hijos tuvieran puesto el cinturón, me preguntó:

— ¿Dormiste?

—No.

— ¿Entonces?

—Estuve pensando en mi novela.

— ¿Vas a contar lo que pasó en París? —preguntó mientras bostezaba.

—Por supuesto —respondí, pero Anahí no me escuchó porque ya dormía de nuevo.

En realidad, lo que pasó en París fue consecuencia de lo que ya había sucedido en Buenos Aires, cuando me contrataron para buscar una pintura en la que Matisse había retratado a la hija de Paul Rosenberg, el marchand más importante de Europa en la preguerra. Ese cuadro había sido expoliado por los nazis y se presumía que podría haber llegado a la porteña galería Wildestein que traficaba obras arrebatadas a coleccionistas judíos. Sin embargo, cuando surgió una pista firme en París, me propusieron continuar mi investigación en Europa. Tuve suerte y, en agradecimiento, la familia Rosenberg nos invitó, a Anahí y a mí, a festejar la Navidad con ellos.

Ya en el viaje de regreso, a pesar de la oscuridad que reinaba en la cabina del avión, había varios insomnes como yo, pero la mayoría estaba viendo películas. Entonces, accedí al menú y seleccioné “Adiós muñeca”, basada en la novela de Raymond Chandler.

El resto del viaje transcurrió sin novedades. Los hijos de Anahí se perdieron el desayuno y durmieron hasta el aterrizaje. Una vez en Ezeiza, ellos tomaron el ómnibus de Tienda León y yo opté por un remise.

Ya en Castelar, mientras el chofer bajaba la valija del baúl y la

arrastraba por la vereda, saqué las llaves de mi casa, abrí la puerta y me reencontré con el gato de mi difunta esposa, que me recibió con una mirada de reproche.

Después de un fallido intento por congraciarme con Negro, adelantándole el almuerzo, me di una ducha y me acosté con la ilusión de dormir a “pata suelta”. Sin embargo, por el *jet lag* del vuelo transoceánico, mi reloj interno no estaba sincronizado con el huso horario local y me resultó imposible pegar un ojo.

Cansado de dar vueltas en la cama mientras el sol se filtraba por las ventanas, me levanté, puse música de Piazzola y comencé a deshacer la valija, separando la ropa para lavar de la que aún podía volver a ser usada y solo necesitaba una estiradita. Sin embargo, ahora que había cobrado la recompensa, podía dedicar mi tiempo a cosas más interesantes que planchar la ropa.

Entonces, encendí la notebook y al revisar los últimos mensajes recibidos me estremeció la noticia del escandaloso asesinato de Monserrat Cambó.

«Gabriel Colonna/Castelar Digital:

La viuda de Gustavo Craigson Benitez ya no podrá seguir persiguiendo a Anahí. Murió en la cárcel. Parece que la asesinaron. Es un buen tema para una nota tuya. La espero, pronto».

II. Crónica de un asesinato

Regresar a casa implicaba volver a la rutina. Luego de desayunar, abrí las ventanas para que se renovara el aire y se ventilara el olor a encierro, puse Libertango y comencé a trabajar para Castelar Digital. Si bien yo era un colaborador *free lance* que solía presentar notas firmadas y listas para ser publicadas, en esta oportunidad —al haber interactuado con los personajes involucrados— preferí enviar un amplio informe que excedía lo necrológico, acompañado por ciertas hipótesis que podrían ser, o no, tenidas en cuenta en la versión final. También solicité que no mencionaran mi nombre.

«Jorge Domecq para Castelar Digital:

Monserrat Cambó fue una reconocida aristócrata y mecenas, descendiente de una poderosa dinastía española. Era nieta y única heredera de Francisco, un acaudalado exponente de la alta burguesía catalana, considerado uno de los más importantes coleccionistas de arte de España.

Francisco Cambó (1876-1947), estuvo vinculado a la dictadura del general Franco y fue testaferro de grandes multinacionales del sector eléctrico. En Argentina alcanzó la presidencia de la Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE) que suministraba electricidad a Buenos Aires y fue investigada por fraudes financieros. En realidad, los verdaderos dueños de la compañía eran alemanes y Francisco Cambó era la pantalla española para evitar las penalidades del Tratado de Versalles. Durante la “Década Infame”, una comisión investigadora encontró pruebas de corrupción, evasión de impuestos y soborno a funcionarios, que posibilitaron la detención de altos

directivos de la CHADE. Finalmente el asunto fue solucionado por el tradicional procedimiento de financiar en secreto una campaña electoral: en este caso la de Juan Domingo Perón.

Durante su autoexilio en Buenos Aires, Cambó se casó con Mercé Mallol i Codina, con quien ya tenía una hija, Helena, nacida en 1929. A su vez, en 1959, su hija Helena dio a luz a la única nieta de Francisco: Monserrat.

Entre los cuadros que Francisco Cambó había traído de España figuraban obras de Botticelli, Rubens, Tiziano y Tintoretto. En Buenos Aires, este acaudalado coleccionista compulsivo comenzó a comprar pinturas en casas de remates porteñas que importaban obras de arte provenientes del expolio nazi.

En 1947, muerto Francisco Cambó, su viuda intentó embarcar ilegalmente los cuadros hacia España pero fue descubierta por la aduana argentina y se abortó la expatriación. Recién en 1954, disimulados entre muebles, enseres y valijas diplomáticas, algunos de esos cuadros regresaron a Cataluña, en cambio se pierde la pista de las restantes obras que conformaban esa famosa colección.

Monserrat Cambó, disfrutó una juventud plena de viajes y placeres hasta que se casó con Gustavo Craigson Benitez, hombre fuerte durante la dictadura militar, fallecido en la trágica explosión e incendio del depósito de Magister SA, en Castelar, donde se encontró una copia chamuscada del Renoir "Gabrielle et Coco" robado del MNBA en 1980. Desde entonces, Monserrat se había alejado de la vida social y se mantenía recluida en su casa de avenida Alvear o en la quinta "Mon Repós", en Parque Leloir, heredada por su hijo Santiago, nuevo presidente de Magister SA. Finalmente, presa, acusada como

partícipe necesaria de la muerte de su esposo, Monserrat fue asesinada en su celda de la alcaidía de Morón antes de ser interrogada por el fiscal y se llevó sus secretos a la tumba. Más allá de estos datos biográficos, resulta difícil emitir un juicio sobre Monserrat Cambó. Mientras algunos investigadores sospechan que la viuda había ocupado el rol de su esposo, otros creen que su hijo Santiago no solo es el nuevo presidente de Magister sino que podría estar vinculado a las violentas muertes de su padre y su madre. Por último, no faltan quienes opinan que Gustavo Craigson Benitez era un mero testaferro de los paramilitares que nunca dejaron de ejercer el poder en las sombras y habrían decidido eliminar a Gustavo y Monserrat».

Apenas terminé de enviar mi nota a Castelar Digital, y antes de poder pensar en otra cosa, el *ringtone* me avisó que un nuevo mensaje había llegado a mi celular. Era de Interpol París:
*«Ariel Tello / Interpol:
Querido amigo, hoy viajo a Buenos Aires, invitado por el Museo de Bellas Artes a la presentación de los cuadros recuperados en Uruguay. Aunque descuento que nos encontraremos en ese evento, me gustaría desayunar con vos. Si te parece bien, nos vemos mañana a las 9 hs (Hotel NH, Suipacha 301). Abrazos».*

El mensaje de Ariel desencadenó una serie de sentimientos encontrados. Me parecía lógico que el MNBA reconociera la eficaz tarea desarrollada por Interpol en la Zona Franca Colonia. Pero ese operativo solo fue posible gracias a la información que le suministré a Tello. Sin mi intervención, esos cuadros todavía estarían

desaparecidos. Sin embargo, las autoridades que decidieron agasajar a Interpol, ni siquiera me habían invitado a presenciar cómo las obras recuperadas volvían a ser colgadas en la sala de exposiciones de donde las robaron en 1980.

« ¡No te des manija, gruñón! » —en medio de mi bronca escuché la voz atemporal de Leonor. Por un lado, temía estar enloqueciendo, porque ella estaba muerta. Pero, por el otro, conversar con el amor de mi vida era la mejor forma de superar el mal momento.

« ¡Me ignoraron!» —continué con mis quejas.

«Como decía Tita Merello: “no hay que dar por el pito más que lo que el pito vale”» —argumentó con filosofía arrabalera.

« ¡Pero es injusto!» —protesté.

« ¡Mi amor! Hasta la justicia divina fue pensada por los humanos como una solución al problema de la injusticia terrenal —retrucó la etérea voz, antes de agregar—. « Ya estás grandecito para creer en los reyes magos».

« ¡Ni siquiera me invitaron!» —insistí, pero su voz y su presencia apenas intuida ya se habían evanescido y solo me rodeaba un silencio espectral.

Una linda mañana, mientras el verano se despedía con un clima primaveral, bajé de la combi en la terminal subterránea y caminé por Corrientes hasta Suipacha. A esa hora todavía no había piquetes y los cartoneros descansaban después de una noche febril. Cuando entré a la cafetería del hotel, Ariel Tello ya estaba esperándome. Salteando las formalidades, fui directo al grano:

— ¡No me invitaron!

—No entiendo —respondió Ariel, con gesto de sorpresa.

—Nadie del museo me tuvo en cuenta —insistí con gesto adusto.

—Voy a averiguar...—propuso él.

— ¡No! Ya fue. El acto no me interesa, pero a esta altura de mi vida me hubiera gustado un mimo —confesé.

—Más que un mimo te merecés alguna recompensa. Si no nos hubieras compartido tus sospechas sobre el Renoir escondido en Uruguay nunca habiéramos allanado la Zona Franca de Colonia y nunca habrían aparecido ese y los restantes cuadros robados en Buenos Aires —reconoció Ariel Tello.

— ¿Vas a ir a la cancha de San Lorenzo? —le pregunté para cambiar de tema.

— ¡Ojalá! —exclamó el cuervo de alma—. Pero tengo pasajes para mañana a la noche.

— ¿Algo urgente?

—Para ser sincero, todos los días hay algo importante. Los robos de cuadros se han generalizado en todo el mundo y los ladrones recurren a las más inverosímiles estrategias, a veces tan ingeniosas que ni siquiera los novelistas como vos podrían imaginar esos atracos —comenzó el experto—. El negocio del arte robado mueve más de \$5.000 millones de dólares al año y solo es superado por el tráfico de drogas y de armas. En Interpol tenemos un listado de más de 20.000 obras robadas y en Argentina los cuadros desaparecidos son más de 900. Concretamente, pasado mañana tengo que estar en Holanda para anunciar la recuperación de una valiosa pintura de fines del siglo XIX, robada en marzo de 2003 a un coleccionista de Buenos Aires. Se trata de la obra —*Los Marineros Bretones*, de Charles Cottet.

— ¿Cómo la encontraron?

—Fue gracias a las redes. La pintura estaba por ser subastada en una casa de remates y un interesado decidió consultar los registros de Interpol con obras de arte desaparecidas. El potencial comprador detectó la coincidencia, nos avisó y allanamos la casa de remates. Por ahora, estas denuncias son excepcionales, pero es la mejor herramienta disponible. Si antes de comprar todos se cercioraran de la procedencia...

— ¡Muchos prefieren ignorarla! —lo interrumpí.

— Así es. También están los que saben bien lo que quieren, y contratan a alguien para el robo. Esa persona suele esconder la obra en su casa y la tiene sólo para exclusivo regocijo personal. Y luego están las grandes organizaciones, las que dan los golpes más significativos y mueven millones por todo el mundo. Sin contar los casos en que todo termina mal, como el espectacular robo del Kunsthal.

—No lo recuerdo —reconocí—. ¿Qué pasó?

—Fue en Rotterdam, en 2012. Cuando el Museo Kunsthal exhibía una colección privada, ingresaron ladrones y se llevaron cuadros de Picasso, Gauguin, Matisse y Monet, de valor incalculable. Sonaron las alarmas, pero cuando llegó la policía los delincuentes habían desaparecido llevándose siete pinturas. Al año siguiente, en Bucarest, los responsables de la investigación detuvieron a tres sospechosos de nacionalidad rumana. Fue entonces cuando la madre de uno de los acusados, para eliminar pruebas contra su hijo, quemó las obras de arte robadas —resumió Ariel Tello y, luego de un

profundo suspiro, concluyó—. Un terrible final que conmocionó al mundo del arte.

III. Doble crimen

Raula Díaz, morena, menuda, seria pero sonriente, y Boris Novak, pálido, alto, delgado pero musculoso, ingresaron al despacho y tomaron asiento. Ella, erguida como estudiante de danza; él, apoltronado como en su casa.

—En esta sencilla ceremonia —bromeó con fingida solemnidad— reasumo mi cargo de comisaria —redondeó Anahí Aberanda ante el respetuoso silencio de los dos oficiales—. Vos Raula ya trabajaste conmigo y a usted Boris le deseo lo mejor —añadió mientras el joven agradecía con un movimiento de cabeza—. Bueno, todo muy lindo, pero tenemos que meternos de lleno en el caso de Monserrat Cambó, asesinada en su celda de los tribunales de Morón. Según la autopsia, murió por una inyección letal aplicada por un tercero. Como punto de partida, para descubrir al ejecutor y al instigador, necesitamos conocer bien a la víctima. Por eso les envié un archivo con mis últimas investigaciones sobre Monserrat y su familia.

— ¿Café? —interrumpió la siempre atenta Raula Díaz.

— ¿Trajiste tu termo? —se sorprendió la jefa.

—Sí, comisaria. Con Franja Blanca, molido para bolsita.

— ¡Gracias Raula! —agradeció con una sonrisa.

— ¿Con o sin azúcar? —le preguntó a Boris.

—Sin —fue la escueta respuesta de su nuevo compañero.

—Entonces, los tres sin azúcar —concluyó la oficial.

—Espero que este rico café les ayude a prestar la atención necesaria para comprender los oscuros manejos de una familia tan poderosa como perversa —comenzó Aberanda.

A partir de ese momento y durante un largo rato, la comisaria intentó resumir lo que sabía sobre el clan Craigson-Cambó.

—La difunta Monserrat fue la única heredera de Francisco Cambó, un empresario catalán que se radicó en Buenos Aires para presidir la CHADE, la empresa proveedora de electricidad involucrada en una serie de casos de corrupción y evasión de impuestos que terminaron con la detención de su plana mayor. Sin embargo, Francisco Cambó logró conservar su fortuna—. ¿Me siguen? —preguntó la comisaria y, ante el consentimiento de sus colaboradores, continuó—. Monserrat se casó con Gustavo Craigson Benitez, administrador del botín de la guerra sucia, fallecido en la trágica explosión e incendio del depósito de Magister en Castelar.

—Nosotras dos estuvimos ahí —interrumpió la oficial Díaz mirando a su joven colega.

—Pero vos no sufriste quemaduras —dijo Novak, desnudando su falta de tacto al mencionar algo tan penoso para su jefa.

Luego de un silencio que pareció interminable, Aberanda continuó: —A partir de la muerte de su esposo, alguien ordenó varios atentados contra mi vida. Primero quemaron mi auto particular. Después me atacaron mientras dormía, me golpearon hasta perder el sentido, me pusieron una capucha, me maniataron y me siguieron

pegando mientras me interrogaban. Esa noche me salvé de milagro cuando por azar apareció mi amigo Domecq. Días después, cuando me había refugiado en una chacra, me encontraron y acribillaron la casona donde estaba escondida. Por último, casi muero desangrada cuando un francotirador me acertó un balazo. Convencida de que Monserrat era la que ejercía el poder en las sombras y ordenaba estos ataques en mi contra, junté y presenté las pruebas necesarias para que fuera encarcelada. Me hubiera gustado verla condenada, pero alguien se adelantó e hizo justicia por mano propia.

— ¿No sospecharán de usted? —preguntó el joven oficial.

—Podría ser. Motivos no me faltan. Pero tengo una buena coartada: estaba volando sobre el Atlántico —respondió la comisaria con buena onda.

—Y yo estaba de guardia aquí mismo. Bien lejos de tribunales —se sumó Raula al momento de distensión.

— ¿Y usted de quien sospecha? —insistió el oficial Novak.

—La señora Cambó no solo heredó los enemigos de su esposo, sino que cosechó el odio de los amigos del difunto que la culpan de su muerte —dijo la comisaria.

—Si murieron los dos, ¿quién se queda con el poder del matrimonio? —ahora fue Díaz la que intervino.

—Es una pregunta difícil. Ellos tenían un hijo, Santiago, pero no le veo uñas de guitarrero. No faltan quienes sospechan que Gustavo no era el “mandamás” sino solo un testaferro de la mafia paramilitar. Alguien que ponía la cara e implementaba las decisiones que le llegaban de arriba. Según esta línea de pensamiento, tal vez Monserrat se cortó sola y los capos la borraron.

—Supongo que no va a decirnos quiénes son los capos —
arriesgó Raula Díaz.

— ¡Ojalá lo supiera! —dijo mientras suspiraba profundo—. Lo cierto es que no solo tenemos que investigar el asesinato sino también custodiar a los sospechosos que deben presentarse ante el fiscal del caso. Se trata de nuestros colegas, los agentes Páez y Maple que debían controlar el acceso a la celda de señora Cambó. Ahora están detenidos en esta departamental y mañana, a primera hora, deben ser trasladados a los tribunales de Morón. Vos Boris conducirás el patrullero, acompañado por un agente de custodia.

§

Esa mañana gris, mientras una densa niebla reducía la visibilidad, el oficial Novak detuvo el patrullero frente a la barrera de acceso a los tribunales de Morón. En ese preciso instante apareció una moto y sus tripulantes ametrallaron a quienes ocupaban el asiento trasero del vehículo policial. En medio del ensordecedor estruendo de las ráfagas, los cristales estallaron y una lluvia de astillas y sangre sacudió la nuca de los custodios. Cuando el oficial Novak y el agente Soldano descendieron para repeler el ataque, la moto ya desaparecía entre la congestión del tránsito de esa zona céntrica. Conmocionados, los policías descubrieron que los detenidos que trasladaban, Páez y Maple, estaban muertos.

Poco después, a toda velocidad, precedidos por el atronador ulular de sus sirenas, tres patrulleros de la Policía Bonaerense llegaron al lugar del doble crimen. Sin perder un segundo, los agentes alejaron a los curiosos, precintaron el perímetro y lo preservaron hasta

la llegada de los forenses.

Por su parte, con gesto adusto, la comisaria Aberanda se acercó al oficial Boris Novak y al agente Soldano y los relevó de sus funciones. Les pidió que permanecieran en el interior de una camioneta policial hasta que llegara el fiscal de turno y decidiera el curso a seguir. Recién entonces Aberanda solicitó a la oficial Raula Díaz y a dos de sus agentes que intentaran ubicar posibles testigos, capaces de aportar datos sobre los asesinos en moto. Luego, se comunicó con el comando departamental y ordenó un urgente relevamiento de las cámaras de vigilancia instaladas en los tribunales y sus inmediaciones.

Dada la gravedad institucional del caso, el asesinato de los policías alteró el natural ajetreo de la zona. Casi junto con la comisaria llegaron los primeros periodistas que, con el correr de los minutos, se transformaron en un molesto enjambre zumbón. La ambulancia del SAME llegó rauda pero no encontró heridos, solo muertos.

Como salidos del Eternauta, íntegramente de blanco, enfundados en su equipo de batas, guantes, barbijos y cubre zapatos diseñados para prevenir la contaminación cruzada, un grupo de expertos y técnicos forenses se adueñó de la escena del crimen. Mientras unos fotografiaban los daños del patrullero, la posición de las víctimas, las heridas, las manchas de sangre y cada detalle relevante, los restantes esperaban para recolectar y examinar todo tipo de evidencia física, desde sangre, huellas dactilares, cabellos, fibras, muestras del suelo y potenciales rastros de ADN.

Finalmente, llegó el fiscal que se encargaría de la investigación y acusación penal. Con gesto hosco pidió a la comisaria que trasladara a Novak y Soldano, hasta su despacho y los dejara incomunicados, con custodia en la puerta, hasta que él pudiera tomarles declaración. Después, sin prisa pero con suma atención, se dedicó a controlar que los forenses cumplieran meticulosamente con los protocolos tendientes a preservar la integridad de la evidencia.

A primera vista, el fiscal descubrió algo que ya había detectado la comisaria Aberanda. Las cápsulas servidas correspondían a cartucho 9x19 mm Parabellum, también conocido como 9 mm, un cartucho ampliamente utilizado en todo el mundo, tanto por civiles como por militares y muy codiciado por los sicarios.

IV. Hoja en blanco

En el vuelo de regreso desde París, mientras sus hijos dormían, Anahí me había preguntado a qué me iba a dedicar.

—No sé —respondí—. Tal vez intente escribir una versión novelada de esta investigación que nos permitió recuperar un Renoir y un Matisse.

Sin embargo, las semanas siguen pasando sin que yo me aboque al desafío de escribir una ficción basada en hechos reales como lo hicieran Truman Capote, Rodolfo Walsh y Osvaldo Soriano, quienes lograron entretejer periodismo y literatura. Es que, a pesar de

mi larga experiencia periodística, me siento como un escritor primerizo paralizado de angustia frente a la hoja en blanco. No sé si es por la edad, pero siento que mi cerebro no tiene la fuerza necesaria para enfrentar este desafío. No es algo nuevo, ya había tenido síntomas y no les presté atención. Preferí pensar que era algo transitorio y esa falta de concentración desaparecería. Pero han pasado días y semanas sin que apareciera la esquivada inspiración. Anoche, después de releer *A sangre fría*, busqué una biografía de Truman Capote este escritor que revolucionó las letras de los años 60. En ese memorable texto, con una genial combinación de técnicas periodísticas y literarias, Capote había utilizado la narración de un hecho real para construir una novela con carácter verídico. Así, focalizándose en la recopilación de datos, reconstruyendo los hechos y mostrando la realidad entrelazada con la ficción, logró la conjunción de la narrativa tradicional con el reporte periodístico en un nuevo género literario.

No parece tan difícil pero lo es. Si bien tanto la literatura como el periodismo se expresan mediante el lenguaje de las palabras, para mí siempre existió una frontera entre ambos. Difusa pero frontera al fin. El periodismo tiene como objetivo aportar información inmediata y veraz sobre lo que pasa en el mundo. En cambio, la literatura es un arte que –mediante la imaginación y la sensibilidad estética– busca conmover la inteligencia y generar emociones. El periodismo trabaja con la realidad y la literatura lo hace con la ficción. Antes de publicar *A sangre fría*, Truman Capote ya era periodista y escritor, aunaba esa doble experiencia. En cambio, yo solo soy periodista y nunca escribí un poema ni narré algo que solo existiera en mi imaginación. Mi única relación con la literatura es por medio de la lectura. Creo ser un buen

lector, alguien que intenta involucrarse con lo que lee. Algo así como el lector-cómplice que imaginaba Cortázar. Por otra parte, me atrae la posibilidad de creación ilimitada que ofrece una novela. Un espacio de libertad –sin las presiones comunes en los medios de comunicación– donde el límite sea mi propia capacidad en materia de rigor informativo, chequeo de fuentes y calidad de narración. Sé que, para llegar a buen puerto, debo encarar mi relato como una investigación periodístico-literaria. Como escritor voy a necesitar la tenacidad e inteligencia de un detective que busca resolver un enigma, más la coherencia temática, argumental y estructural que exige el género policial.

No obstante, tengo algo a mi favor. Al concebir *A sangre fría*, Capote solo contaba con el aporte de un manuscrito donde uno de los criminales había relatado lo sucedido, en cambio yo fui testigo y protagonista de los hechos que quiero narrar. Yo protagonicé la investigación que permitió recuperar un Renoir y un Matisse. No necesito inventar personajes porque los conocí a todos, tanto a los principales como a los secundarios, como así también la interacción entre ellos. Por lo tanto, siendo optimista, debería reconocer que –al haber sido parte de la historia que quiero contar- tengo a mi favor una experiencia de la que careció el genial Capote.

Ilusionado por este fútil argumento, abrí un archivo de Word, le asigné el nombre “Borrador”, busqué palabras atractivas para el primer párrafo y traté de alinearlas una tras otra, en un orden coherente y natural. Después de los primeros esbozos nada merecía la pena. Con frases cursis y lugares comunes, mi hoja escrita no era mejor que la

hoja en blanco. Eliminé esa primera versión, pensé en otras ideas y desarrollé otros comienzos, pero fue en vano, la inspiración seguía sin aparecer:

Abatido frente a la página en blanco, decidí acostarme con la esperanza de que las musas se acordaran en mí. Mientras esperaba conciliar el sueño, pensé que tal vez necesitaba despejar mi cabeza disfrutando de un marco propicio para la inspiración como la quietud del campo bonaerense.

A media mañana, mientras me afeitaba, la insobornable sinceridad del espejo me devolvió la imagen de un hombre viejo, demacrado y canoso, con ojos tristes escondidos tras anteojos de grosor llamativo. Todo agravado por una barba hirsuta y entrecana. Al terminar de afeitarme, después de enjuagarme con agua bien caliente, salí del baño.

De nuevo frente a la hoja en blanco, en espera de que llegara la inspiración, decidí disfrutar el relajante placer de fumar en pipa, Busqué mi antigua y robusta Peterson y comencé a cargarla. Con la práctica propia de años de experiencia, volqué en la palma de una mano el tabaco que iba a utilizar y lo froté con la otra, dejando caer sobre una hoja de papel las hebras que se iban soltando. Con el tabaco que había caído en la hoja, llené la pipa y la prensé hasta completar un tercio de la capacidad del hornillo. Por último, la encendí con fósforos y, al percibir el agradable aroma, comencé unas inspiraciones suaves, para evitar que el humo me llegara muy caliente a la boca, con riesgo de quemar mi lengua.

El momento de placer proporcionado por el bouquet del buen tabaco finalizó abruptamente cuando recibí un mensaje urgente de

Malinka Lorenzo, la empleada de Magister que había aportado las pruebas necesarias para encerrar a Monserrat Cambó.

«Malinka:

Necesito verlo».

«Domecq:

De acuerdo. ¿Estás más tranquila con Monserrat muerta?».

«Malinka:

Todo lo contrario. La asesinaron y tengo miedo de ser la siguiente».

«Domecq:

No entiendo».

«Malinka:

A Monserrat la mataron para que no hablara y yo conozco muchos de sus secretos. ¿Puedo ir a su casa?».

«Domecq:

Sí. Vení a cualquier hora. Te espero».

Esa calurosa tarde de marzo, mientras espiaban desde sus ventanas, las chusmas del barrio se escandalizaron al descubrir a la llamativa pelirroja que vino visitarme. Alta con piernas largas y perfectas, luciendo su indomable melena enrulada tipo afro que contrastaba con su tez pálida y ojos verdes, vestida con una ajustada musculosa y mini shorts desgastados, con un paquete de medialunas en la mano, Malinka entró a mi casa.

Sentada en una de las sillas del comedor, entre mate y mate, la ex secretaria de Gustavo Craigson Benitez me contó sus miedos:

—Como usted sabe, don Gustavo espiaba a su esposa mediante micrófonos ocultos que grababan lo que se hablaba en su propia casa —comenzó la pelirroja, con voz tensa—. Cuando él murió yo pude acceder a alguna de esas escuchas y descubrí que la viuda había planeado matar a su esposo. Después de denunciarla ante la justicia y ver que esas grabaciones sirvieron para encarcelar a Monserrat me sentí aliviada.

—Es lo que pensé—la interrumpí.

—Pero si la asesinaron debe haber sido porque sabía demasiado —agregó Malinka con firmeza.

—Es posible —reconocí.

—Entonces, si los asesinos descubren que yo tuve acceso a lo que se hablaba en esa casa, van a venir a silenciarme.

Ante la contundente lógica de la muchacha solo atiné a preguntarle:

— ¿Quién puede estar detrás de esas muertes?

—Tal vez Santiago, el hijo de Gustavo y Monserrat.

— ¿Un Edipo que mata a sus padres? —dije sorprendido.

— ¿Por qué no?

—Santiago me parece un perejil.

—Pero tiene motivos, medios y oportunidad—respondió con lógica.

— ¿Y si en lugar de apuntar al heredero pensamos en algún competidor de Gustavo? —sugerí.

— ¿Competidor?

— ¡Sí! Algún colega de la “Triple A” que aspire a recuperar el botín —arriesgué antes de preguntarle—. ¿Tu abuelo no puede darte

nombres?

—No. Él conocía a sus jefes directos, como Aníbal Gordon y algún milico de enlace, pero los capos nunca dieron la cara y se mantuvieron en el anonimato. Además, le queda poco piolín en el carretel y solo piensa en su autobiografía —respondió con voz trémula.

Demudado, solo atiné a expresarle mi voluntad de ayudarla, aunque no sabía cómo.

Ella primero fantaseó con la idea de huir del país pero pronto tuvo que descartar la idea, recién entonces me pidió que la ayudara a esconderse.

V. Persecución

Temiendo por su vida, Malinka había venido a pedirme que la ayudara a esconderse. Luego de descartar la opción de compartir mi casa, le propuse llamar a un viejo amigo que había permutado su departamento en Once por una pequeña hostería en el Delta. Hecha la consulta, el sincero dueño de “La fiaca” respondió: «*Con la crisis no vienen ni los mosquitos. Si paga en efectivo le cobro la mitad*».

Una vez aceptada la propuesta me ofrecí a llevarla hasta el puerto de Tigre, previo paso por su casa. Fue entonces cuando se sorprendió al ver mi impecable *coupé* Chevy roja, recién salida del taller. Gracias al inusual poco tránsito de la autopista del Oeste no

tardé mucho en llegar a Liniers. Descendí en la avenida general Paz, salí en Tuyutí y estacioné frente a su casa.

Mientras ella se demoraba preparando un bolso con la ropa y accesorios necesarios para alojarse un par de días, un fuerte viento del sudeste acercaba preocupantes nubarrones.

En cuanto Malinka subió al auto, ahora con una camisa de jean sobre la musculosa, retrocedí por la general Paz en dirección al Río de la Plata justo cuando caían las primeras gotas. Casi de inmediato, un temporal de viento y lluvia comenzó a zarandear mi *coupé*. Hojas y basura volaban en remolinos de un lado para otro y se pegaban al parabrisas dificultando mi visión. La avenida comenzó a inundarse. Al llegar a Beiró la cinta asfáltica se hundía bajo el agua acumulada y reaparecía unos cien metros más adelante. Mientras mascullaba puteadas contra mi mala suerte, un tremendo sacudón me anticipó que todo podía empeorar. Miré por el retrovisor y descubrí el enorme paragolpes de una camioneta que me empujaba hacia la súbita laguna. Atónito, llevado por el instinto, puse segunda y –sin soltar el embrague– apreté el acelerador a fondo para que el agua no entrara por el caño de escape. Fueron unos segundos de tensión interminable. Mi Chevy avanzaba entre la mugre, mitad sobre las ruedas, mitad a flote, rebotando contra el piso, siempre empujado desde atrás. En cuanto superé el enorme vado artificial y las cuatro ruedas se afirmaron sobre el piso, aceleré para salir de la ruta y meterme en una estación de servicios.

Después de revisar el motor, cuando iba a retomar la marcha, Malinka me señaló la camioneta negra que me había empujado y que también se había detenido. Miré con atención y mi indignación se

transformó en temor al presentir que tras los inescrutables vidrios polarizados alguien nos vigilaba.

Ya sobre la Panamericana, pude confirmar que la camioneta negra seguía detrás de nosotros. Aprovechando que llovía menos, traté de zigzaguear para alejarme de ellos pero después de varios intentos tuve que reconocer que no sería fácil.

Al llegar a San Isidro intenté algo distinto, ingresé al enorme parking de un supermercado y deambulé por los carriles internos antes de estacionar. Luego de un rato, volví a arrancar y repetí la maniobra de distracción. Por último, enfilé hacia la salida y me mezclé en el tránsito, tratando de despistar a mis perseguidores. Al llegar al puerto de Tigre Malinka giró la cabeza hacia atrás y descubrió que la camioneta todavía nos seguía. Entonces, tuvimos que cambiar de plan.

Descartamos el refugio en la aislada hostería del Delta y regresamos hacia nuestra conocida zona Oeste. Además, decidí apostar a la velocidad de mi *coupé* para intentar escapar por la Panamericana. Fue entonces cuando busqué filtrarme por el reducido espacio entre dos camiones, con la esperanza de que nuestro perseguidor no pudiera imitarme. Satisfecho, apreté el acelerador y confié en la potencia del motor de mi Chevy. Lamentablemente, después de un rato sin novedades, al volver a mirar por el espejo retrovisor descubrí, a lo lejos, la maldita camioneta negra.

Cuando un cartel me indicó que faltaban dos kilómetros para la salida hacia la avenida Márquez, concebí una maniobra casi suicida. Reduje la velocidad, avancé a la par de un enorme camión que transportaba combustible y esperé que la camioneta negra volviera a

respirarme en la nuca. Entonces, justo antes de la salida, aceleré a fondo y me arriesgué a cruzar apenas delante del camión. Como un loco, me tiré a la derecha, atravesé el triángulo de pasto y desemboqué en la colectora. Entre bocinazos y puteadas, el camionero al que sobrepasé peligrosamente, me había servido de involuntaria cortina al impedir que la camioneta siguiera mi alocado derrotero.

Luego de comprobar que mis perseguidores seguían de largo, posiblemente buscando la siguiente bajada de la autopista, me detuve en una calle lateral, conecté el GPS y busqué un camino alternativo, aunque implicara bordear el tenebroso Fuerte Apache.

Una hora después, sin noticias de la camioneta con vidrios polarizados, le propuse a Malinka evitar Castelar y refugiarnos en la chacra de un amigo. De común acuerdo, me dirigí a Ituzaingó, crucé las vías del Sarmiento, avancé por Blas Parera bordeando la Resera Natural de Morón, atravesé la localidad de Libertad y llegué al Arco de Pontevedra. Mientras me detenía un rato, para confirmar que no nos seguían, la pelirroja aprovechó para comprar algunas delicias regionales, como salame, queso y pan casero. Al reanudar la marcha, mi cuidada *coupé* roja tuvo que traquetear un buen rato esquivando una larga sucesión de traicioneros baches sembrados en la maltrecha ruta provincial. Finalmente, me detuve frente a la tranquera de la talabartería La Aurora.

Mientras bajaba del auto, intenté convencer a Malinka de que – pese al estruendo de sus ladridos- los perrazos que nos rodeaban no eran de temer.

Fue entonces cuando escuché la seseante voz de un paisano de

boina, bombacha y alpargatas, algo mayor que yo, más bajo, más flaco y con la piel curtida.

— ¿Domecq? —preguntó don Anselmo Semino, sorprendido al verme con semejante auto y semejante pelirroja.

—El mismo que viste y calza —dije y él se acercó para abrazarme esbozando una sonrisa que delataba su dentadura incompleta.

Durante el instante que duró el saludo, el paisano chúcaro se las arregló para susurrarme: — ¡No quiero quilombos!

De inmediato, se sacó la boina y mirando a la pelirroja me preguntó: — ¿No vas a presentarme a tu nieta?

Antes de que yo pudiera articular una respuesta, Malinka se adelantó a contestar: —Sobrina nieta. Él no tuvo hijos pero si sobrinos.

—Estoy escribiendo una novela —improvisé sobre la marcha—. Pero, con la artritis, mis manos ya no pueden seguir el ritmo de mis ideas. Por eso convencí a Malinka para que tipiara mis dictados. Como además necesito un entorno tranquilo, apto para reflexionar, se me ocurrió venir al campo y alquilarte la casita de huéspedes por unos días.

—Maldita artritis. Me arruinó la vida—reaccionó don Anselmo cuando mencioné la cruel enfermedad.

— ¿Qué le pasó? —preguntó con calidez la pelirroja, como si estuviera hablando con su abuelo.

—Lo mío fueron los cueros. Desde sobar tientos y trenzar lazos, hasta reparar monturas, cinchas, cabezadas y riendas, hasta que una temprana y maldita artritis me obligó a abandonar el trabajo manual —

dijo el viejo paisano, mostrando sus manos fuertes y ásperas.

Para cambiar de tema, le pregunté si ya había colocado aire acondicionado y, luego de sonreír por mi broma, apeló a uno de sus refranes: “*difícil que el chancho chifle*”. Después, abrió la puerta de la antigua casa de los patrones de la chacra, que él mantenía en buen estado con la esperanza de ganar unos pesos alquilándola los fines de semana. A medida que nos mostraba los ambientes, el anfitrión iba abriendo las ventanas para ventilarlos aprovechando el último sol de la tarde. Tras el breve recorrido, entre las dos habitaciones con camas de una plaza, Malinka eligió la más pequeña pero luminosa y mí me quedó la más amplia y cercana al único baño de la casa. Luego de sacar dos juegos de sábanas y toallas de un antiguo ropero, don Anselmo se ofreció a matar un pollo y asarlo a la parrilla para la cena, pero le respondí que estábamos muy cansados y preferíamos compartir el salame y el queso comprados en la ruta y acostarnos temprano.

Mientras cada uno hacía su cama, aproveché para preguntarle a Malinka si tenía idea de quiénes nos perseguían?

—Gente de Monserrat —respondió sin dudar.

— ¿Qué me podés contar de la familia Craigson Cambó?

—Mi abuelo apreciaba a Gustavo, lo consideraba su sucesor, alguien que había tomado la posta, el relevo.

— ¿Te referís a la “Triple A”?

—Sí. Y después tuvo que administrar las pensiones de las viudas...

— ¿Viudas?

— ¡Sí! Viudas e hijos de las víctimas de la guerrilla y que no reciben pensión del Estado.

— ¿Magister administra esos fondos? —pregunté.

—Sí —fue la escueta respuesta.

— ¿Y Santiago?

—Sin dudas, no era el hijo que Gustavo hubiera querido. No lo consideraba un digno heredero. No tiene carácter, ni muchas luces. Además, tomaba partido por la madre.

— ¿Y Monserrat? —pregunté.

—Después le cuento, ahora tengo hambre y necesito que me ayude a preparar la picada.

(VI). Paramilitar

Era una noche agradable y sin nubes, ideal para cenar al aire libre, sin que la luz de la ciudad o la contaminación ambiental enturbiaran la vista del cielo estrellado. Con Malinka, arrastramos la pesada mesa fuera de la cocina y usamos unas servilletas como manteles individuales. Solo faltaba el vino para reemplazar el agua de aljibe con que acompañamos la picada campestre.

—Habías empezado a hablar de Monserrat —dije, invitándola a continuar su relato.

—Era jodida como su marido. Tal para cual. Había heredado la

inmensa fortuna de su abuelo, miembro de la alta sociedad catalana, y estaba acostumbrada a llevarse todo por delante. No sé cómo se conocieron, pero fue durante la Dictadura, cuando Gustavo era un joven abogado muy bien relacionado, que supo estar a disposición de los militares. Después de casados, en algún momento Monserrat se aburrió de jugar a ser mecenas y quiso participar en los negocios. Ella pidió manejar la galería Wildestein y él se negó. Según don Gustavo la pelea se agravó cuando los dos pujaron por quedarse con un Renoir original.

— ¿Estás hablando del “Gabrielle el Coco” original que acaba de ser hallado en Uruguay? —pregunté sin poder disimular mi ansiedad.

— ¡Sí! —me confirmó la pelirroja—. La pintura apareció meses después de la muerte de Gustavo y poco antes de que asesinaran a su esposa.

— ¿Vos pensás que ambas muertes están relacionadas con el cuadro? —arriesgué.

—Tal vez —dijo ella—. Pero basta de charla, la picada estuvo rica y ahora quiero darme una ducha.

—De acuerdo. ¡Hasta mañana!

El sol se filtraba entre las rendijas de los postigones, cuando una irrefrenable necesidad me obligó ir al baño. Me levanté y caminé descalzo sobre el frío piso de cemento alisado. Luego, ya sin apuro, me lavé con el agua helada que subía del pozo y regresé a mi habitación. Mientras la puerta del dormitorio de Malinka permanecía cerrada, aproveché para vestirme con la misma, y única, ropa que

llevaba puesta el día anterior.

Al salir, bajo la sombra de centenarias casuarinas, encontré a Anselmo y me invitó a compartir el pan casero con chicharrón y sus mates con unos toques mágicos de ciertos yuyos que solo él conoce y guarda en secreto.

Despatarrados sobre el piso de tierra, los perros nos ignoraban, como a los pájaros y a las gallinas. Más alejados, una yegua y su potrillo reboleaban sus colas para espantar las moscas.

Sin temas en común, hablamos de bueyes perdidos. Yo sabía que Anselmo se moría de ganas por conocer la verdad sobre mi relación con la pelirroja, pero como era difícil de explicar preferí no mencionarlo.

Malinka se despertó sobresaltada justo cuando el tren se acercaba a máxima velocidad y ella no lograba hacer arrancar su auto detenido sobre las vías. Abrió los ojos, y sin pensar en la pesadilla, se levantó, fue al baño, se lavó y sacudió su roja cabellera. Después, se cambió la musculosa, se puso el mismo short y encendió su celular. Al rato, salió del caserón y se acercó a nosotros. Aceptó el mate ofrecido por Anselmo y, mirándome con gesto adusto, recurrió al tuteo: —Mi abuelo me necesita, ¿me llevás?

— ¿Ahora? —pregunté.

—Sí —fue la escueta respuesta que me sorprendió, pero no tanto como al pobre Anselmo que cada vez entendía menos, pero no se atrevía a preguntar.

Mientras una leve brisa otoñal mecía las hojas de las casuarinas y el tardío canto de un gallo alteraba el placentero murmullo pastoril, me despedí de mi amigo, le di las gracias y le anticipé que esa misma

tarde haría la transferencia para pagar la noche de alojamiento. La pelirroja le dio un beso y, sin necesidad, mintió al decirle que se parecía a su abuelo.

Una vez que encendí el motor del Chevy, a marcha lenta y con prudencia, atravesé la tranquera. Ya sobre la calle de tierra, aceleré a fondo levantando una nube de polvo. Recién entonces, miré a Malinka y la encaré con firmeza: — ¿Qué demonios está pasando?

—Dice mi abuelo que estoy en peligro.

— ¿Acá?, ¿por qué?

—No sé —me interrumpió y agregó—. Solo dijo que él me protegería.

— ¿De quienes?

— ¡No sé! Por favor, poné el GPS y buscá Marcos Paz —me pidió.

— ¿La cárcel? —pregunté sorprendido.

— ¡No! Un campo donde cumple la prisión domiciliaria.

Ernesto Lorenzo, el abuelo de Malinka, rondaba los 70 años, era fornido, de mediana altura, con bigotes de milico, piel ajada, mentón cuadrado y prominente, nariz algo chata y labios delgados con un rictus desagradable. Llevaba botas de montar, sombrero tipo cowboy que ocultaba su calva rapada, y anteojos muy oscuros que disimulaban la fiereza de su mirada. Nos esperaba junto a las caballerizas, detrás del chalet principal.

— ¡Hola bebé! —exclamó con voz aguardentosa, acercándose a su nieta que acababa de bajar de mi coupé.

— ¡Hola Abu! —respondió Malinka mientras lo abrazaba con

aparente cariño.

—Así que usted es el famoso Domecq —dijo acercándoseme con la manaza extendida, dispuesto a hacerme sentir su rigor.

— ¿Famoso? —dije, mientras disimulaba el dolor en los dedos de mi mano.

—Lo tengo en mi radar desde que usted trabajaba con Patricia Martín García.

—Ajá —dije con recelo, porque no lograba entender el sentido de sus palabras.

—Sé que conoce mi historia y descuento que le interesará mi propuesta —continuó sorprendiéndome.

— ¿Propuesta? —pregunté, mirando primero a él y después a ella.

—Disculpe —dijo Malinka—. Abu me pidió que no le anticipara nada.

Sin saber cómo reaccionar, apenas atiné a encogerme de hombros, arquear mis cejas y mantener la boca cerrada.

—Quiero contar mi vida —comenzó, con voz gruesa y áspera—. La editorial que va a publicar mis memorias me ofreció un escritor fantasma pero lo rechacé porque no quiero trabajar con un desconocido. Estoy buscando a alguien dispuesto a escucharme, tomar notas (¡nada de grabaciones!) y escribir como si fuera yo, para presentarlo como autobiografía. Usted es periodista y escritor, y como mi nieta afirma que es la persona adecuada, quiero contratarlo. Eso sí, jamás podrá repetir nada de lo que yo diga, más allá de lo que finalmente salga publicado. Por lo tanto, si no es capaz de mantener la boca cerrada será mejor que no acepte.

—Le agradezco la propuesta, pero creo que usted necesita alguien de su confianza y no es mi caso —intenté escapar por la tangente.

—Tiene razón, y hasta ayer yo no pensaba contratarlo. Pero la forma en que ayudó a mi nieta, corriendo riesgos para alejarla de sus perseguidores y no abandonarla hasta conseguirle una guarida, son cosas que muy pocas personas son capaces de hacer por una desconocida, o casi, como Malinka. Ese ejemplo de conducta vale más que una buena referencia y me induce a confiar en usted.

—Solo hice lo correcto, aunque reconozco que ya no es lo habitual.

—Vamos a trabajar “cara a cara” y acá, porque la prisión domiciliaria no me permite salir. Si quiere, puede instalarse en la casa de huéspedes —me propuso.

— ¡Tengo una vida! —reaccioné molesto.

— ¡Por supuesto! —intervino Malinka—. Además, después del estrés de ayer todos necesitamos descansar. Creo que lo mejor es hacer un alto y darle tiempo a Domecq para formular una propuesta de su plan de trabajo, con calendarios y honorarios. Incluso, sería posible que el chofer se ocupara de llevarlo y traerlo, para que no tenga que manejar tanto, especialmente en horas pico.

Al cruzar la tranquera del campo de Ernesto Lorenzo, ingresé a la Ruta 6, bajé el vidrio de mi ventanilla y apreté el acelerador del potente motor de 7 bancadas y 250 cms cúbicos. Pero ni la violencia del viento golpeándome la cara lograba aplacar la batalla entre pensamientos irreconciliables. Me repugnaba la idea de trabajar con el autor confeso de abominables crímenes de lesa humanidad. Pero el

siniestro abuelo de Malinka estaba dispuesto a compartir sus oscuros secretos y me había elegido para volcarlos al papel. El periodista que llevo adentro no quería desperdiciar esa oportunidad única, pero mis resabios éticos la consideraban una traición moral.

Como un adicto a la velocidad, seguía apretando el acelerador hasta que un grito me sobresaltó:

« ¡Pará!» —me ordenó—. « ¡Te vas a matar! ¡Pará, por favor!». — insistió Leonor con energía.

Una vez que me detuve en la banquina, y mis palpitaciones se normalizaban lentamente, volví a escuchar la voz atemporal del amor de mi vida.

« ¿A tu edad con estas pendejadas de “*Rebelde sin causa*”?» —dijo con ironía—. «No tiene sentido dramatizar, porque Lorenzo no puede obligarte a nada. Eso sí, no es posible pescar sin mojarse. El viejo personaje de Hemingway decidió enfrentar todo tipo de desafíos para retener el gran pez que había capturado. Nadie lo obligó a hacerlo. Pudo haber cortado la tanza, dejarlo libre y regresar a su monótona vida de anciano. Pero al animarse a protagonizar semejante aventura el viejo pescador le encontró sentido a su vida. Algunos piensan que valió la pena, pero otros no. Pero vos ni siquiera te subiste al bote».

« ¿Me estás diciendo que...? » —intenté preguntarle pero ella continuó con su arenga.

«La pelota está de tu lado. Están esperando tu propuesta. Por lo tanto, podés plantear tus reglas a través del plan de trabajo. Tal vez puedas incluir alguna cláusula de salida por si las cosas se ponen feas. Por supuesto, también podrías rechazar todo y dejar escapar el mayor pez

de tu vida» —concluyó Leonor y dio por terminada aquella inesperada conversación imaginaria.

VII. Secretos

— ¡Hola, comisaria! Pase, por favor. Tome asiento —dijo respetuosamente el fiscal Curinao al recibirla en su despacho de los tribunales de Morón—. Ante todo, me alegro por su reincorporación porque significa que está recuperada. Y también me alegro porque puedo hacerle un pedido.

—Lo escucho doctor —respondió Anahí Aberanda, arqueando las cejas en un leve gesto de sorpresa.

—Como usted bien sabe, a pesar de la ley de 2012, todavía carecemos de un cuerpo de Investigadores Judiciales dependientes de la Procuración. Por lo tanto, los fiscales seguimos dependiendo de las investigaciones policiales. Conociendo sus antecedentes, y dado que en mi juzgado ha caído una causa que involucra a personajes ya investigados por usted, considero fundamental contar con su participación, siempre y cuando no tenga objeciones.

— ¿A cuál caso se refiere? —preguntó la comisaria aunque ya intuía la respuesta.

—El asesinato de Monserrat Cambó de Craigson Benitez.

—Cuenta conmigo —fue la escueta respuesta de Aberanda.

Luego de una extensa charla de coordinación, en la que

intercambiaron la información que consideraron relevante, la comisaria propuso organizar una reunión informal con Santiago Craigson, hijo de la víctima.

A la mañana siguiente, conduciendo el Jeep negro que había comprado de segunda mano, Aberanda avanzó por el Acceso Oeste, cruzó el peaje, bajó en Martín Fierro, se internó en Parque Leloir hasta la calle De la Vidalita y estacionó frente a los altos cercos electrizados de la quinta “*Mon Repós*”. Allí, enmarcada por la dorada copa de un Ginkgo Biloba, se erguía una amplia casona de estilo colonial con un toque andaluz, construida en dos plantas, con fachada blanca, ventanas de postigos verdes, techos de tejas rojizas, varias chimeneas y garaje para dos autos. Todo rodeado de un césped impecable y plantas multicolores adaptadas al clima otoñal.

Frente a la cámara del portero eléctrico, la comisaria Anahí Aberanda tocó el timbre, se presentó y mencionó su reunión con el señor Santiago Craigson. Recién entonces, tras el tosco entrechocar metálico de una cerradura, el sólido portón se abrió y, en lugar de una mucama o un ama de llaves, la recibió un tipo grandote, musculoso, de cabello corto y mentón grande, visco y de mirada desafiante.

Intentando un gesto de forzada cortesía, el custodio levantó su manaza para señalar una galería con arcadas, donde había alguien sentado en un sillón de Rattan color natural. Una vez que Aberanda se acercó, un joven delgado, que aparentaba unos treinta y pico de años y lucía la elegante combinación de un buen traje claro, con una camisa de vestir color celeste, sin corbata y con el botón del cuello desabrochado, se puso de pie y la saludó respetuosamente:

— ¡Buenos días! Soy Santiago —se presentó con un esbozo de sonrisa el hijo de Monserrat Cambó y Gustavo Craigson Benitez.

Mientras le estrechaba la mano, con un ademán Santiago la invitó a tomar asiento. Los sillones no estaban ni juntos ni enfrentados, ni demasiado cerca ni alejados, su ubicación parecía casual aunque podría haber estado pensada para hacerla sentir cómoda, como en una charla informal.

El dueño de casa le ofreció algo para tomar pero la comisaria prefirió no aceptar.

—Lamento su pérdida —se condolió Aberanda.

—Doble pérdida —dijo Santiago con voz queda—. En pocos meses, primero papá y después mamá.

—Su padre falleció en un accidente, pero todo indica que su madre fue asesinada y estoy a cargo de la investigación.

— ¿Cómo pudieron matarla dentro de la alcaidía? —recriminó.

—Es lo que tengo que averiguar. Lamentablemente, los dos agentes que custodiaban el acceso a la celda de su madre no pudieron declarar como testigos porque también fueron asesinados —explicó ella.

— ¿Cómo es posible matar a dos policías y escapar sin ser capturados? —exclamó con justificada indignación.

—Parece un trabajo de gente entrenada —dijo la comisaria—. Al ser asesinada en vísperas de su interrogatorio, induce a preguntar quién podría resultar perjudicado por las declaraciones de Monserrat.

— ¡Nadie! —reaccionó con firmeza—. La acusaban por el accidente en que murió mi padre. Era algo personal que no afectaba a nadie más.

— ¿Ni a la familia?

—La única familia soy yo...

— ¿Entonces...? —preguntó la comisaria mirándolo a los ojos en busca de alguna reacción.

—Estaba detenida por una denuncia absurda y pronto iban a liberarla.

—De todos modos, voy a necesitar que me cuente las actividades que desarrollaba su madre —dijo Aberanda.

—Mamá era una mujer de la alta sociedad, una verdadera mecenas que colaboraba con distintas organizaciones culturales.

—Tengo entendido que después de enviudar se había recluido.

—Es cierto. No quiso retomar su actividad social. Ni siquiera colaboró conmigo cuando asumí la presidencia de Magister.

—Hablando de Magister, ¿cómo reaccionaron los otros accionistas y directivos cuando usted reemplazó a su padre?

—Fueron ellos los que me eligieron.

— ¿Hubo gente disconforme?

—El apoyo no fue unánime, pero la mayoría me votó.

— ¿Algún otro postulante al cargo pudo quedar resentido?

— ¿Tan resentido como para matar a mi mamá? —ironizó con un gesto burlón.

Molesta por el exabrupto, la comisaria lo miró con firmeza mientras le advertía: —Mire señor Craigson, tengo que averiguar quién mató a su madre y todas las hipótesis están abiertas. Por ejemplo, ¿es cierto que usted consultó a un veterano detective porque su padre le había encargado la búsqueda de una obra de arte?

— ¿Domecq? —se sorprendió Santiago.

—Sí, somos viejos amigos.

—Es cierto. Lo consulté una vez. ¿Qué le interesa saber?

—Me gustaría conocer bien ese episodio que ocurrió poco antes de la muerte de su madre.

—De acuerdo. Tal vez por influencia de mi mamá, mi papá se fue interesando por el mundo del arte. Primero como inversor, pero con el tiempo se fue apasionando.

— ¿Qué le pidió su padre?

—Que intentara recuperar un cuadro perdido.

— ¿Cuál?

—“Gabrielle et Coco” de Renoir.

— ¿Y usted consultó a Domecq?

— ¡Sí! Porque él había publicado una nota sobre su búsqueda de ese cuadro.

— Por favor, recuérdemela.

—Según Domecq, el “*Gabrielle et Coco*” pintado por Renoir estuvo expuesto en el Museo Nacional de Bellas Artes hasta que fue robado en la Navidad de 1980. Un par de años después intentaron canjear ese cuadro por armas, pero resultó ser una falsificación y el original continuó sin aparecer —resumió Santiago.

— ¡Increíble! —murmuró la comisaria—. Su padre le pide que busque un cuadro y al morir ya lo tenía en su poder.

—Se equivoca —reaccionó el joven—. Mi padre buscaba el “*Gabrielle et Coco*” auténtico y en el incendio donde murió se encontró un Renoir falso.

— ¿Finalmente contrató a Domecq? —preguntó Aberanda, aunque conocía la respuesta.

—No. Porque descubrí que era amigo de un personaje nefasto para mi familia.

— ¿Quién?

—Malinka Lorenzo, una secretaria que quería seducir a mi padre y destruir su matrimonio.

— ¿Su madre estaba al tanto?

—Sí, pero no le dio importancia hasta que ya viuda aparecieron las denuncias de Malinka en su contra.

—Si ya había muerto su padre ¿por qué Malinka seguiría atacando a Monserrat?

—Para verla encerrada y, de yapa, muerta.

— ¿Semejante venganza por un amorío?

—Malinka es una mala persona. Muy mala—dijo Santiago mirándola con firmeza—. Si usted vino a verme buscando una pista, ya puede empezar por Malinka.

—Como imaginará, necesito algo más para sospechar de una secretaria resentida.

—Malinka no solo era la secretaria de mi padre, es la nieta de un peso pesado de la dictadura militar.

—Sigo sin entender. ¿Qué relación podría haber entre el despecho de Malinka y el vínculo de su abuelo con los militares?

—Tal vez el despecho es una excusa para ocultar otras intenciones —dijo Santiago Craigson mientras se ponía de pie intentando dar por terminada la reunión.

—Todavía no terminé. Tengo más preguntas para hacerle, salvo que prefiera contestarlas en tribunales, frente al fiscal —jugó fuerte la comisaria, sin levantarse de su asiento.

—La escucho —dijo resignado, mientras volvía a sentarse.

— ¿Realmente cree que el comportamiento de Malinka podría ocultar otras intenciones?

— ¡Sí! Creo que Malinka usó a mi madre como chivo expiatorio

—Tendrá que explicarme cómo llega a esa conclusión —dijo la comisaria en tono neutro.

—No tengo pruebas, pero sospecho que mis padres compartían secretos y hay gente capaz de todo con tal de que esos secretos no salgan a la luz.

— ¿Qué tipo de secretos?

—Relacionados con cuadros desaparecidos. Al menos eso es lo que piensa Malinka y los que están detrás de ella.

— ¿Quiénes?

—La banda que integraba su abuelo.

— ¿Cuál?

—Por favor, busque en Google la organización más siniestra durante el gobierno militar. Si sigo hablando voy a terminar como mis viejos—dijo Santiago con voz trémula.

—Una última pregunta. Mientras investigaba el incendio donde murió su padre, yo fui víctima de varios atentados. Según su teoría conspirativa, ¿cree que Malinka pudo haber estado involucrada?

— ¡Sí!

—Gracias —dijo la comisaria Aberanda y dio por terminada la reunión.

VIII. Cuadros desaparecidos

Bien temprano, apenas ingresó a su despacho en la departamental Morón, la comisaria Aberanda convocó a los oficiales Raula Díaz y Boris Novak. Ya reunidos, a puerta cerrada, la jefa les informó que tenían un gran desafío por delante, ya que el fiscal Curinao había decidido unificar bajo su responsabilidad dos casos complejos y entrelazados: la investigación del asesinato de Monserrat Cambó y el atentado mortal contra los dos policías testigos.

Por esas cosas del destino, el joven Boris Novak había sido quien conducía el patrullero al momento de la masacre y tuvo que declarar ante el fiscal. Como a la comisaria le interesaba conocer detalles de esa declaración de su subordinado, le preguntó:

— ¿Lo trataron bien en tribunales?

—Si, comisaria, pero machacan y machacan. Preguntan y repreguntan varias veces la misma cosa —respondió el oficial—. De entrada, insistieron en que sería una “falta grave” omitirle algo al fiscal y luego me ordenaron guardar estricta reserva de lo hablado. Por suerte yo sólo era testigo y no imputado...

— ¿Qué preguntaban? —lo interrumpió Aberanda.

—Están obsesionados por el traslado de los testigos desde esta departamental hasta tribunales y me lo preguntaron al derecho y al revés. ¿Cómo me había enterado de mi designación para el traslado?, ¿quiénes más estaban al tanto del horario?, ¿cuán alertas estábamos ante un eventual ataque?, ¿cómo y cuándo reaccionamos, tanto el chofer como el custodio?, ¿qué habíamos logrado ver: moto, armas, cascos, caras?, ¿qué más se podía haber hecho y por qué no se hizo?

—Supongo que al agente de custodia le preguntarán lo mismo —

intervino Raula Díaz.

— ¡No sé! Tengo prohibido hablar con él.

— ¿Hay algo que quieras comentarme? —intervino la comisaria, intuyendo cierta preocupación en el joven oficial.

—Sin presumir, creo que soy buen tirador. Lo demostré en mis prácticas de tiro. Al momento del ataque, en cuanto escuché la primera ráfaga, desenfundé, me bajé y comencé a dispararles a los agresores que ya huían en la moto. Estoy seguro de que por lo menos uno de mis disparos dio en el blanco. Más precisamente en la luz trasera, que estalló. Se lo dije al ayudante del fiscal, tomó nota pero no le asignó importancia. Yo creo que habría que buscar en las cámaras de seguridad de...

Novak no llegó a terminar la frase porque su jefa, usando el intercomunicador, ya estaba dando la orden de revisar las cámaras aledañas a los tribunales de Morón, en el horario del atentado contra el patrullero, para buscar una moto negra con dos tripulantes y el foco trasero roto de un balazo.

Mientras esperaba respuestas, satisfecha por el aporte de Boris, Aberanda consideró oportuno compartir con sus colaboradores la esencia de su conversación con Santiago Craigson, hijo de la difunta Monserrat.

—Más allá de que considera absurdo el arresto de su madre, acusada de complicidad en el accidente en que murió su esposo, Santiago sospecha que la muerte de sus padres podría tener relación con cuadros desaparecidos. Sugiere que el matrimonio tenía secretos compartidos y alguien quiso silenciarlos —comenzó la comisaria Aberanda.

— ¿Secretos sobre cuadros desaparecidos? —intervino Raula.

—Sí. Santiago mencionó el Renoir, “Gabrielle el Coco”, que es una de las dieciséis pinturas famosas que en 1980 fueron robadas del museo de Bellas Artes. Casualmente, tras cuarenta años de búsqueda, ese cuadro apareció en Uruguay poco después de la muerte de Gustavo Craigson y poco antes del asesinato de su esposa.

— ¿Hay más casualidades? —arriesgó Raula Díaz.

— ¡Por supuesto! Interpol encontró ese Renoir en la Zona Franca Colonia, casualmente en un depósito de la galería Wildestein, empresa del grupo Magister, que fuera presidido por Gustavo Craigson. Como frutilla del postre, Interpol sostiene que Magister es la fachada de los paramilitares que robaron el museo y canjearon algunos de esos cuadros por armas.

—Como si todo tuviera que ver con todo —agregó Raula.

—Al menos todo parece estar relacionado con los herederos de la siniestra “Triple A”.

— ¿Son los mismos que atentaron contra usted? —preguntó Boris Novak.

—Yo sospechaba de Monserrat, pero tal vez, como dicen ustedes, todo tenga que ver con todo. Sin ir más lejos, el propio Santiago apuntó contra la ex secretaria de su padre, Malinka Lorenzo, nieta de un represor durante la dictadura militar.

— ¿La empleada de Magister que salía con Bruno Rossini? —se sorprendió Raula.

— ¡La misma! Parece que recordás bien a tus rivales —bromeó la comisaria.

—Si Bruno me hubiera elegido a mí tal vez estaría vivo —retrucó

la joven oficial antes de preguntar—. ¿Quién era el abuelo de Malinka?

—Ernesto Lorenzo. Aún vive y cumple cadena perpetua en prisión domiciliaria. Secundó a Aníbal Gordon en la “Triple A” y fue encargado de un centro clandestino de detención. Además de participar en el robo del MNBA, ya en democracia, fue detenido con una pintura de Goya, valuada en 3 millones de dólares, que había sido robada en 1983 del Museo de Arte Decorativo de Rosario.

— ¿Otra casualidad? — bromeo la joven oficial.

—Para sus ratos de ocio —dijo la comisaria aprovechando el momento de distensión—, les voy a pasar copia del Informe de Interpol.

Cuando estaba por terminar la reunión, Aberanda recibió un dato esperanzador: una vecina del aeródromo de Morón se quejaba porque habían abandonado una moto baleada en su vereda y no paraba de perder aceite. Una vez que la vecina confirmó que se trataba de una moto negra con la luz trasera destrozada, la comisaria le ordenó a Novak que fuera de inmediato con un agente y acordonara la zona. Después, le pidió a Raula que la comunicara con el jefe del departamento forense, a quien le pidió que enviara de inmediato un equipo a revisar esa moto y buscar huellas: — ¡Para ayer! —ordenó.

Precedido por el ulular de la sirena, el patrullero que conducía Raula Díaz, estacionó junto al perímetro ya controlado por sus colegas. Luciendo su uniforme de comisaria, Anahí le dio un vistazo a la moto y se acercó a felicitar a Boris Novak por su puntería. No había impactado solo una sino dos veces en la moto de los agresores: una en la luz trasera y otra en el motor, por donde perdía aceite. Tampoco

podía descartar que los peritos encontraran rastros de sangre, pero quizás lo más prometedor era que los asesinos tuvieron que abandonar la moto antes de llegar a destino y ese contratiempo podía haber complicado su plan de fuga, obligándolos a improvisar y, tal vez, a cometer errores.

A medida que se iban sumando efectivos de la bonaerense, la comisaria Aberanda les asignaba funciones. Unos buscaban testigos, casa por casa. Otros trataban de encontrar alguna cámara de seguridad perdida en esa humilde barriada del sur de Morón.

La moto en cuestión había sido abandonada en una calle de tierra frente al cerco perimetral de la Base Aérea. Como el alambrado presentaba algunas roturas, no sería de extrañar que los prófugos se hubieran internado en zona militar. De ser así habría más posibilidades de encontrar alguna imagen captada por los sistemas de vigilancia del aeródromo.

Cuando le indicaron que había un testigo dispuesto a colaborar, Aberanda se acercó a un anciano con boina que se aferraba a un rústico bastón:

—Soy observador y memorioso —dijo antes que la comisaria pudiera hacerle una pregunta—. Todavía recuerdo aquel día de 1958, cuando un avión de combate despegó, ganó altura y apenas elevado de la pista efectuó una maniobra riesgosa que lo hizo caer y estrellarse en Castelar.

Lejos de elogiar a ese Funes del conurbano, la comisaria fue derecho al grano:

— ¿Pudo ver a los que abandonaron esa moto?

—Sí. Eran dos, con casco. Un casco negro y otro azul. Llevaban

camperas oscuras, una tipo cuero y la otra de nylon. Uno tenía borceguíes y el otro, zapatillas. No llevaban nada en la mano. El de borceguíes puteaba. Pateó la moto, como de bronca y cruzó el alambrado. El otro lo siguió pero rengueando. Encararon hacia la derecha, siempre cerca del alambrado pero del lado de adentro. Yo esperaba oír las alarmas de la Base pero los milicos no los detectaron —contó el viejo, de corrido, como si estuviera reviviendo la escena.

Satisfecha, la comisaria Aberanda le ordenó a uno de sus agentes que llamara a la Central para que notificaran a las autoridades de la Base Aérea. Por su parte, acompañada por la oficial Díaz, bordeó el cerco perimetral y avanzó a pié en el sentido indicado por el anciano memorioso.

Varios cientos de metros más adelante, pegado a la alambrada del predio militar, disimulado por la vegetación achaparrada, rodeado de basura y plásticos, había un rancherío de chapas oxidadas, ramas, palos y pedazos de nylon negro. En cuando un par de perros famélicos comenzó a ladrar, un amenazador murmullo de insultos precedió a una lluvia de piedras y cascotazos.

Ante la insólita situación, la comisaria y su asistente tuvieron que regresar al punto de partida.

IX. INTERPOL

«Aún si encontrara a quienes ametrallaron el patrullero y mataron a los testigos, difícilmente podría llegar hasta el autor intelectual del atentado, porque para apretar el gatillo suelen subcontratar sicarios descartables» —cavilaba la comisaria Aberanda. «Aún si lograra descubrir al intermediario que contrató a los esos pistoleros, jamás confesaría el nombre de quien le pagó “el trabajo”, porque a partir de ese instante su vida no valdría nada» —continuó con el soliloquio. «No basta con seguir los rastros si el perseguido es capaz de borrarlos» —concluyó.

Convencida de que debía replantear la investigación, decidió delegar en sus oficiales el seguimiento de la pista de la moto baleada, mientras ella buscaría posibles conexiones de Monserrat Cambó y su esposo con el rentable mundo del tráfico de cuadros desaparecidos. Fue entonces cuando pensó en Ariel Tello, el agente argentino que trabajaba en la División de Protección del Patrimonio Cultural, de Interpol París, con quien había colaborado en un caso de obras de arte robadas en Argentina y ocultas en la Zona Franca de Colonia (ROU).

Sin pensarlo dos veces, Aberanda le envió un WhatsApp a París y, para su sorpresa, Tello le contestó que estaba en Buenos Aires, en una visita protocolar. De inmediato le propuso encontrarse y acordaron verse la tarde siguiente en la Confitería La Ideal.

Ya en el Microcentro, a paso firme y seguro, sabiéndose mirada y admirada, luciendo una chaqueta corta, pantalones ajustados y botitas con taco, Anahí Aberanda dejó atrás el Obelisco y caminó por

Corrientes hasta Suipacha.

En cuanto entró a La Ideal, descubrió a Ariel Tello en una de las mesas cercanas a la puerta. Luego de saludarse, sus primeros comentarios se concentraron en la magnífica restauración de la emblemática confitería. Las arañas francesas, el mobiliario y los vitrales italianos relucían como en sus mejores épocas y auguraban un justo correlato en el servicio gastronómico de alta calidad.

Cuando ya habían pedido sendos té, uno rojo y otro *earl grey*, acompañados con masas de elaboración propia, Anahí preguntó a qué se debía su inesperada visita y Ariel Tello le comentó que había sido invitado por el museo de Bellas Artes al evento por la recuperación de los cuadros robados cuarenta años atrás.

—Además voy a dar una charla para promocionar una maestría en Interpol para profesionales que deseen especializarse en combatir el mundo criminal que roba, saquea y trafica con arte en el mundo — explicó el experto y agregó—. La idea es fusionar conocimientos del área policial, de la historia del arte, legales y de otras áreas, porque todavía hay investigadores que solo son expertos en un campo y para el combate del robo, sustracción y tráfico de arte se requieren profesionales con conocimientos en distintas disciplinas. Pero basta de hablar de Interpol, contame por qué querías verme.

—Supongo que te habrás enterado del asesinato de Monserrat Cambó —comenzó Anahí.

—Por supuesto, la noticia conmovió el mundillo del arte europeo, especialmente en España y Francia —dijo Ariel.

—Es un caso complicado: el esposo de Monserrat había muerto en forma extraña, poco después la viuda es asesinada y al día

siguiente de su muerte asesinaron a dos posibles testigos.

— *¡Too Much!* —opinó el agente.

— ¡Exacto! Por eso, además de buscar a los autores materiales, intenté averiguar el por qué de esos crímenes y me reuní con Santiago, hijo de Monserrat y Gustavo Craigson. Entre mucha hojarasca, el muchacho dejó entrever que sus padres podrían haber compartido un secreto que alguien quiso silenciar.

— ¿Qué tipo de secretos? —preguntó Tello.

—Secretos vinculados a tu especialidad: cuadros desaparecidos.

—Tenemos excelentes registros, pero necesito saber qué buscar: ¿Santiago te dio algún otro dato?

— ¡No! No agregé nada más, porque temía ser otra víctima, como sus padres —respondió la comisaria.

—Está probado que en el robo al MNBA participaron ex servicios de inteligencia, cuya fachada solía ser Magister SA, otrora presidida por el difunto Gustavo Craigson y hoy reemplazado por el mismísimo Santiago ¿O no te contó eso?

—Santiago argumenta que Magister es un grupo de empresas de distinta naturaleza y él solo se ocupa de “lo blanco”, mientras que de “lo otro” se sigue ocupando Ernesto Lorenzo.

— ¿Todavía vive? —preguntó Ariel.

—Sí. Está en prisión domiciliaria y, según Santiago, su nieta Malinka le hace “los mandados”. Pero ella no aparece mencionada en el informe de Interpol.

—Es posible. Ese informe fue redactado hace un par de años y debería ser actualizado —dijo Tello mientras buscaba en su notebook: — “Ernesto Lorenzo (también conocido como “mayor Guzmán”):

agente de inteligencia del Batallón 601, encargado del centro de detención Automotores Orletti y lugarteniente de Aníbal Gordon, jefe de la “Triple A”. Esta banda paramilitar dedicada a secuestros, tortura y exterminio, también se apropió de dinero, obras de arte, joyas, inmuebles y vehículos para engrosar “el botín de guerra”. Gordon y Lorenzo fueron juzgados por el robo al MNBA, en 1980. Finalmente, Gordon fue condenado por delitos de lesa humanidad y en 1987 murió en la cárcel. Por su parte, Ernesto Lorenzo, ya liberado, volvió a ser detenido en 1995 con una pintura de Goya, valuada en 3 millones de dólares, que había sido robada del Museo de Arte Decorativo de Rosario” —leyó en voz alta y agregó—. Acá tengo un vínculo con otro informe más reciente. ¿A ver?: “A fines de 2018, la policía uruguaya con el apoyo de Interpol detuvo a 5 delincuentes, con droga, armas y una pintura de *Murillo (La asunción de Santa Catalina)*. Este cuadro había sido robado en el Museo de Rosario a fines de 1983 cuando la última dictadura militar se extinguía y los grupos de tarea, los paramilitares y los agentes inorgánicos de inteligencia, decididos a no dejar sus armas y a aprovechar los “conocimientos adquiridos”, ya se reconvertían hacia el delito común” —terminó el primer párrafo y le preguntó a Aberanda si le interesaba seguir escuchando. Ante la conformidad de ella, Tello continuó—. “El 2 de noviembre de 1983, un empleado del Museo de Arte Decorativo de Rosario, baldeaba la vereda cuando tres hombres con mameluco azul, a cara descubierta, lo encañonaron y se dirigieron a las salas de exposición donde descolgaron cinco cuadros. Con habilidad profesional separaron las telas de sus bastidores y se llevaron: “Retrato de un joven”, de 0,95 por 0,70 metros, de El Greco; “La asunción de Santa Catalina”, de

0,89 por 1,15 metros, de Murillo; "El profeta Jonás Saliendo de la ballena", de 1,80 por 1,50, de Ribera; "Retrato de Felipe II", de 1,83 por 1,03, de Sánchez Coello, y "Doña María Teresa Ruiz Apodaca de Sesna", de 1,26 por 1,28 metros, de Goya. Sin oposición, salieron, subieron a un auto y escaparon con un botín valuado en 12 millones de dólares". Una serie de indicios permitieron sospechar de la "mano de obra desocupada" de la dictadura. Aparecieron nombres y apellidos vinculados tanto a los grupos de tareas parapoliciales como a los secuestros extorsivos, los robos de camiones de caudales y bancos y, también, de obras de arte. Sin embargo, el caso entró en un largo cono de sombra hasta que en 1989 los investigadores lograron vincular el robo al Museo de Arte Decorativo, de 1983, y el asalto al museo Castagnino, de 1987. Tenían la certeza de que ambos golpes habían sido ejecutados por la banda de Aníbal Gordon, pero debían probarlo. La causa volvió a languidecer hasta que en octubre de 1995, tras una persecución por las calles del barrio de Belgrano, atraparon a Ernesto Lorenzo, quien llevaba oculta en su camioneta la pintura de Goya robada en 1983, en Rosario. Tras varios años con procedimientos fallidos, recién en 2018, el Departamento de Protección del Patrimonio Cultural de Interpol Argentina, junto con las autoridades uruguayas, realizaron un operativo en Canelones y detuvieron a cinco personas armadas que tenían el Murillo (*La asunción de Santa Catalina*) también robado en Rosario, en 1983" — terminó de leer Ariel Tello y, mirando a Aberanda, le preguntó si quería copia de ese informe.

— ¡Por supuesto! —agradeció ella, acompañando sus palabras con una sonrisa—. Contiene muchos datos interesantes, como la

mención a Uruguay, justo donde acaban de ser encontradas varias de pinturas robadas del MNBA. Sin embargo sigo sin poder vincular al matrimonio Craigson Cambó con los cuadros desaparecidos. Si bien Ernesto Lorenzo, el ladrón de cuadros y cofundador de Magister, considera a Gustavo Craigson como su heredero, según Santiago, su padre solo se ocupaba de los negocios lícitos. Aunque no puedo creer que el difunto Craigson estuviera rodeado de plata sucia sin contaminarse, tampoco encuentro elementos para sostener mi hipótesis —concluyó la comisaria.

—Si me permitís, quisiera compartirte una frase sobre este *metié*: “*El verdadero arte no es robar, sino poder vender*”. Con esto quiero decirte que en vez de seguir la pista de un robo suele ser más eficaz investigar a quienes podrían estar interesados en comprarlo.

— ¡Gracias! Por último, ¿dónde puedo encontrar información sobre las zonas francas uruguayas —preguntó la comisaria Aberanda.

—No sé cuán al tanto estás de la colaboración que Domecq le prestó a Interpol (ROU). Fue él quien apuntó a las Zona Franca Colonia buscando operaciones de Magister primero y Galería Wildestein después. Creo que su investigación puede serte de ayuda. Si querés te paso copia, aunque tal vez prefieras hablarlo personalmente con él.

X. Bodegón

Al entrar a Tarzán, recordé con nostalgia las lejanas milongas de los miércoles a la noche, cuando ese bohemio local modificaba su fisonomía diurna y, a puro tango, la gente bailaba. En cambio, ese luminoso mediodía de otoño no había parejas girando al ritmo del dos por cuatro, solo comensales, la mayoría *habitués*, como yo. Otra ventaja de almorzar en este ambiente informal era que evitaba el problema del ¿qué me pongo?, un verdadero drama para un jubilado flojo de guardarropas.

En eso estaba cuando mis pensamientos se interrumpieron por la llegada de Anahí. Esta vez no lucía el ajustado vestido negro, sin mangas y con escote profundo que yo recordaba, aún así, los jeans que enfundaban sus sinuosas curvas y piernas perfectas bastaban para llamar la atención de la concurrencia. Tal como venía haciendo desde el trágico incendio, mi amiga lucía anteojos negros y llevaba el cabello recogido bajo un amplio pañuelo, anudado al cuello.

Me puse de pié, ella me besó la mejilla y nos sentamos. Elegir el menú del día resultó fácil ya que don Venturino proponía su cazuela de calamar, con grandes y tiernos trozos del marisco, un plato desbordante para disfrutar con la ayuda de la panera para rescatar todo su sabor.

Después de optar por el Malbec de la casa, Anahí aprovechó para preguntarme sobre mi convivencia con Malinka Lorenzo.

—Se fue —contesté—. Parece que el abuelo le había ofrecido un buen escondite.

— ¿Escondite? —preguntó ella.

Fue entonces cuando le conté la persecución que sufrimos cuando la llevaba al Tigre y su temor de ser la próxima víctima.

— ¿Víctima o victimaria? —insistió Anahí.

— ¡Víctima! ¿Por qué sería victimaria? —pregunté.

—Es lo que piensa Santiago.

— ¿En serio? Mirá que Malinka le teme a Santiago y su entorno de Magister.

—Según Santiago ese entorno siniestro responde al abuelo de Malinka.

—Se acusan mutuamente y alguno de los dos miente, pero ¿quién?

—No sé pero sería bueno saberlo —dijo ella—. Pasando a otro tema. Estuve con Tello hablando de robo de arte.

—Además de usufructuar méritos ajenos, Ariel es un capo y ama su trabajo. Una vez le pregunté por *Jan van Eyck* y él se despachó con la atracción fatal que ejercieron sus pinturas,

— ¿Atracción fatal? —se sorprendió Anahí.

— ¡Sí! Ariel dice que la atracción que genera “La adoración del cordero” es autodestructiva. En general las grandes obras de arte nos atraen por su misterio y este retablo de la catedral de Gante podría revelar verdades ocultas sobre filosofía, teología, la condición humana y la naturaleza de Dios. Tal vez por eso, fue robado trece veces, lo cual resulta asombroso porque estaba formado por doce paneles de roble policromado de 35 x 22 metros, con un peso total cercano a las dos toneladas. El retablo sufrió desgarros, mutilaciones y quemaduras. Fue botín de guerra en tres ocasiones, falsificado, vendido ilegalmente y censurado; fue codiciado por Napoleón, Göring y Hitler. En fin, según Ariel, la atracción que ha ejercido esta obra maestra excede las explicaciones que puedan dar los historiadores del arte y lo han

convertido en el objeto más deseado y maltratado de todos los tiempos.

—Conmigo Tello no se explayó tanto. En realidad me recomendó un artículo tuyo sobre la Zona Franca Colonia —dijo Anahí.

—Ya te paso copia. También tengo mucha información de respaldo. ¿Qué buscás? —pregunté.

—Santiago sospecha que a sus padres los silenciaron para que no hablaran de cuadros desaparecidos.

— ¿Qué mas dijo?

—No me dio detalles, pero le teme a la banda de Ernesto Lorenzo.

—Esos paramilitares estuvieron involucrados en varios robos de obras de arte, desde museos a colecciones particulares. Yo investigué el robo al MNBA, pero mientras buscaba esos cuadros en Uruguay me crucé con información relevante para otros casos —comenté.

— ¿Por ejemplo? —preguntó ella.

— Un colega uruguayo me dijo que su país está inmerso en el "Triángulo de Bermudas" del robo de arte mundial y mencionó la historia del ladrón de arte con más de diez procesamientos por hurto.

— ¡Contame lo de "Triángulo de Bermudas"! —se entusiasmó Anahí.

—Para ser honesto, los robos de arte no solo ocurren en países subdesarrollados. En Francia se han duplicado los robos de pinturas famosas a pesar de que es uno de los países mejor preparado contra estos delitos. En suma, el tráfico clandestino de arte mueve casi tanto dinero como el tráfico de drogas, pero la repercusión en la prensa se da sólo en contados casos como El Grito, de Munch...

—Contame lo de Uruguay —me interrumpió la impaciente Anahí.

—En Uruguay, el caso más sonado de su historia aún no está

cerrado —empecé a contarle—. Todo comenzó en 1978 cuando el coleccionista argentino Federico Vogelius fue detenido por la dictadura de turno. Mientras estaba preso, otro coleccionista, Raúl Campa le reclamó deudas y Vogelius aceptó pagar con cuatro obras de Pedro Figari, que debía retirar de una quinta bonaerense. Campa contrata para esa tarea a un policía que lo traiciona y, junto con cómplices militares, arrasa con toda la pinacoteca de la quinta de Vogelius y esconden los cuadros robados a Montevideo. Tiempo después cuando la Justicia argentina pide incautar los cuadros robados a Vogelius, el juez uruguayo ordena un allanamiento y encuentra tantas obras de arte que requieren una semana para inventariarlas. Desde un presunto Paul Cézanne, a una docena de Pedro Figari, obras de Cornet y Barradas, para empezar. Sin embargo, el caso queda congelado durante varios años de dictadura militar. En 1991 cuando Argentina solicita a Uruguay devolver a Vogelius sus obras, una jueza concurre al depósito judicial y descubre que no queda ningún cuadro. Un par de años después, el misterioso Cézanne valuado en un millón de dólares aparece en el Museo de Artes Visuales (ROU) pero al examinarlo descubren que es una falsificación. Hasta hoy el caso sigue en manos de la Suprema Corte de Justicia del Uruguay —concluí.

—Más allá de los detalles, parece que en ambos lados del Río de la Plata los milicos se financiaron robando o falsificando obras de arte —opinó la comisaria.

—El nefasto Plan Cóndor —agregué.

—Volvemos al principio —sugirió ella—. ¿Cómo fue tu colaboración con Interpol que terminó con el fabuloso hallazgo en Colonia?

—Como bien sabés, hace un par de años *International Art Recovery* me contrató para buscar un Renoir que integraba el lote de dieciséis cuadros robados del MNBA, en 1980. Ese cuadro había adquirido notoriedad cuando los ladrones intentaron canjearlo por armas y, al ser sometido a las pruebas de autenticidad, resultó ser una falsificación.

— ¿Esa copia es la misma que después se quemó en Castelar? — preguntó ella.

—Supongo, pero el que tenía la respuesta era Gustavo Craigson Benitez y murió en el mismo incendio donde apareció chamuscado el Renoir falsificado.

— ¿El “Gabrielle et Coco” original es el que luego aparece en Uruguay?

—Sí —respondí mientras le hacía señas al mozo para que nos trajera el postre del día: café doble con pastelitos caseros.

—Entonces ¿cuáles son los posibles vínculos con el matrimonio Craigson Cambó? —preguntó.

—El año pasado, cuando buscaba un Matisse para la Fundación Rosenberg, logré que Monserrat Cambó me recibiera en su soberbia mansión, gemela del palacio Ortiz Basualdo. El dato de color fue que, a la hora del té, la viuda me ofreció un whisky.

— ¿Aceptaste?

— ¡Por supuesto!, de lo contrario quedaba como un tilingo. Pero aún así, se hizo rogar y pidió que Anouk Rosenberg le confirmara que yo trabajaba para ella. Recién cuando recibió la confirmación, cambió la postura y empezó tratarme como a un viejo contertulio. Me contó que su abuelo, Francisco Cambó, había sido un gran coleccionista de arte que

se asoció con el fundador de la Galería Wildestein, que luego fue adquirida por Magister, la empresa presidida por su difunto esposo, quien fue sucedido por su hijo Santiago. Entonces, aproveché para mencionar que Wildestein había sido socio de Paul Rosenberg a quien le habían expoliado el Matisse que yo buscaba y que podría haber integrado la colección Cambó.

— ¿Y cómo reaccionó? —preguntó Anahí.

—Directamente me derivó a su asesora artística: Malinka Lorenzo.

— ¿Tu amiguita y ex amante de su esposo? —preguntó Anahí.

—Si, pero por alguna razón la viuda la mantuvo en su cargo. Lo cierto fue que, no en el palacio sino en una pizzería, me reuní con Malinka quien me aclaró que solo iba a hablar del Matisse.

— ¿Por qué?

—En principio pensé que quería evitar el tema de sus amoríos con los difuntos Bruno Rossini y Gustavo Craighson, pero cuando le pregunté sobre el “Gabrielle el Coco” de Renoir, reaccionó mal, dijo que tenía prohibido hablar del tema, se levantó y se fue.

— ¿Quién se lo había prohibido?

—No sé. En aquel momento aparentó tener miedo de hablar de eso.

— ¿Ahí te pidió ayuda para irse del país? —preguntó Anahí.

—En realidad, fue un par de semanas después: me contactó porque necesitaba un pasaporte para huir de Monserrat.

— ¿Por el tema de las supuestas escuchas?

— ¡Exacto! Malinka decía tener pruebas de que Monserrat estuvo detrás de la muerte de su esposo. Yo la contacté con la fiscalía, ella presentó unas grabaciones y finalmente detuvieron a Monserrat. El resto

lo conocés mejor que yo. Estando demorada en los tribunales de Morón, la viuda fue asesinada.

— ¿Sigo sin entender cómo llegaste a sospechar de la Zona Franca Colonia? —insistió Anahí.

—La histórica sede de la Galería Wildstein sigue estando en la Avenida Córdoba 618 y, después de ser anexada al grupo Magister, hubo una misteriosa serie de mudanzas de bultos hacia Uruguay. Con este dato, le di intervención a Ariel Tello quien, con la poderosa base de datos de Interpol, descubrió movimientos de cajones con medidas similares al Matisse y al Renoir buscados. El resto es todo mérito de las brigadas uruguayas e internacionales.

XI. Plan de acción

Aquella apacible mañana de otoño la comisaria ingresó a la departamental Morón con su largo cabello azabache suelto y sin los anteojos oscuros que venía usando desde que sufriera severas quemaduras. Gracias a las cirugías reparadoras, más un perfecto maquillaje, con las cejas delineadas y las pestañas renegridas, sus ojos color miel lucían más bellos que nunca.

Al ser convocados por Aberanda, Raula la saludó con naturalidad mientras que el novato Boris, quien nunca la había visto sin gafas oscuras y sin el cabello cubierto, quedó maravillado por la belleza de su jefa.

—Habíamos acordado que ustedes iban a seguir la pista de los

atacantes del patrullero, mientras yo buscaba posibles vinculaciones con el tráfico de obras robadas. Si les parece bien, comenzamos con Raula —dijo la comisaria antes de preguntar—. ¿Qué novedades tenés?

—La moto que usaron los atacantes del patrullero había sido robada la noche anterior en los alrededores del hospital Posadas. Estamos analizando las imágenes de las cámaras de seguridad. Lo mismo está haciendo aeronáutica con las filmaciones del interior de la base aérea —resumió Raula Díaz, con un gesto de que eso era todo.

—El informe preliminar forense confirma que la bala incrustada en la moto pertenecía a mi arma —dijo Boris Novak—También encontraron rastros de sangre y podemos suponer que la supuesta renquera observaba por el vecino de la Base Aérea debería ser consecuencia de mis disparos. Pero por ahora no hay resultados de ADN.

—Esta bien, pero no se dejen estar. A los forenses hay que estarles encima —comenzó la comisaria—. Por mi parte, dado que Santiago vinculó las violentas muertes de sus padres con algún secreto vinculado a cuadros desaparecidos consulté a Interpol sobre la mejor manera de buscar vinculaciones entre Monserrat y Magister, la empresa que presidía su marido y que controla la galería Wildestein vinculada al tráfico de obras de arte robadas.

— ¿Qué dijeron? —preguntó Raula.

—Nos ofrecieron utilizar la base de datos que les permitió comparar las medidas de cada uno de los cuadros robados del MNBA con el tamaño de los bultos ingresados por Wildestein a su depósito en la Zona Franca Colonia. Al detectar coincidencias solicitaron el

allanamiento y encontraron parte del botín robado cuarenta años atrás. Creo que es importante porque nos muestra un camino a seguir. Por ejemplo, podríamos usar la base de datos de Interpol para comparar las entradas al depósito de Wildestein ROU versus otros robos de pinturas vinculados con la banda paramilitar de Aníbal Gordon — propuso la comisaria y, al ver las caras de desánimo, agregó—. Si piensan que se trata de buscar una aguja en un pajar, tengo que decirles que tienen razón. Pero como no hay peor gestión que la que no se intenta, vamos a comenzar a analizar uno de los informes de Interpol.

— ¿Podemos grabar? —preguntó el novato.

— ¡Por supuesto! Además les voy a compartir la clave de acceso a la base de datos donde, por ejemplo, encontrarán lo siguiente: *“el 2 de noviembre de 1983, tres hombres armados y a cara descubierta, redujeron a los cuidadores del Museo Estévez de Rosario y se llevaron cinco telas que incluían obras de El Greco, Goya, Murillo, Sánchez Coello y Ribera. Recién en 1989, tras un intenso tiroteo en la puerta de un hotel en Recoleta, pese a que el sospechoso logra fugarse, la Policía Federal ingresa a la habitación donde se alojaba el prófugo y encuentra la pintura de “Felipe II” atribuida a Sánchez Coello, una de las cinco robadas en Rosario casi seis años antes, y permitió vincular los robos del Museo Estévez (1983), con el del Museo Castagnino (1987), con el del Museo Nacional de Bellas Artes (1980) y con el de la residencia de Tricerri y Capriolo 1986, en Rosario. Los cuatro casos están relacionados con bandas parapoliciales y de inteligencia militar, ex integrantes de los grupos de tareas del Batallón de Inteligencia 601 del Ejército, miembros de la “Triple A”* —leyó Aberanda y agregó que

en la jerga policial bautizaron “*Conexión Rosaura*” a esa organización dedicada al robo y tráfico de obras de arte. Luego continuó leyendo: “*pasaron otros seis años y en agosto de 1995, la Policía Federal detuvo en Recoleta a Ernesto Lorenzo, quién circulaba con el “Retrato de María Teresa” de Goya, robado en el Museo Estévez (1983). Finalmente, en noviembre de 2018, en Uruguay, Interpol y la policía uruguaya recuperan otro de los cuadros robados 35 años antes: “La Asunción de Santa Catalina” de Murillo* —concluyó la comisaria y, mirando a sus colaboradores les preguntó—. Llegados a este punto ¿cómo se les ocurre seguir?

La primera en reaccionar fue Raula Díaz, tan joven como su colega pero con un poco más de experiencia, quien preguntó:

—Del museo de Rosario se robaron 5 cuadros y usted mencionó que se recuperaron tres ¿y los otros dos?

—Buena pregunta. No tengo idea. Averigüelo vos —respondió la jefa.

Recién entonces, Boris Novak se decidió a formular su pregunta:

—En este informe, Interpol señala que la banda de Aníbal Gordon y el batallón 601 estuvieron detrás de varios robos de arte, pero no menciona vínculos con Magister o Wildestein. ¿Habrà algún informe al respecto?

—Otra buena pregunta y la misma respuesta. No tengo idea. Averigüelo usted —respondió Anahí Aberanda y agregó—. Mientras tanto voy a investigar la pata financiera del grupo Magister, imprescindible para lavar el dinero del tráfico de arte robado. Intuyo que detrás de semejante red de estafas de guante blanco debe haber un cerebro con buenas dotes organizativas.

En cuanto quedó sola en ese ambiente desangelado, con vidrios opacos y muebles dispares, Anahí aprovechó para sacar de su bolso el termo con el rico café que había preparado en su casa. Se sirvió en la taza con la impresión “*Feliz Día de la Madre*” y comenzó a disfrutar el momento. Sentada en su sillón giratorio, entre sorbo y sorbo, con la cabeza apoyada en el respaldo, mirando el techo, permaneció en silencio por un buen rato, hasta que una pregunta la puso en alerta: ¿Cómo salieron de Argentina los cuadros robados del MNBA y que aparecieron en Uruguay? Su primera reacción fue llamar a Ariel Tello pero recordó que estaba en vuelo de regreso a Francia. Recién entonces, como plan “B”, le escribió a Simón Weis, Director de la agencia internacional de noticias *Thomson Reuters Argentina*, a quien había conocido por intermedio de Domecq.

«Comisaria Anahí Aberanda:

Hola Simón, espero que se encuentre usted bien. Tengo una pregunta difícil y espero que usted pueda ayudarme: ¿cómo pudieron salir de nuestro país las pinturas robadas del MNBA y que aparecieron en Uruguay?».

«Simón Weis:

Querida comisaria, teniendo en cuenta que nuestras fronteras son un colador, creo que sacar las obras del país les debió resultar más fácil que robarlas del museo. Con las disculpas del caso por este exabrupto, le sugiero consultar los informes adjuntos».

Dispuesta a perseverar en su búsqueda de respuestas, Anahí buscó el primer informe y al comenzar a leerlo se encontró con un ingenioso *modus operandi* descubierto por la Aduana. Se trataba de

un “*art dealer*” que ocultaba la verdadera identidad de cuadros valiosos, tramitando su exportación mediante pinturas editadas en Photoshop. *«En algunos casos, la firma del artista había sido modificada digitalmente para presentarla como copia, mientras que en otros, la imagen presentada directamente no correspondía a la obra en cuestión. Esta maniobra fraudulenta, consistente en declarar como obras anónimas a pinturas de gran cotización, no solo habría permitido reducir el pago de derechos de exportación, sino que encubría un enorme saqueo a nuestro patrimonio cultural. Por esta razón, la Dirección General de Aduanas dio inicio a una investigación retrospectiva sobre otras exportaciones realizadas por el mismo “art dealer”, en busca de irregularidades adicionales»* —concluía el documento de la Aduana divulgado por *Reuters*.

Aún sorprendida por lo que acaba de leer, la comisaria Aberanda llamó a Raula Díaz y le pidió que le armara un archivo con todas las exportaciones de cuadros realizadas por la Galería Wildestein desde su absorción por el Grupo Magister.

Una vez que Raula se retiró, Aberanda accedió al segundo informe de *Reuters*. Ya en el título se topó con apellidos rimbombantes como Blaquier, Fortabat, Constantini y planteaba el enigma de la exportación de obras de arte famosas. *«Durante décadas la colección de pinturas en manos de las tradicionales familias argentinas fue uno de los secretos mejor guardados en el mundo del arte. Los expertos no conocían exactamente qué tenían; solo su círculo íntimo habría logrado visitar esas galerías de grandes maestros. Como excepción a la regla, Amalia Lacroze de Fortabat y Eduardo Constantini montaron sus propios museos y Mercedes Santamarina donó su maravillosa*

colección de pinturas impresionistas al Museo de Bellas Artes. Pero el resto del gran patrimonio pictórico nacional se convirtió en un misterio, algo que muchos sabían que existía, pero no conocían con certeza» —había leído Anahí antes de hacer un alto para tomar notas y continuar—. «La Dirección General de Aduanas investigó otra operatoria que podría haber servido de pantalla para sacar valiosas obras de arte de nuestro país. El procedimiento legal consiste en solicitar la exportación temporal, a título gratuito, para alguna exposición en el exterior, con la obligación de reingresar las obras al país antes del vencimiento del plazo establecido. Lo grave que acaba de descubrirse es que algunas pinturas nunca regresaron a la Argentina».

Satisfecha, cuando estaba por suspender la lectura, Aberanda descubrió que aún faltaba lo mejor: había un párrafo dedicado al “Legado Cambó”.

XII. Otra muerte

—Hicimos todo lo humanamente posible para salvarlo —dijo el médico de guardia cuando la comisaria Aberanda le pidió explicaciones por la muerte de su subordinado—. No respondió a las maniobras de resucitación cardiopulmonar —agregó el profesional en su intento de excusarse de toda responsabilidad frente a un eventual juicio por *mala praxis*—. Pero el otro muchacho va a estar bien —el

médico prefirió cambiar la conversación y hablar del herido, porque sobre el muerto no había nada que agregar—. Perdió mucha sangre pero no tiene órganos comprometidos —concluyó.

Impotente, Aberanda se retiró en silencio. Luego de pasar frente a la cama de Boris y ver que seguía inconsciente, decidió abandonar el hospital. Ya en la departamental Morón, la comisaria se acercó al escritorio que ocupaba Raula y le pidió que la acompañara a su despacho. Luego de cerrar la puerta la invitó a sentarse y le sirvió un café. Recién entonces, en tono suave y cálido, le pidió:

—Por favor, ¿podrías contarme qué pasó?

—Como usted sabe, estuvimos revisando las imágenes de las cámaras de seguridad de la zona del Posadas donde robaron la moto usada en el ataque al patrullero. Tuvimos la suerte de ver que, antes del robo, los encapuchados habían bajado de un Corsa blanco. Rastreamos con otras cámaras y pudimos identificar el número de la patente. La cargamos en el sistema y descubrimos que el Corsa había frecuentado el “triángulo de la muerte”.

— ¿Te referís a la zona aledaña a la villa Carlos Gardel, Fuerte Apache y ...

—Y la villa El Mercado —se adelantó Raula—. Entonces recurrimos al sistema de control de patentes y detectamos al Corsa en tiempo real. Sin pensarlo dos veces, con Boris nos subimos al patrullero y sumamos al agente Solano.

— ¿Por qué no me avisaste? —la recriminó Aberanda.

—Ya era tarde y usted estaba con sus hijos. Además, era un tiro al aire. No teníamos certeza —contestó la oficial y, sin darle tiempo a otra pregunta, continuó—. En silencio, nada de sirenas, bordeamos

Fuerte Apache y entramos a la villa Carlos Gardel por la calle de los monobloques hasta un asentamiento precario por donde debía estar el Corsa. Pero nos recibieron con piedrazos y agua sucia, como en las invasiones inglesas. Yo manejaba y decidí retroceder, pero Boris se bajó y Solano lo imitó. Sin meterse en la boca del lobo, caminaron por el perímetro en busca del auto blanco. De pronto, un encapuchado les dispara y huye. De inmediato, Boris y Solano empiezan a perseguirlo. Yo quería sumarme pero no podía abandonar el patrullero, además era el lugar donde ellos dos sabían que los estaba esperando. Pese a que los nuestros estaban con borceguíes y el otro corría con zapatillas parecía que se le acercaban. Pero de pronto comienza el tiroteo. ¡Era una emboscada! Boris y Solano desenfundan y repelen la agresión. Pero una ráfaga de plomo vomitada desde un techo los hace percha. Ahí me mandé con el patrullero. Boris, aunque herido, me ayudó a subir a Solano y me rajé para el Posadas. El pibe llegó muerto y Boris la está peleando. Seguro pude hacer algo más... —se lamentó Raula Díaz entre sollozos, mientras su jefa intentaba contenerla con un sincero abrazo.

—No fue en vano —le susurró Aberanda—. Gracias a ustedes, estamos monitoreando al Corsa blanco desde un dron.

Esa misma tarde, con la orden de allanamiento y apoyada por dos unidades del “Grupo Halcón”, la comisaria y su asistente ingresan al asentamiento precario bautizado “Villa Peruca”, considerado el foco más conflictivo de esa siniestra zona de Morón. Los esperaba una trinchera de neumáticos ardiendo que impregnaba el aire con humo negro y acre. Al llegar a la construcción frente a la cual estaba estacionado el tan buscado Corsa blanco, uno de los agentes

especiales derriba la puerta y desde adentro lo repelen a balazos. A partir de ese momento comienza un tiroteo feroz. El ruido es ensordecedor, hasta que de adentro dejan de disparar. Recién entonces, los halcones ingresan y encuentran a un moribundo. Al mismo tiempo, justo cuando la comisaria ingresa a la trágica vivienda, alguien armado intenta huir por los techos. Desde la calle, Raula Díaz lo descubre, saca su Bersa Thunder y —sin dudar— dispara hasta que el prófugo se desploma sobre un mísero entretejido de chapas, maderas y ladrillos rotos.

Finalmente, el operativo concluye con un delincuente muerto y otro detenido, internado con custodia policial, más un Corsa blanco secuestrado para ser peritado por los forenses.

En el acta de procedimiento la comisaria decidió no mencionar a Raula Díaz. «Lo que pasó allá, quedó allá» —se justificó.

Esa misma tarde, Aberanda recibió una noticia que la conmocionó. El ADN del delincuente que acababan de abatir había permitido develar su identidad: se trataba de un ciudadano peruano, ex “*sendero luminoso*”, que había ingresado al país por la triple frontera, ese agujero descontrolado por donde pasa de todo, hasta sicarios que se ofrecen al mejor postor. Pero lo sorprendente era la reiteración, porque el intruso que meses atrás había intentado matarla en casa de Domecq y murió ensartado en la reja perimetral, también era un senderista peruano que había ingresado por la triple frontera. «En aquel momento sospeché que intentaban frenar mi investigación contra Monserrat Cambó» —pensó la comisaria—. «Pero, muerta Monserrat, ¿quién recurriría a los mismos sicarios para encubrir su asesinato?» —se preguntó, sin encontrar respuesta.

Consciente de que sus neuronas ya no lograban concentrarse, Anahí decidió pasar a buscar a sus hijos y a la abuela, para llevarlos a cenar hamburguesas en Don Elvis.

Luego de estacionar el *Jeep* sobre la calle San Nicolás, los cuatro ingresaron al bar que rinde homenaje a *Elvis Presley*. Para mayor tranquilidad la comisaria eligió una mesa junto al ventanal, que le permitía ver a su vehículo estacionado en una zona no bien iluminada. Mientras ella y su madre consultaban la carta, sus hijos recorrían la lograda ambientación típica de un *American Diner* de los años 50, donde -sobre un piso de baldosas blancas y negras- se lucía una auténtica rockola, que había sobrevivido al paso de los años.

Al momento de elegir, los chicos insistieron en la hamburguesa con papas fritas pero Anahí y su madre se dieron el gusto de volver a disfrutar de las mollejas doradas, con crema de hongos, verdeo, salsa de soja y parmesano, acompañadas de papas *noisettes*.

Más de una hora después, mientras sus hijos todavía paladeaban los consabidos helados del postre, Anahí pagó la cuenta y anunció el “*game over*”. No sin refunfuñar, los chicos obedecieron y los cuatro regresaron al *Jeep* que los esperaba intacto.

Una vez que dejó a sus hijos en casa de la abuela, Anahí regresó a su departamento y se dio un baño de inmersión. Frente al espejo, desnuda, revisó su cabellera renegrada, recién lavada y buscó señales del paso del tiempo.

Ya en camisón, como no tenía sueño, se sentó en su sillón preferido, seleccionó chamamés ejecutados por Tarragó Ros y dejó fluir sus pensamientos: «Todavía no doblé la curva de los cincuenta y ya llevo cuatro años divorciada. Me siento capaz de volver a

enamorarme, pero no se dio. Si no le dediqué el tiempo y la atención necesaria fue porque siempre surgen imprevistos. Con el maldito incendio, las quemaduras y las cirugías se me fue un año. Además trabajo en un ámbito de hombres, signado por prejuicios y complicidades. Necesité mucha perseverancia, intuición y coraje para llegar a comisaria con apenas cuarenta años. Pero llegar no fue tan difícil como mantenerme. Esto es una lucha permanente, sin tregua. Es un estrés que me chupa las energías y me quita las ganas de hacer algo más que trabajar para mantenerme donde estoy».

El tiempo pasó, logró dormirse y cuando cabalgaba en un caballo negro sobre un tablero de ajedrez lleno de tumbas, sonó el despertador. Sobresaltada, Anahí abrió los ojos y recordó que tenía que asistir a una ceremonia fúnebre.

Mientras desayunaba, le mandó un mensaje a Raula pidiéndole que viniera a buscarla. Juntas pasaron por el Hospital Posadas para visitar a Boris Novak y luego se dirigieron al cementerio de Morón donde se homenajeaba a Gael Solano, el agente caído en cumplimiento de su deber. Esa mañana tormentosa, sin sol y sin pájaros, bajo una inclemente llovizna, con uniforme de gala y sin paraguas, mujeres y hombres policías, con el cuerpo rígido en posición marcial, firmes como estacas, despiden al compañero de armas, mientras piensan en la atroz cercanía de la muerte. Frente a ellos, acompañados por un responso de ocasión, los sepultureros ejecutan su tétrica labor, con palas cavan el pozo y con sogas bajan el ataúd. En primera fila, junto al jefe Zonal, estaba la comisaria Aberanda. Ni la poca gracia del uniforme, ni la extrema palidez de su

rostro, ni el rictus triste de sus labios podían disimular su natural belleza. Pero en su mirada también había bronca. Le indignaba la hipócrita presencia de funcionarios que habían malversado los fondos destinados, entre otras cosas, al chaleco antibalas que pudo salvarle la vida al agente Solano.

XIII. AUTOBIOGRAFÍA

Bajo la dorada sombra otoñal de un montecito de álamos, rodeados de corrales con potrillos criollos pura sangre, Ernesto Lorenzo me convocó para que escribiera su autobiografía. Sentados frente a frente, en sólidos sillones de madera antigua, mientras llenaba dos vasos de whisky, con su voz aguardentosa, dijo:

—Años antes de morir mi viejo fue perdiendo la memoria. Yo ya empecé a olvidarme algunos nombres y quiero contar mi vida, mientras puedo.

—A medida que van pasando los años, vamos amontonando recuerdos, hasta que un día nos desespera no dar con una palabra que conocemos y que tenemos en la punta de la lengua. Pero es algo natural, a mi también me pasa —dije.

— ¡Vivir sin memoria es una mierda! —afirmó tajante.

—Es cierto. Una vida sin memoria no es vida. Nuestra coherencia, nuestra razón y hasta nuestros sentimientos dependen de nuestra memoria. Sin ella no seríamos nada. Lamentablemente es

frágil y vulnerable y no solo está amenazada por el olvido sino también por los falsos recuerdos...—estaba argumentando cuando me interrumpió.

— ¿Empezamos? —preguntó, pero sonó como una orden.

—Si le parece, usted evocando sus recuerdos y yo recogiendo sus palabras, espontáneamente, podríamos transformar nuestras conversaciones en un libro autobiográfico en el que se oyera su voz y sus propias palabras —propuse, y Ernesto Lorenzo arqueó las cejas como ante la verdad revelada.

Considerando que el que calla otorga, intenté seguir con mi propuesta:

—Deberíamos apuntar a un texto sincero, sin autobombo, contando sus andanzas con franqueza, tal vez con sorna pero siempre con autenticidad. Quisiera narrar su vida como una atractiva aventura pero documentada con el imprescindible caudal de información verificable.

Fue entonces cuando apareció su enano fascista:

— ¡Nada de novelita rosa! Es la historia de un guerrero y mi libro debe sorprender como una patada en los huevos —dijo en medio de una estentórea risotada.

Mientras sonreía festejando su sutileza, intenté darle el gusto:

—«*Mi nombre estuvo ligado a causas espectaculares: secuestros extorsivos durante la dictadura militar, robo de obras de arte, tráfico internacional de armas, lavado de dinero del narcotráfico. Mi vida es una especie de libro abierto del delito, un libro donde la ficción no se distingue de los hechos reales*» —improvisé.

— ¡Pare la mano! ¿Usted quiere que me odien? ¿Ni una

mención a mis tareas de contrainteligencia durante la guerra de Malvinas, ni a mi lucha contra la guerrilla marxista?

—Es solo literatura —dije.

— ¡Literatura, un carajo! ¡Es mi vida, mi autobiografía! —levantó el tono de voz, mostrando su perfil autoritario.

—Tiene razón. Mientras esperamos que las musas me sugieran las palabras adecuadas, podríamos empezar por donde más le guste. Lo escucho.

—Bueno, entonces voy a comenzar en 1971, cuando Aníbal Gordon me propuso participar del robo más planificado, millonario y cinematográfico de la historia de Río Negro, como lo bautizó el periodismo. Fue en febrero de ese año, no forzamos puertas, ni empleamos la violencia. Decidimos reducir a una decena de personas para llegar hasta las llaves del tesoro y apoderarnos de todo el dinero disponible en la sucursal Bariloche del Banco Provincia de Río Negro: unos 88 millones de pesos ley, equivalentes a más de 25 millones de dólares. La noche anterior, tres de nosotros fuimos a la casa del contador de la sucursal del banco y lo secuestramos. Uno se quedó custodiando a la esposa y los otros dos llevamos al tipo hasta la casa del tesorero, en la avenida Bustillo, donde tomamos como rehenes a la esposa, la hijita y un vecino curioso. A partir de ese momento, nos dirigimos hasta el hotel Pilmayquen, donde se alojaba el gerente del banco. Ahí, después de reducir al conserje, lo tomamos de rehén junto con la esposa del funcionario y nos llevamos las llaves del tesoro del banco. Desde el centro de la ciudad, volvimos a la finca en Bustillo, donde maniatamos y amordazamos a las nueve personas que habíamos reducido. Eso sí, nunca perdimos los buenos modales y

hasta jugué con la hijita del tesorero. No obstante, amenazamos con dureza a los prisioneros para que no intentaran ningún movimiento por al menos dos horas, que era el tiempo que necesitábamos para completar el plan. Alrededor de las cuatro de la mañana entramos al banco y vaciamos el tesoro. Para fugarnos de la ciudad usamos dos autazos de aquella época: un Torino y un Dodge Polara, además de una camioneta Ford F-100 en la que trasladamos el botín, compuesto por fajos de 5.000 y 10.000 pesos. Le metimos pata hacia Piedra del Águila donde nos esperaba una avioneta. Mientras unos cubrían los vehículos con ramas, los otros subimos la guita. Finalmente, sin contratiempos, huimos, sin dejar rastros. Colorín, colorado. Jaaa — festejó con una grosera carcajada, antes de preguntarme si conocía esa historia.

—La recuerdo como a las aventuras patagónicas de Butch Cássidi y otras historias no comprobables... —estaba respondiendo cuando me paró en seco.

— ¿Acaso tiene dudas? —dijo mientras intentaba fulminarme con la mirada—. ¡Vamos! Googlée “Bariloche robo febrero de 1971”.

Le hice caso, busqué, entré al diario de Río Negro y leí: —“*En Bariloche usaron una avioneta y casi lograron el «robo perfecto»*”.

Mientras Lorenzo disfrutaba haber tenido razón, yo me animé a preguntarle— ¿Por qué “casi perfecto”?

—Porque un boludo gastó mucho de golpe y cuando la cana lo apretó dijo que en Bariloche había hecho un trabajito para Aníbal Gordon. Aunque la investigación tuvo algún avance circunstancial, quedó en la nada porque hasta entonces las autoridades no tenían idea de que Gordon sabía pilotear aviones y permanentemente se

desplazaba volando desde el aeródromo de Colón, provincia de Buenos Aires, donde teníamos la base de las operaciones, oculta con la fachada de compra y venta de metales y plásticos.

— ¿Entonces no los agarraron? —pregunté.

—No en ese momento, sino después de robar otros bancos, uno en julio del mismo año...

— ¿Sólo cinco meses después...? —me sorprendí.

— ¡Sí! Éramos laburantes. En julio de 1971 dos de nosotros, bien empilchados, nos presentamos en el destacamento policial de Arroyo Dulce, una localidad rural de Salto. Llegamos en un Torino, tomamos a un cana como rehén y lo llevamos hasta el Banco Crédito Rural, a pocas cuadras de allí. Ya en la entidad y con el típico grito "nadie se mueva, esto es un asalto", nosotros dos más otros muchachos que estaban allí encerramos a todos en una oficina y escapamos con un botín que resultó ser una mierda: 1,5 millones de pesos. De bronca disparamos contra las ruedas de varios vehículos para evitar ser perseguidos y escapamos por caminos de tierra hasta donde habíamos dejado el avión.

—Realmente de película. ¿Qué le parece si dejamos acá? —propuse, pero Lorenzo tuvo una reacción inesperada.

— ¡Pare la mano! —ordenó—. Antes de irse quiero que me muestre como está volcando mis palabras en sus papeles.

Sin opciones, intenté atenuar su reacción anticipándole que – como gancho para los futuros lectores- me proponía presentarlo como “*un antihéroe lúcido y cínico, inmerso en un mundo sórdido, violento y corrupto*”. A continuación, sin mirarlo, esboqué el primer párrafo de la introducción a sus memorias:

—“*El whisky y yo mantenemos una antigua relación de mutua fidelidad. A todos los tipos duros nos gusta el alcohol, es más, lo necesitamos, y yo no soy ninguna excepción. Por eso, con el vaso en la mano, entre sorbo y sorbo, les voy a contar mi historia*”.

— ¿Se volvió loco? ¡Yo no dije eso! —gritó a voz de cuello.

— ¡Tiene razón! Usted no dijo eso. Esta es la vuelta literaria que estoy imaginando para hacer atractivo el primer párrafo.

— ¡Atractivo, las pelotas! —continuó gritando—. En la próxima reunión quiero que traiga un papel con solo lo que yo dije, pero bien escrito. ¿Entendió, o tengo que repetírselo? —gruñó.

XIV. Operación Rosaura

Llovía y un viento huracanado azotaba a los potrillos criollos. Por instinto, se habían agrupado, alineando sus cuerpos en una misma orientación para que sus traseros formaran una especie de barrera auto protectora. Mantenían la cabeza baja, cerca del suelo, orientada en dirección del viento, para reducir la exposición de sus ojos a las ráfagas dañinas.

Mientras tanto, dentro del chalet del haras, calefaccionado por una noble chimenea que crepitaba sin cesar, sentado frente a Lorenzo yo esperaba que evocara sus recuerdos para tomar nota.

—Siguiendo con el año 1971, en diciembre, volvimos a saltar el

mismo banco de Salto.

— ¿El mismo banco? ¿Dos veces con pocos meses de distancia? —me sorprendí.

—Sí. Como la vez anterior, nos presentamos en el destacamento de Arroyo Dulce, pero esta vez no pudimos sorprenderlos y se armó un tiroteo con pistolas, Winchester y hasta una metralleta. Recuerdo que uno de los nuestros terminó herido. Mientras los policías tenían que defender su edificio, aprovechamos para asaltar el indefenso Banco Rural. Esa vez el botín fue de casi 10 millones de pesos. Después, regresamos al destacamento, lanzamos una bomba incendiaria y huimos en un *Fairlane*. Como habían visto nuestro auto, a los pocos kilómetros lo cambiamos por un Peugeot que robamos, pero fundimos el motor y tuvimos que cambiarlo por una Ford F100. Eso sí, para mayor tranquilidad, en el camino de tierra rumbo a la localidad de Rojas, cortamos las líneas telefónicas para abortar todo contacto con Salto, y desaparecimos.

— ¡Guau, tres exitosos asaltos a bancos en un mismo año! — exclamé para aflojarle la lengua.

— Pero después la cagamos. Ese mismo 1971, cebados por tanta guita fácil, cometimos el error de asaltar una joyería en el centro porteño. Ahí detuvieron a Aníbal Gordon y Pedro Acosta, pero yo zafé. Recuerdo que los diarios de la época exageraban culpando a Gordon de más de 50 atracos. Lo cierto es que los investigadores lograron establecer una conexión entre los asaltos en Bariloche y en Arroyo Dulce, por el modus operandi de ambos casos: la huida en avión. La causa fue caratulada como robo calificado y asociación ilícita y le dieron tres años y medio de prisión. Las autoridades presumieron que

Gordon había contado con la ayuda de jefes policiales y empleados bancarios, pero no pudieron probarlo.

— ¿Qué le parece si mechamos con un poco de historia de Aníbal Gordon? —propuse.

—Fue un enigma indescifrable, un fuera de serie, un hijo de puta que se merece una larga miniserie. En yankeelandia habrían hecho una saga tipo Agente 007, pero acá ya lo olvidamos —comenzó Lorenzo—. Lo llamábamos “Coronel” o —entre nosotros— “El Viejo”. Pero supo ser “Federico”, “Comodoro Ezcurra”, “El Jovato”, “El Ingeniero”, “El Profesor”, “Exquisito” o “Silva”. Vivió mucho tiempo, en Colón, cerca del aeroclub desde donde salía en avioneta. Su prontuario, (frondoso como dicen los periodistas como usted) tenía de todo: defraudación, violación de correspondencia siendo empleado de correos, robos calificados por uso de arma, atentado a la autoridad, lesiones, sabotaje en maquinarias con explosivos, asociación ilícita, tenencia de armas y explosivos, privación ilegítima de libertad, intimidación pública. Como Gordon había utilizado armas de guerra (pistolas y subametralladoras 9 milímetros), en lugar de ser destinado con los presos “comunes” lo encarcelaron en un pabellón de presos políticos, donde había integrantes de Montoneros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Ya en la cárcel, aprovechó para hacer trabajos de inteligencia para la SIDE. Pero Gordon no llegó a cumplir toda la pena de tres años y medio porque en mayo de 1973 logró salir de Devoto, junto a otros tipos peligrosísimos, aprovechando la confusión que provocó la liberación de de presos políticos indultados por el gobierno de Héctor Cámpora. Dicen por ahí que Gordon compró su libertad

ingresando a la “Triple A”, pero la posta es que ya pertenecía a los Servicios de Inteligencia del Estado desde 1968.

— ¿Antes de los robos a bancos? —pregunté.

—Sí —respondió y continuó—. Pocos meses después Gordon comenzó a liderar uno de los grupos de tareas de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), creada por José López Rega.

— ¿Es cierto que participó de los asesinatos de Silvio Frondizi y del diputado nacional Rodolfo Ortega Peña? —me dejé llevar por mi sangre de periodista.

—No —mintió y siguió contando—. Después del golpe de 1976 Gordon, a pesar de ser civil, pasó a comandar el Centro Clandestino de Detención “Automotores Orletti”, en CABA hasta las elecciones de 1983.

— ¿Cómo se adaptó después de recuperada la democracia? — pregunté aunque conocía la respuesta.

—Mal. En 1983 le ordenaron el secuestro de Guillermo Patricio Kelly, pero cuando Gordon ya lo había apresado los militares se arrepintieron, tuvo que soltarlo y, encima, lo delataron. Poco después, en febrero de 1984, lo detuvieron en Córdoba, en La Serranita, Tenía tres credenciales de identificación con nombres falsos: un carnet de Inteligencia del Ejército, una cédula militar de la Policía Federal y un pasaporte diplomático uruguayo. Además, portaba un fusil FAL, una ametralladora y una pistola 9 milímetros. Para proteger a su familia no ofreció resistencia y hasta convidó a los efectivos de la Policía Federal que lo detenían, con las empanadas, sándwiches y torta del festejo de su cumpleaños. Finalmente, en 1986 fue condenado a 16 años de prisión. En 1987, a los cincuenta y pico de años, murió en la cárcel de

cáncer de pulmón.

— ¿Es cierto que aunque pasaron más de 40 años todavía se investiga el destino de varios millones de dólares que había cosechado con sus andanzas?

—Mire Domecq, a medida que pasan los años cada uno le agrega un poco de condimento a la historia original.

—Es cierto, pero no me contó nada de los robos de cuadros— dije.

—Esa es la frutilla del postre y no quise usarla de aperitivo. ¡Jaaaa! —resonó su risa brutal.

— ¡Vamos! Usted fue protagonista del mayor robo de obras de arte de la historia argentina, alrededor del cual existe una cerrada trama de verdades a medias, mentiras y ocultamientos que llega hasta nuestros días. Entonces, como yapa al buen trabajo de hoy, bien podría contarme algo de lo que realmente ocurrió en el Museo Nacional de Bellas Artes aquella Navidad de 1980 —insistí.

Lorenzo parecía no tener ganas de seguir. Se había sacado el sombrero y se acariciaba la calva rapada que contrastada drásticamente con sus gruesos mostachos de milico

—Es que no hay temas aislados. El robo del Bellas Artes está relacionado con los de los museos de Rosario, más algunas colecciones particulares. En todos esos casos, participamos grupos parapoliciales y de inteligencia militar, ex integrantes de los grupos de tareas del Batallón de Inteligencia 601 del Ejército. Éramos una banda dedicada al tráfico de obras de arte y sus integrantes logramos permanecer muchos años en el anonimato —comenzó Lorenzo.

— ¿Fue lo que se llamó la *Conexión Rosaura*? —pregunté.

—Sí. Pero ese nombre recién surgió después de lo de Rosario. Las dos palabras comienzan con rosa.

— ¿Es cierto que apenas comenzado el 25 de diciembre de 1980, usted y tres personas más entraron al Museo Nacional de Bellas Artes? —pregunté.

—Sí. Está en el expediente. ¡Léalo! —dijo con sesgo autoritario y se levantó dando por terminada la reunión.

XV. Sicarios

En el despacho de la comisaria, sentados alrededor del escritorio, además de Anahí Aberanda, Raula Díaz y Boris Novak (todavía con un brazo en cabestrillo), estaba el comisario retirado Juan Falcone, experto y asesor en sicariato.

— A la comisaria tuve el gusto de conocerla cuando yo estaba en actividad —comenzó Falcone, dirigiéndose a los oficiales Díaz y Novak, quienes miraban con respeto a esa leyenda de la lucha contra las mafias—. Ella desde la Bonaerense y yo desde la Federal, aunamos esfuerzos para atrapar a un sicario, pero ya voy a llegar a ese punto. Como son todos muy jóvenes, quiero recordarles que veinte años atrás los homicidios por encargo eran una *rara avis* en el universo delictivo y recién en la última década comenzó a convertirse en algo más habitual, especialmente cuando la mafia china recurrió a sicarios para ajustar cuentas con rivales. Ahora sí, volviendo al caso

en el que trabajé junto a Aberanda y otros colegas, se trataba de capturar a Fredy Roberto Amarilla: un famoso sicario contratado por tríadas de la mafia china para matar a los dueños de supermercados que se negaban a pagar los US\$ 50.000 exigidos en concepto de canon a cambio de protección. Recuerdo que nos costó descubrirlo porque tenía una doble vida, algo así como “electricista de día y sicario de noche”. Además, al no tener rasgos orientales (era pálido, con cabello rubio enrulado y ojos redondos), su presencia en la zona del crimen no llamaba la atención. Amarilla trabajaba para el señor Hai quien, en aquella época, era el mayor traficante de indocumentados chinos. Cada mes, cientos de inmigrantes chinos ingresaban ilegalmente por la triple frontera, denunciaban en Argentina la pérdida de su pasaporte y gestionaban uno nuevo. Se trataba de un negocio millonario porque con nuestro pasaporte podían ingresar a Estados Unidos. Hoy, eso no es posible, porque los norteamericanos no confían en los documentos argentinos y exigen una visa muy difícil de obtener. A su vez, los chinos ilegales que se quedaban acá eran contratados para dar protección a comerciantes a cambio de una cuota mensual. Ese servicio no cubría únicamente el problema de la inseguridad, sino que también aseguraba que ningún otro chino pusiera un supermercado cerca. Era una protección efectiva, porque iba acompañada del «apriete». En CABA veníamos buscando al asesino de un chino de apellido Zen, quien había sido atacado por un sujeto que circulaba en una motocicleta conducida por un cómplice. Con casco, Amarilla descendió y abrió fuego contra el comerciante, quien recibió un disparo que le ocasionó la muerte. Tras el crimen, ya circulando por la Avenida Caseros, Amarilla cometió el error de

sacarse el casco cerca de una cámara de vigilancia municipal, que permitió identificarlo. Finalmente, Amarilla cayó en Castelar. Una mañana, bien temprano, cuando el dueño de un supermercado chino de la calle Arias estaba abriendo el local, por la vereda, apareció una moto. Irreconocible bajo su casco, Freddy Amarilla sacó un arma, le disparó en la frente y huyó por la calle España, de contramano. Por exceso de confianza no prestó atención al colectivo que avanzaba en sentido contrario. El impacto, de frente, fue tremendo. Los pasajeros que viajaban parados en el colectivo rodaron hacia el frente y algunos hasta cayeron a la calle. Con Freddy atontado y aplastado por su moto, los empleados del supermercado se ensañaron, lo molieron a patadas e intentaron lincharlo. Justo entonces llegó uno de los móviles de Aberanda y sus agentes capturaron al maltrecho asesino a sueldo.

—Tuvimos suerte —reconoció la comisaria.

—Lamentablemente, con la explosión de la actividad narco en Rosario las bandas de narcotraficantes tienen una gran demanda de asesinos a sueldo. Por ejemplo, en el barrio La Tablada, en el sur de esa ciudad, funciona una agencia de sicarios que ofrece los servicios de jóvenes dispuestos a matar a cambio de dinero. Cuando algún narco o dueño de búnker de venta de droga quiere ajustar cuentas con un competidor puede exponer su requerimiento en un determinado grupo de una conocida red social y allí aparecen los interesados en concretar el ataque. Si bien Rosario se convirtió en tierra de sicarios, el mismo panorama se replica en la frontera caliente de la cocaína, en Salta y Jujuy y en Misiones, donde la actividad narco está concentrada en el tráfico de marihuana.

— ¿Qué nos puede decir de los sicarios que entran por la triple

frontera? —preguntó Aberanda.

—Creo que el caso más resonante fue el doble homicidio ocurrido en la playa de estacionamiento del shopping Unicenter, de Martínez. En esa oportunidad los asesinos fueron sicarios que llegaron desde Colombia, mataron y se fueron. Pero, en nuestro país, los colombianos también se matan entre ellos. Hace poco en la zona más exclusiva del barrio de San Fernando, un joven colombiano vestido de jeans, sandalias y gorra de béisbol, bajó de una lujosa cuatro por cuatro blindada y, mientras consultaba su Rolex, fue baleado por dos jóvenes también colombianos, que le vaciaron todo el cargador y lo impactaron diez veces en el tórax y el cuello. El difunto tenía 29 años y vivía a todo lujo en un piso de la torre '*Le Parc*', valorado en 700.000 euros. Unos días después, otros dos colombianos aparecieron descuartizados y calcinados en el barrio bonaerense de La Matanza. Repito, estos crímenes no se perpetraron en las calles de Medellín, Cali o Bogotá, sino en nuestro conurbano. Pero, además de los colombianos, también tenemos detectados sicarios de México actuando en nuestro país. Como ejemplo puedo citar el famoso caso de Forza, Ferrón y Bina que fueron secuestrados y fusilados de un balazo en la nuca por incumplir una venta de efedrina a una banda de mexicanos del cartel de Sinaloa, que había montado una 'cocina' de drogas sintéticas en Maschwitz. Estos casos muestran que nos estamos convirtiendo en el refugio de narcotraficantes que ya no tienen margen de maniobra en países como Colombia y Perú, y ahora usan el puerto de Buenos Aires como vía de salida a sus exportaciones, principalmente a España. Junto con los narcos, también llegan sus sicarios, que son los fusibles del

sistema y que terminan asesinados para cortar la cadena de responsabilidades de un homicidio por encargo. Por ejemplo, en Rosario un narco emergente fue acribillado de 18 balazos por un tal “Oreja” Fernández quien, meses después del asesinato, fue hallado con una soga en el cuello y signos de haber sido sometido a torturas. Así se cortó la cadena que podía vincularlo con el jefe narco que ordenó el homicidio.

—Como usted sabe, uno de los nuestros acaba de ser asesinado por un sicario peruano, ¿qué puede decirnos? —preguntó Aberanda.

—Un caso testigo es el de “Piedrita” un sicario peruano de 24 años que llegó a cometer cuatro brutales asesinatos en un solo mes. Todas sus víctimas eran de nacionalidad peruana y vinculadas al tráfico de drogas. “Piedrita”, que tenía aterrorizada a la Villa 31 bis, trabajaba para “El loco”, un violento capo narco confinado en el penal de Devoto desde donde seguía manejando las redes de la droga. “Piedrita” había comenzado como perro, nombre que reciben los sicarios peruanos. Sin embargo, su efectividad y fidelidad al capo le permitieron ascender rápidamente en su organización hasta controlar una parte de la zona. Otro caso emblemático lo tenemos acá cerca, en la villa Loyola, en el partido de San Martín, los jefes de las bandas de narcotraficantes que dominan la zona, recurren a menores para actuar como sicarios. Cuando cumplen 16 años, los descartan automáticamente porque dejan de ser inimputables. Este fue el caso de “Fideo”, un “soldadito” de la banda los “Peruanos”, que domina parte del narcotráfico en el asentamiento de pasillos laberínticos de la avenida Constituyentes, en San Martín. A los 15 años “Fideo” fue

acusado de cuatro asesinatos en la villa Loyola donde habría actuado acompañado por otros tres cómplices, de su misma edad. Cuando lo detuvieron, Fideo gritaba: “¡No me pueden arrestar porque soy menor!”. Cabría agregar que estos jóvenes asesinos a sueldo no saben leer ni escribir, nunca estuvieron escolarizados porque carecieron de contención familiar y están convencidos de su expectativa de vida es corta.

— ¿Tiene información de narcos peruanos que actúan en nuestro país y tienen antecedentes en Sendero Luminoso? —preguntó Aberanda.

—Les puedo contar la historia del guerrillero peruano de Sendero Luminoso que vino a nuestro país como sicario, se convirtió en el jefe narco y provocó la recordada “masacre del bajo Flores”, pero es un relato largo y voy a necesitar un cafecito para entonar mi garganta — bromeó el ex comisario Falcone.

XVI. Sendero luminoso

Enjuto, de pelo corto y entrecano, con pómulos marcados, nariz aguileña y ojos negros de mirada firme, con su voz cascada por los años el comisario retirado Perrone se dispuso a contar la historia de los guerrilleros de Sendero Luminoso que vinieron a nuestro país y crearon pequeños imperios de *dealers* peruanos.

—Aunque suene xenófobo, se dice que la violencia porteña comenzó con los peruanos. En 1997 Marcos Estrada González y los

hermanos Ruti y Meteoro Mariños, ex miembros de Sendero Luminoso, prófugos de la justicia de Perú, llegaron al Bajo Flores y desbancaron al líder narco de la Villa 1-11-14, Julio Chamorro Revollar, asesinado poco después —comenzó el veterano comisario retirado—. Los ex senderistas ampliaron el negocio trayendo droga de Perú mediante el sistema de “mulas” y usaron dos agencias de remises como modo de distribuir la droga. En 2001, siendo comisario en actividad, formé parte del operativo que permitió detener a estos tres mafiosos. Pero, aún con los tres en la cárcel, el tráfico de droga y la violencia continuaron en la zona. En 2004, un grupo armado disparó a mansalva contra el frente de una remisería, dentro de la villa, para obligarla a llevar droga. Ese mismo año, Marcos y Meteoro salieron de la cárcel, pero Ruti continuó detenido un año más. En 2005, los hermanos Mariños desataron la guerra por el poder en el Bajo Flores y comenzaron a aparecer cadáveres eviscerados con rastros de droga, presuntamente de mulas que traían cocaína desde Perú y Bolivia. Pero el máximo exponente de esta guerra entre los narcotraficantes peruanos tuvo lugar en la avenida Bonorino, dentro de la villa 1-11-14, en el marco de una gran fiesta popular. Unas chicas bailaban vestidas con trajes típicos y otras tiraban incienso cuando un grupo de sicarios baleó a la procesión del Señor de los Milagros, el Cristo Moreno de los peruanos, de la que participaban unos 500 fieles. Hubo cinco muertos, incluido un bebé de meses —relató Falcone, mientras Raula escuchaba sin poder disimular su indignación—. Nuestros expertos determinaron que las balas estaban dirigidas al líder narco Marcos Estrada González, quien formaba parte de la procesión y era socio de quienes intentaron matarlo: los Mariños. Fue entonces cuando Marcos

aprovechó para expulsar a sus socios y apoderarse del control del negocio. Obligados a huir, los hermanos Magariños emigraron a la Villa 31, donde continuaron con las actividades delictivas y dieron origen al narcotráfico en la villa de Retiro. Para quedarse con el control total Marcos había diseñado un clásico sistema de beneficencia. “Si alguien en la villa necesita un medicamento, él lo compra. Si los chicos quieren ir a la escuela, él paga el transporte. Si es el día del niño, él organiza un festejo. Él es el protector”, decían sus seguidores. Su clan operaba bajo un férreo operativo de protección que incluía a los denominados “soldaditos”, “satélites” y “chalecos” que realizaban anillos de vigilancia para advertir la llegada de las fuerzas de seguridad. Finalmente, Marcos fue apresado, condenado y deportado a Perú pero —desde el exilio— continúa liderando el Bajo Flores, donde las bandas que controlan la droga en el territorio se renovaron con lugartenientes que ascendieron a los lugares de poder.

— ¿Qué otros narcos peruanos de peso nos podés mencionar?
—intervino la comisaria Aberanda.

—En la Villa 31, creo que en 2010, surgió otro narcotraficante peruano: el “Loco César”. Este siniestro personaje mostraba en *Facebook* la nómina de sus futuras víctimas, advirtiéndoles que estaban condenadas a muerte. Si no se iban, las mataba. Recién en 2012, el “Loco César” fue detenido por la Federal gracias a un error de principiante: en el certificado de nacimiento de su hijo en el hospital Fernández había escrito su dirección real. El *modus operandi* de este narco peruano incluyó su intromisión mafiosa en procesos sociales de alta espectacularidad como la toma del Parque Indoamericano. Este año, un gran operativo desnudó una realidad: pese a la expulsión de

Marcos, la banda sigue a toda orquesta en el Bajo Flores. Y no lo ocultan: los envoltorios que encontró la PF son los mismos que viene utilizando la organización hace más de dos décadas. Incluso, en el clan, aún sostienen que Marcos “Va a volver”, convencidos de que el capo no dejará el negocio en la Argentina. Lamentablemente, casi un cuarto de siglo después, con nuevos nombres, los traficantes peruanos siguen operando. Nunca se fueron, nunca cesó la venta, ni la violencia, ni los crímenes —concluyó Falcone.

—Más allá de las diversas fuentes que aseguran que algunos de estos capos del narcotráfico peruano en Buenos Aires tuvieron vinculación con la organización guerrillera Sendero Luminoso, me gustaría saber si existen pruebas —preguntó Aberanda.

—Buena pregunta. Dejame buscar—dijo Falcone mientras revisaba su Tablet—. Acá tengo el caso de Meteoro. En el expediente, el juez Altieri dice que envió pedidos de informes a Interpol, a la policía de Perú y a la Unidad Antiterrorista de la Policía Federal para saber si los acusados fueron preparados militar y políticamente por el brazo armado del Partido Comunista peruano, liderado por Abimael Guzmán. La respuesta de Interpol fue que Esidio Ramos Mariño alias “Meteoro” tenía orden de captura internacional por el delito de terrorismo. Para más detalles, agrega: “Piel trigueña, ojos pardos, cabellos lacios negros, estatura 1,52 centímetros, nariz recta, frente amplia, labios medianos, cejas semipobladas”, “Cicatriz en el pómulo izquierdo (8 centímetros). En la ceja del ojo izquierdo (3 centímetros). Dos cruces tatuadas en el pómulo derecho y otro tatuaje con la inscripción “Dios y mi madre” y, por último, en el antebrazo derecho las letras E.T.”.

— ¡Un lujo! —lo mimó Aberanda—. Más claro imposible.

— ¿Qué nos puede decir de los narcos peruanos del conurbano —preguntó la oficial Díaz.

—En una panadería de Tres de Febrero, un grupo de peruanos liderados por un ex Sendero Luminoso, fraccionaban cocaína y se la vendían a gente de la farándula. Fue en 2016, yo estaba a punto de jubilarme y participé de los allanamientos en la Capital, en simultáneo con los que se realizaron en San Miguel. El fiscal del caso denunció que, pese a que virtualmente había desaparecido, una minúscula facción de Sendero Luminoso, autodenominada Proseguir, se mantenía activa y actuaba en alianza con narcos. En esa oportunidad también se estableció que estos peruanos tenían conexión con otros narcos que operan en la Villa 1-11-14 —resumió Falcone.

— ¿Y en Morón? —se sumó Raula Díaz

— Bueno, en esta zona tuvimos el caso de las peruanas trans que tenían un bunker en Boatti y Sarmiento, cerca de la estación y la Universidad. Dos de ellas vivían en Castelar. Esa operación ya fue desbaratada. También, desde Morón hasta Moreno, operaba una banda liderada por una mujer peruana conocida como “La tía”, que se dedicaba a comercializar cocaína de máxima pureza, marihuana y pastillas de éxtasis. Esa mujer, de unos 60 años, que estaba vinculada al clan narco de Candía Castedo que opera en Bolivia y Perú, les vendía droga a otros *dealers*, con quienes pactaba la entrega vía telefónica o por medio de *WhatsApp* en plazas ubicadas en inmediaciones a estaciones férreas de la zona oeste. Lo llamativo es que, además de gran cantidad de diversas drogas y material de estiramiento, “La tía” tenía varios miles de dólares falsos. Otro narco, también de nacionalidad peruana, que operaba en la zona oeste, tenía

la particularidad de pactar la venta por teléfono y concretar las entregas en autos en movimientos para evitar ser detectado. Operaba en las localidades de Moreno, Ituzaingó y Morón. La droga era ocultada en vehículos que el jefe narco estacionaba en distintas playas de estacionamiento de Moreno y que fueron allanadas.

—Dado que el ataque a nuestro patrullero no está vinculado con la droga, me gustaría preguntar qué antecedentes hay de ex miembros de Sendero Luminoso actuando como sicarios en casos no vinculados al narcotráfico —preguntó el oficial Novak.

—No sabría responderte, porque la droga ya contaminó las más diversas actividades. Es más, si me permitís responderte con una pregunta sería: ¿Estás seguro de que el ataque al auto policial no tiene la más mínima y remota vinculación con algún tipo el tráfico de drogas.

—Mataron a policías que iban a declarar como testigos de la muerte o asesinato de Monserrat Cambó...—argumentaba Boris Novak, cuando Falcone lo interrumpió.

— ¿Estás seguro de que el marido de Monserrat no tenía vínculos con la droga?

— ¿Craigson Benitez? —reaccionó Novak.

— ¡Sí! El presidente de Magister, fachada de la “Triple A”, otra organización paramilitar como Sendero Luminoso. Te recuerdo que ambas bandas creían que “el mejor enemigo es el enemigo muerto” —dijo Falcone.

—Pero,... una era de derecha y otra de izquierda —intentó argumentar el joven Novak.

—Esas diferencias o categorías no existen cuando el objetivo es

ejercer el poder con las armas —respondió con firmeza el comisario retirado y agregó—. Es más, creo que en los países productores de drogas ilegales, existe una “alianza *non-sancta*” entre organizaciones de traficantes de esas drogas y grupos insurgentes, con el fin de cambiar el régimen político y la estructura social del cono sur.

XVII. Valija Diplomática

Toti había nacido en la desgarradora pobreza de una villa del conurbano bonaerense. Sin agua, sin cloacas, sin gas, sin asfalto, sin escuela ni hospital, los pobres engendraban más pobres y la injusticia espiralizaba la violencia. De chico, en la puerta de su propia casa, Toti había visto a su padre morir acribillado. A partir de entonces, carente de una figura paterna, se dejó convencer por un empresario del crimen que reclutaba muchachitos para transformarlos en sicarios. Los seleccionaba, los entrenaba, les conseguía clientes y les proporcionaba armas, movilidad y el posterior refugio. También les proveía la droga necesaria para que en aquellos jóvenes aflorara un escalofriante desprecio por la vida propia y ajena.

Tras el asesinato de su esposo, con la esperanza de alejar a su hijo del nefasto entorno, la madre de Toti formó pareja con Gustav Novak un policía honesto, con un hijo –Boris- que estudiaba en la escuela de formación de policías. Boris y Toti eran el agua y el aceite, nunca se toleraron mutuamente y cada uno siguió con su vida prescindiendo del otro. Pasaron los años y llegó el día en que, a los

tiros, Toti se resistió a un control policial y murió en el enfrentamiento. Entre las balas que impactaron en su cuerpo, podría haber habido alguna disparada por el flamante agente de la policía bonaerense, Boris Novak, su hermanastro.

—Espero que hayan hecho los deberes —bromeó la comisaria Aberanda dirigiéndose a los jóvenes oficiales, que la escuchaban sentados alrededor de su escritorio—. Usted Novak tenía que buscar vínculos entre el asesinato de Monserrat Cambó con la banda de Aníbal Gordon y el holding Magister & Wildestein.

—Así es, y empecé por lo básico: casos anteriores archivados por la Bonaerense —comenzó Boris Novak:

→ “Magister Seguridad Integral”. Esta supuesta agencia de vigilancia, fue creada para administrar el “botín” (dinero, joyas, obras de arte, propiedades) robado a los detenidos y desaparecidos durante la dictadura militar 1976/83.

→Galería Wildestein: Importante galería de arte francesa, con sucursal en Argentina, que fue absorbida por el grupo Magister.

→ General Otto Paladino, (fallecido), cofundador de la “Triple A” (Alianza Anticomunista Argentina) la banda paramilitar responsable de la desaparición forzada de personas. Durante la dictadura pasó a conducir el servicio de inteligencia (SIDE). En 1976 constituyó “Magister Seguridad Integral”, empresa fantasma que manejaba los bienes expoliados durante el terrorismo de Estado.

→Aníbal Gordon, (fallecido), criminal que pasó de delincuente común a jefe del grupo parapolicial “Triple A”. Murió en la cárcel, condenado

por delitos de lesa humanidad y acusado de participar del robo contra el MNBA, en la Navidad de 1980.

→ Ernesto Lorenzo, agente de inteligencia y lugarteniente de Aníbal Gordon. Estuvo a cargo del centro clandestino de detención conocido como Automotores Orletti. En 1995 fue apresado con una pintura original de Goya, valuada en 3 millones de dólares, robada en 1983 del Museo de Arte Decorativo de Rosario.

→Gustavo Craigson Benitez: (fallecido), Abogado, ex miembro de la Agencia Federal de Inteligencia (AFI), Reemplazó a Otto Paladino en la presidencia de Magister. Casado con Monserrat Cambó.

→Monserrat Cambó: (fallecida), heredera de Francisco Cambó, magnate catalán.

→Malinka Lorenzo. Nieta de Ernesto Lorenzo, ex secretaria de Craigson Benitez y asesora artística de Monserrat Cambó.

→Robo el MNBA: En diciembre de 1980, cuando la vigilancia del museo estaba a cargo de “Magister”, robaron 16 cuadros. De los cuales, en 1983, recuperaron tres que iban a ser parte de un trueque por armas. El resto lo conocemos bien.

En resumen: hay un sólido hilo conductor que vincula a Magister, con Wildestein, la “Triple A”, el robo al MNBA, la Zona Franca Colonia, Craigson Benitez y Ernesto Lorenzo. Sin embargo, no tengo certezas sobre la relación de Monserrat Cambó con los otros personajes, más allá de que estaba casada con el presidente de Magister y era la heredera de la gran colección de su abuelo y socio de Wildestein. Ahora, si le parece bien, puedo leer un artículo sobre Monserrat publicado en Castelar Digital

—No es necesario. Ya tenemos un buen punto de partida.

Páseme copia de la nota de Castelar Digital, así la incorporo a mi archivo del caso —había comenzado la comisaria antes de mirar a Raula Díaz, para preguntarle—. ¿Qué averiguaste de los cuadros robados de Rosario? ¿Cuántos se recuperaron?

—Habíamos mencionado que en 1983 robaron cinco cuadros del museo Estévez, de Rosario, incluyendo telas de El Greco, Goya, Murillo, Sánchez Coello y Ribera. También sabíamos que, en 1985, se recuperó el Sánchez Coello y que, en 1995, apresan a Ernesto Lorenzo con el Goya robado. De esa banda solo sobrevive Lorenzo, quien -a sus 78 años- continúa en prisión domiciliaria. Durante el juicio, fue acusado de manejar una red de ex militares, funcionarios del Estado, embajadores, miembros de consulados y banqueros que estaban detrás del tráfico de obras de arte en valijas diplomáticas —afirmó Raula y, luego de unos segundos de silencio para resaltar el impacto de sus últimas palabras, propuso:

—Si les parece, puedo mencionar un par de casos emblemáticos sobre “el uso ilícito de las valijas diplomáticas”.

—De acuerdo, pero bien resumido —aceptó la comisaria.

—Según acuerdos internacionales, *“la valija diplomática no podrá ser abierta ni retenida, a menos que haya motivos fundados para suponer que contiene objetos no comprendidos en las exenciones”*. En los últimos años, nuestro país quedó envuelto en dos escándalos diplomáticos: las narco valijas rusas y la valija con dólares del venezolano Antonini Wilson. En el primer caso, en diciembre de 2021 se descubrió la existencia de una organización narco criminal que tenía almacenados 400 kilos de cocaína en el interior de 12 valijas localizadas en la sede diplomática rusa. El otro caso, de gran

repercusión política y mediática, conocido como el “escándalo de las valijas” estalló en agosto del 2007, Antonini Wilson llega a Argentina con 790 mil dólares no declarados y que fueron decomisados. Luego de un largo proceso judicial, recién en octubre de 2021 el gobierno venezolano reconoció que Wilson había transportado parte de los 21 millones de dólares que el presidente Chavez aportó a la campaña electoral de Cristina Fernandez de Kirchner.

— ¿Encontraste alguna vinculación entre valijas diplomáticas con Ernesto Lorenzo o el tráfico de obras de arte —preguntó la comisaria Aberanda.

—Sí, es un caso viejo pero creo que sirve como muestra. Los antiguos dueños de la Galería Wildestein, antes de venderle su empresa a Magister, habían sido enjuiciados por vender obras de arte entradas ilegalmente a nuestro país, mayormente via valija diplomática. Además, si me permite —pidió Raula viendo que su jefa miraba el reloj—, quisiera enfatizar que, en 2018, en Uruguay, Ernesto Lorenzo, fue acusado de traficar arte en valijas diplomáticas, tal como hacían sus predecesores de la galería Wildestein. Por lo tanto, como Lorenzo sigue integrando el directorio del grupo Magister, me parece que deberíamos aplicarle la lupa —concluyó la oficial Díaz.

—Me parece buena idea, Raula —reconoció la comisaria, antes de hacer su aporte—. Para complementar lo expuesto por ustedes tengo un añejo dato de color. Francisco Cambó, el multimillonario catalán abuelo de doña Monserrat, durante sus años en Argentina, compraba obras de artes expoliadas por los nazis y que su amigo Wildestein traía legalmente al país. Cuando muere Francisco, su esposa quiso enviar todas esas obras a España pero chocó con

nuestra burocracia. Entonces recurrió al embajador de España quien sacó las pinturas de Argentina mediante valijas diplomáticas. Es decir que en 1947, cuando ninguno de nosotros tres había nacido, un Cambó y un Wildestein ya se las arreglaban para sacar ilegalmente cuadros, en valijas diplomáticas.

XVIII. Bellas Artes

Al resolver que los crímenes cometidos por la organización de ultraderecha “Triple A” debían juzgarse como delitos de lesa humanidad y serían imprescriptibles, la Cámara Federal porteña sentenció el destino de Aníbal Gordon, condenado a morir en la cárcel.

Sin embargo, nadie había imaginado que en el momento en que el juez estuviera por dictar su sentencia un grupo armado ingresara al edificio de tribunales y comenzara a disparar a mansalva contra las autoridades y contra el sector de los periodistas entre los que estaba yo, cubriendo el juicio para Castelar Digital. Instintivamente, me tiré al piso pero antes de lograrlo alguien me disparó y los balazos sacudieron mi cuerpo. En una reacción póstuma, grité con todas mis fuerzas sin imaginar que al hacerlo lograría despertarme de esa angustiante pesadilla. Empapado en transpiración, encendí el velador y me encontré con Negro que se había acercado a mi cama preocupado por lo que parecía ser mi último alarido.

— ¡Eso te pasa por trabajar para asesinos! —me sorprendió la furiosa voz de Leonor.

— ¿Qué? —reaccioné medio dormido ante el reto evanescente.

— ¿Estás tan necesitado como para agarrar esa guita manchada de sangre? —me saltó a la yugular quien fuera el amor de mi vida.

— ¡No es por la plata! —me defendí.

—No me vengas con la obligación moral del periodista, porque lo que estás haciendo es inmoral —siguió acusándome desde el más allá.

— ¡Busco la verdad! —reaccioné de mal tono.

— ¿Qué verdad puede contar esa lacra de represor que secuestró, mató e hizo desaparecer gente?

En otro momento me hubiera ido de casa dando un portazo, pero ahora era imposible porque ella estaba instalada en mi cabeza y, por extensión, en mi consciencia, en mi pensamiento, en mi imaginación, en mi alma y en todo mi ser. Después de muerta, ella irrumpía a *piacere* como un volcán activo alojado en mis entrañas, donde bullen mis anhelos y danzan mis fantasmas.

Obsesionado, una y otra vez, le ordené a mi mente que no la escuchara pero fue en vano. Su voz omnipresente interfería mis pensamientos y boicoteaba mis intentos de silenciarla. A falta de una idea mejor, me metí bajo una ducha de agua caliente larga y relajante, hasta aflojar los músculos del cuello y la espalda. A continuación, mientras preparaba un poderoso té de tilo, decidí huir hacia adelante. Como Lorenzo era un viejo madrugador le envié un mensaje proponiendo adelantar la reunión agendada para esa tarde. Una vez que dio su conformidad, me vestí y, sin desayunar, subí a mi *coupé* y le metí pata hasta Marcos Paz. Inesperadamente, el amanecer me proporcionó un momento mágico. Había salido de Castelar en la

oscuridad, con el cielo salpicado de sus últimas estrellas. De a poco, las sombras fueron cediendo terreno ante una débil luminosidad que se filtraba en el horizonte. El aire fresco y húmedo acariciaba mi piel, en una sensación placentera. A medida que avanzaba por la Ruta 6, los colores en el cielo cambiaban: los tonos púrpuras y azules oscuros daban paso a tonalidades doradas y anaranjadas que pintaban el horizonte. Ya en Marcos Paz, el sol, como una bola de fuego, comenzaba a derramar sus rayos sobre los lomos de los caballos criollos que criaba Ernesto Lorenzo. Sin darme cuenta, con esa maravillosa y efímera transición de colores y sonidos, el amanecer había logrado acallar la voz de Leonor.

Sentado junto a la chimenea, con la reluciente calva al aire, mientras alisaba sus gruesos bigotes, sin saludo previo, con su voz ronca y grave me preguntó: ¿Leyó el expediente?

—Por supuesto, ya lo había leído más de una vez y volví a leerlo, pero eso no reemplaza sus vivencias.

—Está bien —dijo en tono coloquial—. Tome nota: como en las películas, la noche del robo al museo de Bellas Artes había tormentas eléctricas y chaparrones. Era Nochebuena y no había un alma en la calle. El edificio estaba rodeado de plazas y árboles. Aislado de la ciudad. El museo con obras de arte de valor incalculable no tenía alarmas. Para vigilar 4000 m², solo había un sereno y un bombero que después de cenar dormían en el sótano.

—Leí que entraron por los techos, pero no tengo claro si ustedes aprovecharon la estructura metálica y los andamios que había montado el personal de mantenimiento —dije.

—Los andamios estaban desde un par de semanas antes y eran una invitación. Jaaa —festejó Lorenzo—. Eso sí, como auténticos profesionales, no violentamos ninguno de los accesos al museo. Además, le cuento una anécdota: cuando nuestro soplete rompió el vidrio que protegía las piezas de jade se inició un incendio.

— ¿Un incendio en la millonaria sala Santamarina? —pregunté sorprendido.

— ¡Afirmativo! Ladrones comunes hubieran rajado, pero nosotros bajamos dos piso para buscar baldes, los llenamos en un baño y lo apagamos a baldazos. Jaa— se regocijó de su supuesta hazaña.

—El comisario Meneses, en sus memorias, dice que ustedes seguramente habían recorrido el edificio del museo en los días previos al robo. Por ejemplo, durante la exposición “El oro de Colombia” —comenté.

—Ese viejo zorro dijo muchas boludeces pero en esto acertó.

— ¿Qué otros aciertos tiene el libro de Meneses?

—Entre las cosas que dejamos en la sala Santamarina había una botella vacía de ‘*Los criadores*’, que tenía la huella de un dedo pulgar claramente impresa sobre la superficie de vidrio. Resulta que Meneses sabía que esa era la marca de whisky preferida de Gordon. Entonces se comunicó con el juez de la causa y le sugirió que hiciera comparar las impresiones digitales de Gordon con las halladas en aquella botella de whisky, pero no coincidieron, porque Gordon fue el único de los cuatro que usó guantes. Las huellas deberían ser de algunos de los tres restantes. Jaaa. Eso fue buena leche. —festejó.

— ¿Cómo actuaron después de ingresar al Museo?

—Estuvimos casi cuatro horas. Sin apuro, porque los serenos

dormían, aparentemente festejaron la Nochebuena con mucha sidra. Fuimos a la Sala Santamarina y sacamos pinturas impresionistas y algunas obras de porcelana y jade, ya preseleccionadas.

— ¿Llevaban una lista?

—Algo así, porque más difícil que robar un cuadro es venderlo. Por eso dejamos cuadros que valían varios millones de dólares pero eran invendibles. Mientras uno buscaba y marcaba el botín, dos sacábamos las telas de los marcos y el cuarto, con un soplete abría las vitrinas con jades.

—Para que los futuros lectores de su autobiografía puedan apreciar la magnitud de ese robo quisiera que me confirmara la siguiente lista: *El abanico*, un dibujo a lápiz de Henri Matisse; *Retrato de mujer, Gabrielle et Coco y Coco dibujando*, de Auguste Renoir; *Recodo de un camino y Duraznos sobre un plato*, de Paul Cézanne; *El llamado*, de Paul Gauguin; *Ruta por la nieve al puerto de Chateau*, de Charles Lebourg; *El vendedor de diarios*, de Thibion de Libian; *Fiebre amarilla*, de Juan Blanes; *Feydeau y su hijo Jorge*, de Honore Daumier; dos dibujos de Edouard Degas; dos desnudos en acuarela de Auguste Rodin, y un óleo de Eugene Boudin, todos de la Colección Santamarina.

—Más 7 piezas de porcelana y jade de la Dinastía Ming que le chiflaban a Gordon.

—Además de Gordon y usted, ¿quiénes eran los otros dos?

—Solo voy a mencionar a los muertos, pero si me interrumpe pierdo el hilo —se quejó.

— ¿En cuánto se estimaba el monto del robo?

—20 millones de dólares de aquel momento.

— ¿Y a valor actual?

—Habría que multiplicarlo por 5 ó por 10.

— ¿Es cierto que fue la propia Junta Militar la que habría mandado a robar las valiosas pinturas de la colección donada por la familia Santamarina para comprar armas a Taiwán, que usaría para el operativo de recuperación de las islas Malvinas? —me animé a preguntar.

—“*No comments*”. Aunque “*off de record*” podría decir que en diciembre de 1980 Malvinas no era una hipótesis de conflicto aunque sí lo era Chile —respondió Lorenzo con un gesto que intentaba imitar la enigmática sonrisa de “La Gioconda”.

XIX. Museos de Rosario

Mientras los peones del haras vareaban los criollos pura sangre, Lorenzo y yo acompañábamos la mateada con tortas fritas caseras.

—Hay cosas que todavía no le conté —dijo el represor, ladrón de bancos y museos—. Nací en 1949 y nunca fui militar, aunque durante décadas estuve rodeado de uniformes verde oliva. A principios de los '70, en Rosario, junto a Gordon me reclutó el general Otto Paladino, que de capo de la “Triple A” pasó a conducir la SIDE del gobierno militar y nos asignó el control del centro clandestino Automotores Orletti. Nuestro grupo de tareas usaba sofisticados equipos de comunicación para la época, autos Ford Falcon y armas, ropas y

distintivos provenientes de fuerzas militares y de seguridad. No necesitábamos máscaras y actuábamos a cara descubierta. Teníamos tanta impunidad que nos reuníamos a cenar en “*Los Años Locos*” un restorán de la Costanera frecuentado por militares, espías y personajes de la farándula. Era tal la relación entre ellos que, en 1982 el general Paladino asistió al casamiento de la hija de Gordon. Una vez que se retiró de la SIDE y del Ejército, Paladino continuó vinculado a la inteligencia paramilitar y creó la agencia de seguridad Magister, que también administraba los bienes expoliados a los desaparecidos. Ahí estábamos todos los muchachos que habíamos reportado bajo las órdenes de Gordon en los centros clandestinos de la Secretaría de Inteligencia. En Magister también trabajaba Adriana la hija de Aníbal Gordon, que liquidaba los sueldos. En agosto de 1983, dos días antes del secuestro de Kelly, hubo una reunión en Magister entre Paladino, nosotros y Eduardo Ruffo, otro lugarteniente de Gordon en la SIDE y que, para entonces, era el jefe de operaciones de la agencia de seguridad. En ese encuentro se decidió el rapto de Kelly quien andaba denunciando los vínculos entre la “Triple A” y la logia masónica italiana *Propaganda Due*. Junto con Eduardo Ruffo, César Enciso, Marcelo Gordon (hijo de Aníbal) y Carlos Rizzaro, lo secuestramos en la esquina de Cabildo y Republicuetas. Kelly salió de su casa, se subió a su Taunus rojo y lo interceptamos cruzándole un Falcón en su camino. Con una combi y otro auto lo encerramos por atrás. Le pegamos un culatazo en el ojo a través de la ventanilla delantera, nos metimos en el auto, lo desplazamos al asiento del acompañante y le pusimos unas esposas. De ahí lo llevamos directamente a una casa operativa en Rosario, donde nos esperaba Gordon. Teníamos que averiguar “para

cuál servicio de Inteligencia trabajaba”. Luego de grabar un video con el interrogatorio, se nos ordenó liberarlo por el quilombo que la difusión del caso había causado. Un año después me detuvieron, pero eso ya lo conté.

— ¿Magister también se dedicaba al tráfico de armas? — pregunté.

—Indirectamente. Existía un pool de empresas vinculadas orgánica o inorgánicamente a la SIDE. Había una registrada como “SMC”, que son las iniciales de los generales Suárez Mason y Camps que se dedicaba a la compra venta de armamento.

—Volviendo a los museos, si mal no recuerdo, usted dijo que “Operación Rosaura” consistió en robar museos de la ciudad de Rosario—dije.

—Afirmativo —respondió Lorenzo—. En 1983, pocos días después de que Alfonsín ganara las elecciones, en un operativo comando redujimos y amordazamos a tres empleados del Museo de Arte Decorativo Estévez, en Rosario. Fuimos directamente a las salas Francesa y Española y desmontamos de sus bastidores a 5 pinturas de Goya, El Greco, Ribera, Sánchez Coello y Murillo, valuadas en 13 millones de dólares.

— ¿Podría confirmarme que se trataba de los siguientes cuadros?: “Retrato de un joven”, de 0,95 por 0,70 metros, de El Greco; “Santa Catalina”, de 0,89 por 1,15 metros, de Murillo; “El profeta Jonás Saliendo de la ballena”, de 1,80 por 1,50, de Ribera; “Retrato de Felipe II”, de 1,83 por 1,03, de Sánchez Coello, y “Doña María Teresa Ruiz Apodaca de Sesna”, de 1,26 por 1,28 metros, de Goya.

—Afirmativo, aunque no recuerdo las medidas de las telas —

confirmó y agregó—. Como eran por encargo, algunos de esos cuadros los vendimos rápidamente a coleccionistas privados, pero el Goya estuvo en mi poder hasta 1995.

— ¿Aún sin Gordon ni usted, la banda siguió activa? —pregunté.

— ¡Por supuesto! Ya dije que éramos laburantes. En abril de 1986, nuestro grupo comando ingresó en la casa del matrimonio de coleccionistas Victorio Capriolo y Hortensia Tricerri, también en Rosario, y se llevó alrededor de 150 obras de arte. Recuerdo que para trabajar con tranquilidad, los muchachos simularon una mudanza y cargaron el botín en un camión parado frente a la puerta, sin que nadie los molestara.

—Después le tocó al Museo Castagnino, también en Rosario — dije.

—Sí, como no estábamos ni Gordon ni yo, nuestra banda sumó a Reisse...

— ¿Quién? —lo interrumpí.

—Leandro Sánchez Reisse era, como nosotros, un antiguo agente del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército. Además, con el alias “Lenny”, había estado en Centroamérica como asesor argentino de los Contras nicaragüenses. Se lo acusaba de haber combinado sus ocupaciones paramilitares con negocios personales, como los secuestros del banquero Pedro Fassan, y de los financistas Jaime Prisant, Fernando Combal y Carlos Koldobsky, en 1979... ¿Por dónde iba?

—Museo Castagnino—respondí.

—Fue en 1987, con Gordon y yo presos, nuestro grupo redujo al sereno. Como el museo estaba cerrado, consiguieron que les abriera

la puerta con la excusa de una entrega de correspondencia. Hasta hacía pocos días el lugar había tenido custodia policial las 24 horas pero, “casualmente”, la habían suspendido por razones presupuestarias. Jaaa —festejó con su risotada gutural.

—Tengo anotado que se llevaron “*Palomas y pollos y Bandidos asesinando a un hombre y mujeres*,” de Goya; “*Paisaje con frailes y lavanderas*”, de Alejandro Magnasco; “*Un evangelista*”, de El Greco, y “*Retrato de hombre con pelliza*”, de Pablo Cagliari, El Veronés — acoté.

—Recuerdo los pintores pero no los cuadros, Pero si usted lo dice...—comentó.

— ¿Los vendieron en Miami? —pregunté en base a mi cuestionario previo.

—Mire Domecq, durante dos años no nos jodió nadie, pero el reducidor metió la pata. En 1989, nuestro hombre en Miami, el ex comisario de la Federal Juan Carlos Longo es detenido con el Goya robado del Castagnino, más una foto de la pintura de Sánchez Coello, que habíamos robado en el Museo Estévez. El cagón de Longo cantó que ese cuadro lo tenía Sánchez Reisse en un hotel de Buenos Aires, donde Interpol logró recuperarla. En base a eso los investigadores dieron por probada la vinculación entre los asaltos de los dos museos de Rosario, el Estévez y el Castagnino.

— ¿Cuántos años estuvo detenido? —pregunté para confirmar mis datos previos.

—Como dije antes, me agarraron en 1984 y recién en 1991 el juez federal Martín Irurzun me sentenció a siete años de prisión, pero me los dio por cumplidos debido al tiempo que yo había pasado

detenido hasta entonces.

— ¿Y después?

—En 1992 caí de nuevo, acusado de intento de asalto contra la sucursal Plaza San Martín del Lloyds Bank, pero salí pronto.

— ¿Cuándo lo agarraron con el Goya robado del Museo Estévez, de Rosario?

— Fue en 1995, en Belgrano mientras manejaba mi camioneta me pararon y encontraron el Goya que nuestra banda había robado en 1983 y estaba valuada en más de tres millones de dólares.

— ¿Usted fue presidente de Magister?

—Transitoriamente, desde la muerte de Otto Paladino hasta la designación de su bien conocido Gustavo Craigson Benitez —dijo, intrigante.

— ¿Mi bien conocido? —pregunté, exagerando mi sorpresa.

— ¿Acaso va a negar que lo persiguió hasta su muerte? —me encaró amenazante.

— ¡Yo no lo perseguí! Me topé con él, imprevistamente, en medio de la búsqueda del Renoir robado en 1980 y lo investigué igual que a los otros involucrados —me defendí—. En cuanto al incendio donde murió Gustavo, tengo mis dudas.

— ¡Vamos Domecq! Está clarísimo que el pobre Gustavo prefirió suicidarse antes que ir preso —argumentó.

—No creo que haya sido un suicidio —insistí.

— ¿No? ¿Y entonces?

—Intuyo que lo asesinaron —arriesgué.

XX. EI CEO

« ¡Qué mala leche! Le seguí el juego a Lorenzo durante días y días con la esperanza de que soltara algún dato relevante, pero después de repetir historias recontra conocidas, se enfureció cuando le pregunté algo sobre lo que no quería hablar. En fin, lo cierto es que me mandó al carajo y se acabó lo que se daba».

Mientras rumiaba mi bronca, atendí el llamado de Anahí.

— ¡Hola! —dije.

— ¿Cómo andás? —preguntó ella.

—Como el país —respondí.

—Entonces, mejor no pregunto más y te invito a una reunión de dos chicas y dos muchachos —bromeó ella.

— ¡¿Qué!? —reaccioné confundido.

—Te cuento —comenzó la comisaria—. Estoy reunida con Raula y Boris y nos vendría muy bien escucharte contar, con pelos y señales, los entretelones del “*Gabrielle el Coco*” de Renoir.

— ¿En serio? Mirá que no tengo nada nuevo para aportar —dije.

—No es necesario. Nos alcanza con que cuentes todo lo que recuerdes de tu investigación sobre ese cuadro robado, falsificado y quemado.

Esa misma mañana, entré al despacho de la comisaria, saludé a las mujeres con un beso en la mejilla y me presenté ante Boris Novak, a quien no conocía.

—Mucho gusto, soy Domecq.

—Encantado, oficial Boris Novak a sus órdenes —sobreactuó el

muchacho.

—Domecq es periodista, novelista y detective al mismo tiempo —me mimó Anahí.

—En realidad, soy periodista jubilado, novelista por hobby y detective por necesidad económica, ya que cobro la mínima —aclaré.

—Bueno, hechas las presentaciones quiero contarte que estamos buscando puntos de contacto entre las muertes de Monserrat Cambó y su esposo Gustavo —comenzó la comisaria—. Al consultarlo, su hijo Santiago relacionó esas muertes con secretos sobre cuadros desaparecidos. Por eso, queremos escuchar tu relato buscando puntos de contacto con los cuadros robados del MNBA.

—Como saben, en 1980, posiblemente gracias a una zona liberada por el gobierno militar, la banda del represor Aníbal Gordon robó 16 pinturas y piezas de jade del MNBA. Unos años después personajes vinculados a la empresa Magister (administradora del botín de la guerra sucia), intentaron canjear cuatro de esos cuadros robados por armas. Sin embargo, una de esas pinturas, “*Gabrielle el Coco*” de Renoir, fue rechazado por falso. Por último, a fines del año pasado en un depósito de Magister & Wildestein, en la Zona Franca de Colonia, aparecieron algunos de los cuadros robados en 1980, incluido el “*Gabrielle el Coco*” original. Resumiendo, en todo este relato participa, en mayor o menor medida, Magister, la empresa que presidía Gustavo Craigson Benitez al momento de su extraña muerte. Sería de esperar que Gustavo conociera los secretos de la empresa que presidía. Además, siendo su esposa una conocida mecenas, es probable que ella estuviera la tanto de lo que pasaba con las obras de arte robadas, aunque solo fuera por puro egoísmo, para disfrutarlas en secreto.

— ¿Tenés alguna hipótesis de trabajo? —me preguntó Aberanda.

—Tal vez, si los oficiales no se ofenden, solo como amiga podría compartirte *off de record* alguna de mis ideas locas —propuse.

Ante un gesto de la comisaria, Raula y Boris se retiraron y yo compartí uno de mis secretos.

—Estuve trabajando para Ernesto Lorenzo —dije.

— ¿El abuelo de Malinka? —se sorprendió Anahí.

— ¡Sí! El ladrón de museos —respondí.

— ¿En qué te metiste? —preguntó.

—Me contrató como ghostwriter, para escribir sus memorias.

— ¿Y cómo te fue como escritor fantasma? —siguió preguntando.

—Habíamos avanzado bastante, pero metí la pata y se pudrió todo —reconocí.

— ¿A qué llamás avanzar? —preguntó.

—Por ejemplo, me confirmó sus robos a distintos museos

— ¿Eso no está en la sentencia del juez?

—No con tanto lujo de detalles —dije.

— Pero, ¿averiguaste algo nuevo?

—Sí, pero no sirve como prueba.

—No importa.

—Cuando Otto Paladino deja la presidencia de Magister, Ernesto Lorenzo lo reemplaza temporariamente, hasta que Gustavo Craigson Benitez es designado nuevo presidente. En aquella época Magister ya había absorbido la galería Wildestein y se había metido de lleno en el tráfico de obras de arte. Si a esto le sumamos que Wildestein tenía

depósitos en la Zona Franca Colonia, no debería sorprendernos que fuera ahí donde aparecieron los restantes cuadros robados del MNBA. Siempre estuvieron en las mismas manos —resumí.

—Si Ernesto Lorenzo conocía todo esto, también tuvo que saberlo su sucesor en Magister: Gustavo —arriesgó ella.

— ¿Y por qué no su esposa Monserrat? —argumenté.

— ¡Obvio! —dijo Anahí, y agregó—. ¿Acaso sospechas que Lorenzo está detrás de la muerte de ese matrimonio?

— ¡No! Según Lorenzo, después de Otto Paladino los sucesivos presidentes de Magister (el propio Lorenzo y los Craighson padre e hijo) fueron y son solo figurines, testaferros de los poderosos que siguen manejando todo desde las sombras —dije.

— ¿Tenés nombres? —saltó de inmediato.

—Sí. Los presidentes fueron títeres de los CEOs. El actual es Juanjo Cruzz, hijo del CEO anterior: Nazareno Cruzz de Hoz—dije.

— ¿La poderosa familia de banqueros? —preguntó Anahí.

—Banqueros, estancieros, financistas, miembros del “Círculo Rojo”, ultraconservadores y nacionalistas fundadores de “Patria, tradición y propiedad” —aporté.

—Nazionalistas con “z” —dijo ella.

—Fachistas, neonazis, anticomunistas, antifeministas, antiabortistas, etc —confirmé.

—Dejame ver si tiene antecedentes...: Juan José Cruzz, nacido en 1985, en Córdoba, hijo de Nazareno Cruzz de Hoz (prominente funcionario del Proceso Militar) y Hortensia Pereyra Anchorena. Preside el banco BCC (financian la corrupción). El banco que preside estuvo involucrado en la causa “*Operação Lava Jato*”, por lavado de

dinero con su filial de Nassau, también propiedad de su familia. Pero, tras un cambio de gobierno la causa judicial fue archivada. Está limpio—concluyó Aberanda y empezó a buscar fotos en las redes sociales —. ¡Pero es un bombón! Rubio, bronceado, ojos claros, deportista, con un tremendo Girard Perregaux en la muñeca. ¿En serio es tan mal tipo? —bromeó.

—Según Ernesto Lorenzo, Juanjo es manipulador, dominante, calculador, impiadoso, rencoroso e implacable, además de narcisista y acostumbrado al poder y la impunidad.

— ¿No jodas? —me interrumpió.

—Es la versión del abuelo en base a comentarios de Malinka, quien habría tenido un fallido affaire con el *play boy*.

— ¡Qué desperdicio!

—También tiene un punto débil—dije.

— ¿Cuál?

—Abuelo y nieta conocen algunos de los secretos de Juanjo y lo odian —respondí.

— ¿Conoces alguno de esos secretos?

—No del todo. Cometí el error de discutir con el viejo, se calentó y me echó. Pero es un tema de drogas —dije.

— ¡No jodas!

—Por eso no quise hablar delante de Raula y el muchacho nuevo. Fue un caso resonante, seguro que lo recordás. Empiezo por el final, en noviembre de 2001, Ernesto Lorenzo fue nuevamente arrestado en Rosario, donde, con otro ex servicio de inteligencia, Julio Alberto Sanguinetti, integraba una banda de narcotraficantes que tenía su base en una quinta rodeada de un doble alambrado perimetral con

púas, detrás del cual siete pastores alemanes montaban guardia. Al ser detenidos Lorenzo y Sanguinetti tenían credenciales como funcionarios de Seguridad Interior, de la Policía Federal y de la policía de Santa Fe. Otra de las sorpresas del operativo fue descubrir que el "cocinero" encargado del proceso de producción de la cocaína era un tal Mercado Solís (a) El Químico quien, supuestamente, estaba preso en Caseros. Según Lorenzo su presencia era una especie de "comisión laboral" acordada con el servicio penitenciario, en el marco de las famosas "salidas laborales" de presos para delinquir en beneficio de sus guardianes.

—Cosas como éstas me dan ganas de tirar a la mierda mi carrera policial —se sinceró la comisaria.

XXI. Logia masónica

A puertas cerradas, en el despacho de la comisaria Anahí Aberanda, continué repitiendo las historias que Ernesto Lorenzo me había pedido incluir en su libro de memorias.

—El accionar de Lorenzo es otra confirmación de la siniestra complicidad entre el delito organizado y las fuerzas de seguridad. La banda de Aníbal Gordon tenía recursos de todo tipo, poder de fuego, logística y protección política y militar. Manejaba millones obtenidos de secuestros extorsivos, contrabando de arte, armas y narcotráfico. Cuando apresaron a Lorenzo decomisaron más de una tonelada de cocaína.

— ¿Quiénes más cayeron en la redada?” —preguntó Aberanda.

—El hilo se cortó por lo más delgado, en la mano de obra desocupada: Lorenzo y Sanguinetti.

— ¡Siempre lo mismo! —protestó la joven comisaria.

—Pero Lorenzo no olvidó quiénes eran sus jefes.

— ¿Qué te contó? —explotó de impaciencia.

—Como fan de Joan Manuel Serrat y Joaquín Sabina deberías recordar los recitales que dieron en la Bombonera —dije.

— ¡Por supuesto! Lo recuerdo porque estuve ahí —respondió ella.

—Entonces fuiste partícipe de la más sofisticada operación de narcotráfico realizada en la Argentina —bromeé.

— ¡No me jodas!

— Aunque cueste creerlo, las planchas de plástico para proteger el césped habían sido importadas temporariamente por una empresa que las iba a sacar del país en carritos con doble fondo donde se ocultaban 1.100 kilos de cocaína. La forma en que ocultaban la cocaína dificultaba que fuera detectada por perros entrenados o *scanners*, dado que estaba cubierta por materia orgánica, plomo y una resina”. Pero esta vez la operación fracasó. La droga, con un valor en Europa de casi 50 millones de euros, fue secuestrada por la Policía Federal en un depósito de Avellaneda y en una quinta de Tortuguitas.

—Dame detalles.

—La empresa "*Stad Cover Eventos*" fue contratada por River y Boca para proteger su césped cuando alquilaban los estadios para recitales, para lo cual traen de España las placas, que luego reenvían, con su cargamento adicional. En la Argentina, además del recital de

Joaquín Sabina y Joan Manuel Serrat ofrecido en Boca, *Stad Cover* prestó servicios en River durante los recitales de los Rolling Stones y los U2. Obviamente, el verdadero negocio no estaba en los espectáculos —repetí lo que me había contado Ernesto Lorenzo.

—Por favor, dejá los detalles y decime quiénes estaban por encima de Lorenzo —pidió la comisaria.

—La importación temporaria de las placas y los carritos de doble fondo y su retorno a España estaba perfectamente respaldado por documentación aduanera avalada por el banco BCC —dije.

— ¡El banco de Juanjo Cruzz! —saltó Anahí.

— ¡Exacto! El mismo personaje que es CEO y mandamás de todas las empresas del grupo Magister —agregué.

— ¿Qué más? —preguntó ella.

—Nada más —respondí.

— ¿Cómo? —reaccionó frustrada.

—Cuando quise profundizar Lorenzo pensó que intentaba delatarlo y me echó. Chau memorias, chau nuevos datos de interés —reconocí, desilusionado.

—Tal vez, con “paciencia y saliva”...

— ¡No! Ya no podrá ser porque tuvo un ACV y, a su edad, puede ser definitivo.

Al ver mi desánimo, Anahí cambió de tono e intentó darme aliento.

—Acabás de darme una pista importante, a toda la información que teníamos, ahora podemos sumar otro jugador de peso: el CEO y verdadero jerarca de Magister: Juanjo Cruzz —dijo Anahí y sin esperar mis comentarios, llamó a sus asistentes:

— ¡Muchachos, nuevas órdenes! Tenemos que chequear si el banco BCC intervino en alguna de las operaciones de comercio exterior de Magister y Wildestein, vinculadas con las obras de arte que estuvimos investigando.

— ¿Ahora? — preguntó el oficial Novak.

— ¡Ya mismo! — respondió la comisaria, con firmeza.

Recién entonces, Anahí se volvió hacia mí y preguntó:

— ¿Lorenzo no mencionó las muertes de Monserrat y Gustavo?

— Quería culparme a mí — dije.

— ¿Qué?

— Lorenzo repitió la versión oficial de que Gustavo se había suicidado para no ir preso y me culpó de perseguirlo hasta la muerte. Pero cuando argumenté que probablemente fue un asesinato, Lorenzo reaccionó mal y me bajó la cortina. Sabemos que Lorenzo puede tener mil caras, pero me pareció sorprendido y preocupado por la posibilidad de que Gustavo Craigson hubiera sido asesinado. Lamentablemente, no pude argumentar que los capos podrían haber tenido miedo de que Gustavo se convirtiera en testigo protegido y contara sus secretos, en especial los relacionados con los vínculos entre nuestros servicios de inteligencia y la logia masónica "*Propaganda Due*" — fue lo último que dije porque, justo en ese momento, la comisaria recibió un llamado urgente.

§

Al salir de la departamental Morón de la policía bonaerense fui hasta "*La Intendencia*" para comer algo rápido. Después, con

renovadas energías, caminé hasta la estación y tomé el tren. Ya en Once combiné con el subte que me acercó al Bajo porteño, donde ingresé a la moderna torre vidriada, con vista a la Reserva Ecológica, donde están las oficinas de la agencia internacional de noticias *Thomson Reuters Argentina*.

Luego de ser recibido por mi amigo, el veterano periodista Simón Weis, su secretaria -una joven alta, elegante, intensamente morena, con unas prolijas trenzas afro- me acompañó hasta una salita provista de una computadora conectada a la base de datos parlamentarios de Italia. De acuerdo con las instrucciones de su jefe, la joven me permitió acceder a cientos de archivos digitales con miles de páginas con los datos recientemente desclasificados de la investigación a la logia “*Propaganda Due*”, que en Argentina operó simultáneamente sobre izquierdas y derechas; guerrilleros y militares; masones y clérigos; comunistas y fascistas.

A pesar de mi experiencia periodística, me sorprendió ver conclusiones definitivas sobre temas que siempre estuvieron viciados de subjetividad. Luego de una introducción académica, (*El desprecio absoluto por el papel de las conspiraciones en la historia es tan irreal como la convicción de que todo procede de una conspiración. La exclusión de la conspiración en el análisis histórico ha actuado como una herramienta de descalificación de lo que no conviene que se conozca*), seguía una afirmación contundente: “*Desde los años sesenta hasta la guerra de las Malvinas, con una proyección que llega hasta nuestros días, los grandes acontecimientos de la vida política argentina y muchos de sus personajes, a uno y otro lado de la supuesta confrontación ideológica, fueron manipulados por la logia*

Propaganda Due, casi en un espejo de lo que sucedía en Italia". Para reforzarlo, mostraba un ejemplo: "El secuestro y asesinato de Aldo Moro muestra una gran similitud con el secuestro y asesinato de Pedro Eugenio Aramburu".

Definitivamente atrapado por la extraordinaria investigación del Parlamento Italiano, me sorprendió otro crimen mafioso de repercusión internacional acaecido en 1979: *"El periodista Carmine Pecorelli, director del Osservatore Politico, cumplía con la máxima del mejor periodismo: «publicar aquello que el poder no quiere que se sepa», hasta que fue asesinado con cuatro disparos de arma de fuego por hacer público el hallazgo de una guarida montonera en Roma, donde contaba con la protección de la "P2". La denuncia periodística informaba que el refugio había sido descubierto casualmente cuando el portero del edificio de avenida Ostiense 146 vio abierta la puerta del departamento donde paraban unos extranjeros, supuso que se trataba de un robo y llamó a la policía. Cuando los policías llegaron, encontraron tres pistolas de distinto calibre, numerosos documentos, pasaportes robados y material de propaganda que revelaba una actividad internacional del grupo clandestino. El estado de la casa mostraba que los ocupantes habían huido rápidamente. Las cuatro personas que vivían allí eran nada menos que Fernando Vaca Narvaja, María José Fleming, Eduardo y Teresa Sling Gerl, todos miembros de Montoneros. Vaca Narvaja actuaba, aun en el exilio, como uno de los cuatro líderes máximos de la organización. Ninguno de los cuatro ocupantes del departamento fue encontrado en los años siguientes, a pesar de que se libró contra ellos una orden de captura internacional. Las Investigaciones judiciales por el asesinato de*

Carmine Pecorelli, determinaron que el periodista estaba por publicar otra nota con el nombre de varios parlamentarios italianos que mantenían reuniones con los Montoneros, y los vínculos de éstos con las Brigadas Rojas”.

« No entiendo —me dije—. ¿*Propaganda Due* apoyaba al mismo tiempo a los Montoneros, a las Brigadas Rojas y a los fascistas de la “Triple A”?

XXII. Licio Gelli

Tal como suele suceder cuando regreso después del anochecer, al abrir la puerta de entrada me encontré con Negro, esperándome acostado sobre el felpudo. Para evitar los maullidos de queja fui directamente a la cocina y busqué el alimento balanceado. Luego de verterlo en el consabido plato plástico, lo humedecí con un poco de caldo que quedaba en la heladera y dejé el recipiente sobre el piso de la cocina, en espera de que la mascota de la difunta Leonor se dignara probarlo.

Una vez cumplida mi obligación alimentaria, aproveché para darme una ducha caliente. Cuando estaba terminando de secarme sonó mi celular. Descalzo y semidesnudo, caminé hasta la mesa del comedor donde resonaba la chicharra del aparato. Para mi sorpresa, se trataba de un breve mensaje de Simón Weis acompañando un nuevo archivo sobre Licio Gelli, el tristemente famoso capo de la logia masónica “*Propaganda Due*”. Decidido a no dejar para el día siguiente

lo que podía hacer esa noche, me vestí, fui a la cocina y encendí el horno para recalentar unas empanadas, sobrantes de una comida anterior. Puse un mantel individual y una copa de Malbec junto al teclado de la PC y, minutos después, comencé a comer y trabajar al mismo tiempo. Mientras mi mano izquierda sostenía la empanada, la mano derecha movía el *mouse* o tipeaba en el teclado.

Con toda la noche por delante, y un sueño apenas incipiente, abrí el archivo de la agencia *Reuter* y lo copié en un documento *Word* para poder resaltar las frases más interesantes. En realidad el primer párrafo era contundente:

“Licio Gelli fue el negociador encargado de persuadir a los Estados Unidos y al Vaticano de que el retorno de Juan Perón a la Argentina implicaría una barrera contra la propagación del comunismo en América latina. A tal efecto habló con cardenales y con el secretario de Estado Henry Kissenger quien se lo transmitió al presidente norteamericano Richard Nixon. A cambio de gestionar la conformidad del poder internacional para el retorno, Gelli le pidió a Perón que le permitiera infiltrar la logia masónica en la Argentina y acordaron que sería López Rega el encargado de introducir a la P2 en el futuro gobierno peronista. Tal vez por eso, en cuanto reasumió la presidencia, Perón creó un comité de negocios internacionales formado por Gelbard (ministro de Economía), López Rega (Bienestar Social), el almirante Massera y Licio Gelli, con la complicidad de Isabel Perón”.

Cuando creía que ya nada me sorprendería, encontré otro documento desclasificado, sobre Perón y Gelli: *“En 1971 Licio Gelli y el dirigente demócrata cristiano Giulio Andreotti (al año siguiente sería*

designado primer ministro de Italia) lo visitaron en Puerta de Hierro, Madrid, y le ofrecieron sus gestiones para entregarle el cadáver de Evita. Ante la incredulidad de Perón, que llevaba dieciséis años de espera, la delegación italiana se comprometió a devolvérselo en no más de tres días”.

Finalmente, cuando ya se me cerraban los ojos y estaba por suspender la lectura, descubrí un artículo periodístico que figuraba como anexo, pero no integraba el cuerpo de la investigación del parlamento italiano: *“Cuando llegó el momento de cumplir con la contraprestación acordada con Gelli por haber entregado el cadáver de Eva, Perón cambió de idea y respondió que se cortarían las manos antes de hacer lo que había prometido. En 1987 fue profanada su tumba y le cortaron las manos (¿!)”.*

Si bien la amputación de las manos del cadáver de Perón tenía suficiente gancho como para acaparar mi atención, era un tema que no guardaba relación con la investigación sobre el grupo Magister, por lo tanto decidí focalizarme en las maniobras financieras de esa logia masónica y sus tentáculos en nuestro país.

“La Logia Propaganda Due, inspirada y guiada por Licio Gelli, es una organización que nace y se desarrolla en el ámbito de una gran comunión masónica europea: el Gran Oriente de Italia. Una de las mayores capacidades que construyeron el poder de Gelli fue su aptitud para torcer la voluntad de aquellos con quienes trataba, mediante presiones que él sabía manejar como pocos. La Logia Propaganda Due, involucró a los tres poderes del Estado italiano, fuerzas armadas y de seguridad, además de una parte del periodismo, la industria, las finanzas y hasta algunos miembros del clero.

Finalmente, lo mismo que para el Watergate en el Congreso de los Estados Unidos, para investigar la conspiración de Propaganda Due se formó una comisión especial del Parlamento de Italia”.

Después de semejante introducción no pude resistirme a la tentación de darle un vistazo a los casos más resonantes:

“En 1968, cuando Juan Pablo I asume el pontificado, decide enfrentar al poderoso lobby masónico de la Curia Romana, representado por el cardenal Marcinkus (presidente del IOR, Banco del Vaticano) y los banqueros Michele Sidona y Roberto Calvi, directores del Banco Ambrosiano y miembros de la logia masónica P2 dirigida por Licio Gelli). Por desgracia, el Papa muere sospechosamente a los 33 días de haber asumido. En 1978 el Banco Ambrosiano compromete al Banco Vaticano al ser investigado por denuncias de fraude y exportación ilegal de capitales. El avance de la pesquisa logra ser detenida con el asesinato de dos altos funcionarios judiciales”.

“En 1980, estalla en Italia el descomunal escándalo con la Libia de Kadaffi por evasión fiscal, al hacer figurar importaciones de nafta por gasoil. La entidad financiera detrás del escándalo internacional era el Banco Ambrosiano”. “Desde fines de los 60, la OLP (Organización para la Liberación de Palestina, conducida por Yasser Arafat) había adoptado el tráfico de drogas como medio de financiación de sus actividades terroristas. Ya en la década del 80, para introducir heroína y morfina en Italia, recurrió a una trama financiera especializada en hacer circular el dinero del crimen organizado, aportada por el grupo Ambrosiano, manejado por Gelli, Calvi y Sindona, todos de Propaganda Due”. “En 1981 la policía financiera italiana logra secuestrar la lista de integrantes de la logia P2 entre cuyos integrantes

se encuentra Calvi, acusado de un faltante de 1.200 millones de dólares que intenta atribuir al Banco del Vaticano (IOR). En 1982 Calvi huye a Suiza y de allí a Londres en donde el 17 de junio bajo la apariencia de un suicidio aparece muerto en el puente de Blackfriars, asesinado por la mafia. La bancarrota y la muerte del banquero Roberto Calvi conmovieron a la Argentina durante la guerra de las Malvinas porque el Banco Ambrosiano había financiado compras de armas. Cuando los británicos escarbaron en esos negocios de Calvi en Argentina, encontraron que Licio Gelli, el Almirante Massera y el general Suárez Mason estaban en el directorio del banco, cuya sucursal estaba en Florida y Diagonal Norte”.

En cuando leí ese párrafo, tomé nota de la dirección porque me pareció recordar que justo en esa esquina estaba el banco de Magister que dirige Juanjo Cruzz.

Ya había decidido suspender la lectura hasta la mañana siguiente cuando me sorprendió un título: “Oleada de suicidios. La caída del Banco Ambrosiano provocó una epidemia de dolencias cardíacas y suicidios. En Italia, un senador que conducía la investigación del caso murió sorpresivamente, la secretaria de Roberto Calvi se lanzó desde un cuarto piso y el subdirector del Banco Ambrosiano murió al caerse de un balcón. En Buenos Aires, por otra parte, un ex ministro de Transporte falleció dentro de un avión que lo llevaba a Alemania por negocios del Banco Ambrosiano vinculados con armamentos comprados por la Junta Militar”.

A pesar de que el sueño me vencía, me sobresalté al leer esa crónica de muertes anunciadas.

XXIII. El banquero de Dios

Reunidos en “*Tertulia*”, saboreando un rico café, mi siempre ansiosa amiga comisaria me preguntó:

— ¿Qué averiguaste del Banco Ambrosiano en Argentina?

—Si tenés tiempo, te cuento los detalles —propuse.

—De acuerdo, pero empezá ya.

—Para que tengas idea de la confiabilidad de los datos, te confirmo que la fuente es una investigación del mismísimo parlamento italiano, conocida como el *Watergate* de “*Propaganda Due*”. —había comenzado cuando ella me interrumpió.

—No te olvides de mandarme copia del documento completo.

—Ok. Durante años, a los diputados y senadores italianos los desvelaban tres preguntas vinculadas entre sí: ¿Quién era realmente Licio Gelli? ¿Qué era “*Propaganda Due*”? ¿Quién manejaba realmente las finanzas del Vaticano? La respuesta a la última pregunta es el Banco Ambrosiano, fundado en 1896 y quebrado en 1982. El derrumbe fue culpa de su presidente, Roberto Calvi (también conocido como “el banquero de Dios”), como así también del presidente del Banco del Vaticano, monseñor Paul Marcinkus, y del banquero de la mafia siciliana, Michele Sindona, más algunos cardenales, obispos y prelados de la Iglesia Católica, como así también miembros de la banca, de la política, del periodismo, del poder judicial, de las fuerzas armadas, de los servicios de inteligencia, etc., todos miembros de la

logia masónica “*Propaganda Due*” de Licio Gelli. También se vincula al Banco Ambrosiano con el tráfico de drogas de la *Cosa Nostra* siciliana.

— ¿Dice algo de la muerte de Juan Pablo I? —preguntó.

—El documento oficial solo menciona que el Papa pidió un informe sobre el poderoso *lobby* masónico que manejaba las finanzas de la Curia Romana, pero periodistas confiables sostienen que su sospechosa muerte, a los 33 días de asumir, está vinculada al escándalo del Banco Ambrosiano —respondí y continué—. Cuando se descubrió un faltante de más de 1200 millones de dólares, Calvi huyó de Italia con un pasaporte falso. Su secretaria personal murió al caer desde la ventana de su oficina y el propio Calvi fue encontrado colgado de un puente sobre el río Támesis, en Londres.

Supuestamente fue asesinado por orden directa de la mafia siciliana por malversar el dinero que le había dado para lavar.

—Todavía no mencionaste a Argentina —me apuró Anahí.

—Ok. Concretamente, en Florida y Diagonal Norte estaba la sucursal del Banco Ambrosiano que financió la compra de armas del gobierno militar. En su directorio, además de Licio Gelli (que tenía doble ciudadanía), figuraban el Almirante Massera y el general Suárez Mason.

— ¿Esto también está en el documento parlamentario? —me preguntó.

— ¡Sí! —respondí—. Y también menciona a Perón, Lopez Rega, Cámpora, Lastiri, etc. En cuanto a negocios, a través de la editorial Rizzoli, la “*Propaganda Due*” compró la famosa editorial Abril, que - en Buenos Aires- editaba las revistas políticas *Siete Días* y *Panorama*.

También intentó adquirir el diario Clarín, pero no pudo, entonces creó *Il Corriere degli italiani en Argentina*.

— ¿Y vínculos con Magister? —preguntó Anahí.

—Te cuento. Casualmente, en ese mismo edificio de Diagonal Norte y Florida está hoy la oficina del banco del grupo Magister que preside Juanjo Cruz —dije con satisfacción.

— ¡No jodas! —reaccionó sorprendida.

—Es más, Magister compró la quiebra fraudulenta del BID (Banco Integrado Departamental) acusado del fraude bancario más grande de la historia argentina por el número de damnificados (137.000 ahorristas) y por el monto involucrado (700 millones de dólares).

— ¿Nada más? —dijo Anahí en tono irónico sin imaginar el dato que yo tenía para compartir.

— ¡Sí! Magister se quedó con el BCC.

— ¿El banco de Gaith Pharaon?

—Gaith Pharaon, dueño del restaurant Maxim's de París y socio de primer ministro de Italia Silvio Berlusconi, era el mascarón de proa de una sociedad con "*Propaganda Du*" y Magister que entre 1982 y 1984 compró Finamérica, la financiera del grupo Fiat y del Banco de Italia y le cambiaron el nombre para llamarla BCC Argentina. Además de financiar la construcción del Hotel Hyatt, el BCC financió dos plantaciones de jojoba en Salta.

— ¿Jojoba? —se sorprendió mi amiga.

—Parece que las plantaciones de jojoba tienen la propiedad de encubrir los cultivos de coca sin asfixiarlos y, de ese modo, impedir su

detección desde aviones o helicópteros.

— ¡Joya! Ahora recuerdo que a Gaith Pharaon y al BCC lo habían denunciado por ser el canal que Libia utilizó para enviar fondos a la Argentina para desarrollar una bomba atómica, durante la dictadura militar

—Tenés razón, pero también lo acusaron de financiar el atentado contra la embajada de Israel en Buenos Aires.

— ¿Esto también figura en el documento parlamentario de los tanos? —preguntó Anahí.

—Sí. El archivo que me compartió Simón Weis, de Reuter, lleva el título: “*Commissione Parlamentare d’Inchiesta Sulla Loggia Massonica P2*”.

—Volvamos Magister y Juanjo Cruz —propuso ella.

—Voy a empezar por el padre de Juanjo: Nazareno Cruz de Hoz. A partir de su participación durante el gobierno militar, este civil y acaudalado estanciero se aventuró en el mundo de las finanzas. Además de su participación en el BCC, se convirtió en el financista de Monzer Al- Kassar el traficante sirio que, durante la presidencia de Menem, obtuvo la ciudadanía argentina. Al- Kassar logró traficar tanques, fragatas y hasta plutonio radioactivo que llegaban desde Portugal y, tras su paso por Sicilia, seguían su ruta hacia Irak y Libia.

—Te recuerdo que estoy buscando una posible conexión entre la muerte del matrimonio Craigson Cambó y un secreto sobre obras de arte desaparecidas —me interrumpió ansiosa.

—Bueno, entonces voy a saltearme el orden cronológico y voy a los bifés —dije y al ver su conformidad comencé por la otra punta del ovillo.

—Como recordarás, en 2001, en una galería de arte en París, alguien ofreció vender tres cuadros que pertenecían a un traficante de armas taiwanés. Ante la sospecha, consultaron a *Sotheby's* que confirmó que las pinturas pertenecían al Museo de Bellas Artes de Argentina. Con la participación de Interpol, después de marchas y contramarchas, en 2005 las tres obras fueron devueltas al Museo: dos óleos, uno de Paul Cézanne (*“Recodo del camino”*) y otro de Pierre Renoir (*“Retrato de una mujer”*) y una acuarela de Gauguin (*“El Llamado”*). El entonces juez Norberto Oyarbide acusó a Aníbal Gordon y la “Triple A”, pero nunca llegó a probar que este grupo había sido solo el ejecutor de un plan del gobierno militar, que decidió robar obras de arte (de nuestro propio museo) para comprar armas para la Guerra de Malvinas.

— ¡Siempre lo mismo! Caen los “pichis”, o la mano de obra desocupada como en este caso, pero nunca se llega a los que mueven los hilos de las marionetas —opinó.

—Sigo, la ingeniería financiera de esta operación estuvo a cargo de la filial Nassau, en Bahamas, del Banco Ambrosiano y la pata local fue el BCC de Nazareno Cruzz de Hoz, del grupo Magister, padre de Juanjo. ¿Entendés? —ahora fui yo quien presionó con mirada inquisidora.

—Dejando volar la imaginación podría suponer que Gustavo Craigson, durante su presidencia de Magister, conoció esta maniobra. Y hasta pudo saber dónde se encuentran los restantes cuadros robados y aún no recuperados. Tal vez por eso, justo antes de que cayera preso, lo mataron para silenciarlo —elucubró la comisaria.

—Y a la esposa, posible conocedora de sus secretos, pudo

pasarle lo mismo —arriesgué—. De acá en más es trabajo tuyo —concluí, mirando a mi amiga comisaria.

XXIV. Jet set

Desnuda frente al espejo, recién salida de la ducha, Anahí Aberanda revisó su larga cabellera azabache en busca de señales del paso del tiempo. Llevaba casi tres años divorciada y se sentía capaz de volver a enamorarse, pero era un tema al que no le había podido dedicar el merecido tiempo. Siempre surgían imprevistos o tenía una agenda apretada, como la de aquella mañana.

Bien temprano, con el cabello aún húmedo, la comisaria ingresó a su despacho y, con un gesto, convocó a la reunión prevista para esa hora. De inmediato, Raula Díaz y Boris Novak, munidos de la documentación previamente solicitada, se sentaron frente a su jefa.

—Si me permite, comisaria, tengo información sobre el novio de Malinka —propuso Boris.

—¿Es la hora de las sociales? —bromeó Raula.

—No. Es algo importante para la causa —se defendió el novato.

—Te escuchamos —intervino la comisaria.

—El sábado a la noche acompañé a mi novia a la exposición de cuadros de una de sus amigas y encontré a Malinka —comenzó Boris y, al captar la atención de las dos mujeres, continuó—. Imposible no verla, siempre llamativa, con su pelo rojo desordenado, pálida con los

labios bien oscuros y un vestido negro escotado y cortón. Pero lo que me llamó la atención fue que estaba colgada del brazo del “dueño de la noche”, un magnate y mecenas que patrocinaba esa presentación de pintores nóveles. Era un tipo joven, elegante y muy tostado que parecía miel para las abejas, porque todo el mundo quería acercársele para conocerlo o pedirle algo.

— ¿Y? —lo interrumpió Raula, tal vez celosa del protagonismo de su novel compañero.

—Como el nombre no me decía nada, ya en casa lo googlé y descubrí que se trataba de Juanjo Cruzz...

— ¡El CEO de Magister! —lo interrumpió la comisaria.

— ¡Correcto! Se trata de un banquero, polista, ultranacionalista católico y notorio miembro del *Jet set*. Un personaje que adquirió en los últimos años una fama casi obscena y es imposible abrir los diarios sin encontrar su nombre.

—Justamente estuve hablando con Domecq sobre este señor y su padre, vinculados a cierta logia masónica —dijo Aberanda.

—“*Propaganda Due*” —agregó Boris en base a su búsqueda por Internet.

—Exacto. Voy a contarles lo que me dijo Domecq así consolidamos la información de distintas fuentes —dijo la comisaria— Juan José Cruzz, hijo de Nazareno Cruzz de Hoz y Hortensia Pereyra Anchorena, nació en 1985. Preside el banco BCC (desprendimiento del Banco Ambrosiano de la “P2”). El banco que preside estuvo involucrado en casos de corrupción y tráfico de armas.

Aparentemente, ahora está limpio. Aunque Lorenzo, el abuelo de Malinka lo odia, tal vez por lo que contaste voz sobre la relación de

Juanjo y su nieta—dijo Aberanda mirando a Boris, antes de agregar—. Creo que tenemos que seguir investigando su participación en el grupo de ultraderecha “*Patria, tradición y propiedad*” porque tuvo vinculaciones con la sangrienta “Triple A”. Sin ir más lejos, acá en Morón convocaban a muchachos duros, del rugby y kick boxing, para armar una fuerza de choque, como “barra bravas”, pero adoctrinados. Tenían una web y reclutaban anticomunistas, para defender su ideología.

—Si bien no tengo contactos con el mundillo del arte, ni con los cabezas rapadas, puedo buscar chimentos de Juanjo Cruz en el mundo de la farándula y el Jet Set —propuso Raula.

— ¿Tenés un costado cholulo? —la bardeó Boris.

—No pero tengo una amiga que vive de eso.

— ¿De qué se trata? —intervino la comisaria.

—Es algo así como una *hacker* de la frivolidad. Busca romances y secretos y los vende a los programas de chimentos. Como para ella la intimidad no existe le pregunté si tenía algo de Juanjo y me dijo que por 200 dólares me pasaba un *dossier* completo —dijo la imprudente oficial de policía.

— ¿Qué? ¿Acaso pensás que la bonaerense va a comprar datos robados? —saltó la comisaria.

— ¡No, comisaria! Por supuesto que no. Pero como Domecq dice haber ganado buena plata en Francia, yo pensé ...—dijo Raula escudándose en una pícara sonrisa.

—No entiendo. ¿Qué ganaría Domecq? —dijo Aberanda.

—Después de la charla que nos dio sobre los cuadros desaparecidos me quedó la impresión de que, en ese caso, él cree

que el fin justifica los medios y, por lo tanto, no descartaría pagar por conocer el contenido de los celulares, tablets, computadoras y teléfonos fijos del misterioso CEO de Magister —arriesgó Raula.

— ¡Pará la mano, Raula! —reaccionó la comisaria—. Esta conversación nunca existió. Y si se te ocurre proponérselo a Domecq, no quiero enterarme —concluyó la jefa, con una ambigüedad que sorprendió a sus colaboradores.

§

Cuando Malinka me llamó para informarme que su abuelo había tenido un serio ACV y era muy probable que ya nunca pudiera retomar el relato de sus memorias, sufrí un duro golpe. Desmoralizado, fantaseé con abandonar todos mis proyectos literarios, porque resultaban ser como amores de estudiantes: flores de un sólo día. Además, no me asustaba la idea de recuperar la sencilla vida de jubilado que lee, juega ajedrez y cuida un gato. Pero esa utopía duró sólo un instante, hasta que recibí la invitación de Raula Díaz para compartir una cerveza, solos. La muchacha estaba tan acelerada que ya había elegido el lugar y la hora.

Fiel a mi costumbre, llegué temprano, pero en vez de sentarme en un lugar cercano a la puerta, elegí un rincón aislado. Con un atraso aceptable, enfundada en un conjunto de ropa motoquera negra con intervenciones de estridente color fucsia, con borceguíes y el casco en la mano, llegó Raula. Me dio un leve beso en la mejilla, se sentó, pidió su cerveza preferida y me encaró:

—La comisaria sabe, pero no quiere saber —me arrojó la frase como quien tira una piedra.

—No entiendo —dije.

—La comisaria dijo, textual: «Esta conversación nunca existió. Y si se te ocurre proponérselo a Domecq, no quiero enterarme».

— ¿Proponerme qué? —pregunté intrigado.

— Una inversión. Comprar secretos de Juanjo Cruzz...

— ¿El CEO de Magister? —quise confirmar.

— ¡Sí! Ofrecen el *hackeo* de todos sus celulares y computadoras por 200 dólares.

— ¿Para qué? —pregunté incrédulo.

—Para conocer sus conversaciones con la falsificadora que solo trabaja para él.

— ¿Falsificadora? —insistí con mis preguntas.

—De obras de arte —dijo Raula y un súbito temblor me hizo temer la proximidad de un infarto.

—Por favor, empezá desde el principio y tratá de armar frases coherentes, como para que lo entienda un nene, o un anciano.

—Bueno. Yo vivo en una casa alquilada y la comparto con una chica que es *hacker* de la farándula y vende los chimentos del *jet set*. Entre tantos, tiene recontra pinchado a Juanjo Cruzz, pareja de Malinka pero que tiene una relación secreta con una pintora cordobesa, Rebecca, quien trabaja exclusivamente para él, copiando obras de arte. Repito: dice mi amiga que si quiere saber más son 200 dólares.

—Mirá Raulita —comencé con tono paternal—. Doscientos dólares es mucha guita. Son dos jubilaciones mínimas. Por lo tanto decile a tu amiga que estoy interesado pero no compro a ciegas. Por ejemplo, le puedo ir pagando 50 dólares contra entrega de información

sobre algunos de estos cuatro temas: (I) Magister y la falsificación de cuadros; (II) muerte de Gustavo Craigson Benitez y su esposa Monserrat Cambó; (III) negocios de Juanjo Cruz; (IV) Magister y la apropiación de tierras en Chacras de Coria durante el gobierno militar.

XXV.MATRIX

Estacioné en Santa Rosa y caminé por la vereda que pertenece a Morón. Entre tantos bares y cervecerías, “Matrix” pasaba desapercibido. En el frente, sobre la lúgubre fachada, un opaco letrero luminoso mostraba el efecto visual de una interminable lluvia digital de código verde, letras, símbolos y signos que en el cine se utilizó para representar la realidad virtual. Al ingresar, descubrí que el viejo galpón que fuera taller de una agencia de autos se había transformado en un patio cervecerero. La decoración intentaba recrear una saga de películas de ciencia ficción: pared, techos y pisos negros que, como sombras chinescas, reflejaban la incesante lluvia digital verde. La barra se distinguía del resto del local y tenía una iluminación más intensa, que resaltaba el mármol del mostrador y el bronce de las grandes choperas.

Atravesé la penumbra, me dirigí a la barra y pregunté por Bytie. Con un gesto, el barman me señaló una mesa ubicada en un rincón,

donde ella me esperaba. Me acerqué y, sin levantarse, extendió la mano para saludarme. Estaba húmeda.

Además de no ser agradecida, Bytie olía mal. Aparentaba tener unos 30 años, pero su edad real era un misterio. En realidad, toda su apariencia era enigmática. Vestía ropa negra, holgada y desaliñada. A los visibles tatuajes les agregaba los numerosos *piercings* que perforaban sus labios, nariz y orejas. Una desordenada cabellera violeta contrastaba con su rostro pálido. Tenía ojos oscuros, de mirada astuta. Con los pequeños anteojos redondos, tipo *John Lennon*, parecía una de esas intelectuales reservadas, introvertidas y carentes de habilidades sociales.

Antes de que yo pudiera decir algo, la *hacker* le hizo una seña a la mesera y pidió una cerveza *American IPA*.

— ¿Qué diferencia hay entre la IPA y la *American IPA*? — pregunté.

—Además del aroma y sabor a lúpulo, tiene algo cítrico y floral —me respondió la empleada.

Apenas me decidí por una Lager, con su voz chillona y pretenciosa la *hacker* de pelo violeta me preguntó:

— ¿Trajo los 50 verdes?

— Sí, pero primero tengo que ver qué tenés para darme — respondí.

Fue entonces cuando, después de toquetear su celular buscando algo, empezó a leer de la pequeña pantalla.

—Traje el *dossier* de la apropiación de tierras en Chacras de Coria—dijo.

— ¡Pero no! Ese tema es el menos importante de los cuatro que

pedí investigar. Mi lista empezaba con la falsificación de cuadros, que es mi preocupación principal. Después sigue la muerte del matrimonio Craigson Cambó y las actividades financieras de Juanjo Cruzz. Y recién en último lugar figuraban las tierras en Chacras de Coria.

—Mire abuelo...—había comenzado cuando la paré en seco.

— ¡Nada de abuelo! —reaccioné furioso—. Soy tu cliente y si no sabés respetar a la gente, cortamos acá —reaccioné amagando irme.

—Disculpe, don...—dijo en tono conciliador—. No soy buena para las relaciones públicas. Trabajo con computadoras y ellas no son quisquillosas. Me falta ese toque... ¿Quiere darle un vistazo a lo que ya tengo o prefiere esperar a que complete la investigación del punto uno?

—Ya que estamos acá, dejame ver si lo que trajiste vale los 50 dólares —bajé un cambio porque la chica no parecía mala, sino solo una típica *nerd*, socialmente inadaptada,

Sin hacer comentarios, con su voz aflautada, Bytie comenzó a leer: —“*Mercantilización de la muerte*” es un documento preparado a pedido de la Corte Suprema de Justicia en base a expedientes, acusaciones y sentencias, sobre los vastos negocios de la represión ilegal, que iban del saqueo de casas a la cesión de inmuebles bajo tortura y la creación de empresas fantasma para blanquear dinero y reciclar campos” .

Después de hacer un alto para mirarme y confirmar mi atención, continuó: —Uno de los expedientes es “*Familia Cerutti de Chacras de Coria contra Magister SA*” —. ¿Le interesa? —preguntó mostrándome una memoria *UBS*.

—Tomá tus 50— respondí, pagué y agarré el valioso *pendrive*.

Una vez que Bytie salió de la cervecería, pedí otra Lager, conecté la memoria UBS a mi *notebook* y me dispuse a ingresar en el mundo de los sórdidos negocios de la represión ilegal.

“Manuel Cerutti fue un inmigrante italiano de origen humilde. A principios del siglo XX se estableció en Mendoza, donde formó una familia numerosa y fue pionero de la vitivinicultura en la región. Uno de sus hijos, Victorio, quedó a cargo de los viñedos, de la bodega y de la finca familiar, valuados en 16 millones de dólares. El 12 de enero de 1977, Victorio Cerutti, de 75 años, y su yerno Omar Pincolini fueron secuestrados en Mendoza y traídos a la ESMA donde fueron torturados hasta obligarlos a firmar la cesión de sus propiedades a favor de Magister SA, empresa vinculada al almirante Massera, su hijo y su hermano. Cerutti y Pincolini permanecen desaparecidos, según consta en la mega causa judicial ESMA”.

Como periodista, yo sabía que el robo de bienes a las familias de los detenidos desaparecidos había sido una práctica sistemática durante la última dictadura, pero ignoraba que después de medio siglo la justicia había logrado un silencioso pero significativo avance.

Apenas terminé de revisar el caso ESMA, mi curiosidad periodística y mi instinto de sabueso me indujeron a leer otro documento transcrito en la memoria UBS, que contenía la meticulosa investigación del fallecido fiscal Delgado sobre los crímenes cometidos en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército durante la última dictadura: *“El fiscal Federico Delgado analizó la « mercantilización del terror » y « la dimensión económica » del plan represivo ejecutado por una decena de empresas de seguridad manejadas por represores para el robo de bienes de desaparecidos, el*

lavado del dinero que les robaban y el secuestro extorsivo de empresarios. También detectó la posible apropiación de inmuebles que pertenecían a personas secuestradas en el centro clandestino Automotores Orletti y la compra, con plata de los detenidos, de otras propiedades. Hasta ahora hay 63 imputados en todas estas causas, de los cuales cerca de 40 están detenidos, y hay 14 excarcelados”.

En otro párrafo, el fiscal afirmó que “*el terror se tradujo en una licencia para delinquir para quienes eran parte de la represión*”. Y denunció “*un entramado de agencias de seguridad que operaron durante la dictadura, con participación en muchos casos de agentes de inteligencia, que hacían investigaciones financieras, secuestraban, se encargaban del arrebato de bienes de los desaparecidos y servían de fachada para hacer distintos negocios con el dinero o las cosas que sustraían*”.

Después de un par de horas de lectura y luego de tres Lager bien frías, encontré el párrafo que buscaba: “*Una de las hipótesis de la fiscalía es que la empresa Magister Seguridad Integral SRL fue creada para incorporar el dinero producido de los bienes de los que fueron despojadas las víctimas de Orletti, que se repartía bajo supervisión del ex agente Aníbal Gordon. El general Otto Paladino, jefe de la SIDE y de aquel centro clandestino de Flores, dirigía Magister. Mientras estuvo en la central de espías evitó aparecer oficialmente en la sociedad, pero figuraban su esposa, su hija y varios miembros de la banda de Gordon, entre ellos Ernesto Lorenzo, Eduardo Ruffo y César Enciso (yerno de Paladino). En los papeles, Magister ofrecía estudios económicos y de mercado, asesoramiento industrial, administración de empresas, seguridad y espionaje industrial. En la práctica, habría*

recibido y canalizado «el botín de guerra» –joyas, obras de arte, inmuebles y dinero”.

XXVI. La hacker

La estrafalaria *hacker* de cabellera violeta decía vivir en un *loft* pero en realidad alquilaba la carcasa de un antiguo chalet de una planta del que habían demolido las divisiones interiores para transformarlo en local comercial. Durante la pandemia, los dueños tuvieron que abortar el proyecto y decidieron alquilar aquella construcción desangelada. Fue entonces cuando Bytie vio la oportunidad y negoció deducir del futuro alquiler los gastos para alisar el piso y *aggiornar*, mínimamente, baño y cocina. El resultado fue un amplio ambiente completamente abierto, de paredes dañadas y piso rústico, pero luminoso y habitable, a un precio mucho menor que el de cualquier vivienda de similar espacio. Además, como era suficientemente grande como para compartirlo, lo había subalquilado a su compañera de escuela secundaria: la oficial Raula Díaz, de la policía bonaerense.

A pesar de su juventud, Bytie era una *hacker* veterana. Como muchos otros, había empezado en la adolescencia casi como un juego y con el paso de los años se convirtió en una experta capaz de ir un paso más allá y utilizar la tecnología para crear algo que *a priori* no estaba pensado. Aunque para la sociedad la palabra *hacker* es sinónimo de delincuente, a diferencia de los bizarros *cyber* piratas de película, llamados “sombremos negros”, Bytie trataba de respetar el

marco legal y ético. Sin embargo, para bien o para mal, la línea que separa lo legal de lo ilegal era, y sigue siendo, muy difusa.

En 2015, Bytie y su pandilla de *hackers* intentaron tomar el control de un *Jeep Cherokee*, propiedad de uno de sus vecinos de Castelar. Para su inmensa satisfacción, y peligro para la industria automotriz, a través de una vulnerabilidad en el sistema de entretenimiento y comunicación del automóvil, en forma remota, lograron manipular funciones críticas, como la dirección y los frenos. Aunque la reacción inicial fue usar aquel descubrimiento para hacer picardías y enloquecer al propietario del *Jeep* importado, finalmente Bytie y sus amigos se contactaron con Charlie Miller, un *yankee* experto en *cyber* seguridad de vehículos conectados. Después de confirmar el descubrimiento, Miller informó a *Chrysler* (la empresa matriz de *Jeep*) y logró que recompensaran a Bytie y sus amigos por haber descubierto esa vulnerabilidad y permitir su corrección para proteger a los propietarios de aquellos vehículos. De esta forma, lo que comenzó como un juego se transformó en un negocio que le permitió a la pandilla de Castelar mejorar su tecnología de *hackeo*.

A partir de ese minuto de fama que les proporcionó el *affaire Jeep Cherokee*, Bytie y su grupito de *hackers* de Castelar recibieron varias ofertas. Una de ellas provenía del conocido informático mexicano Raúl Robles, presidente de “*Hacking México*” una firma especializada en *cyber* seguridad, que prestaba servicios tanto a empresas privadas como a entes oficiales. Robles también impartía cursos sobre pirateo informático y su rostro era habitual en conferencias y debates sobre la especialidad. En los últimos años, Robles se había convertido en una figura controvertida en el mundillo

hacker. Se le había acusado de humillar a otros miembros de la comunidad de piratas informáticos con sus proverbiales desplantes y artimañas falaces. Con solo 31 años, Robles proclamaba su riqueza a los cuatro vientos luciendo relojes caros, manejando automóviles de lujo y mostrando fajos de billetes. Cuando todo esto afectó sus negocios en México, Robles comenzó a buscar socios más allá de las fronteras de su país. Fue entonces cuando contactó a Bytie y su grupo para que le sirvieran como cabecera de playa para desembarcar en Argentina. Pero cuando ya esperaban su visita a nuestro país Raúl Robles fue asesinado en Guadalajara.

Como la policía mexicana sospechaba que los responsables del asesinato podían ser miembros de la comunidad de piratas informáticos, Bytie y su grupo cortaron sus contactos con México y se replegaron a la actividad local.

A falta de algo mejor, Bytie decidió despuntar su vicio cholulo para espiar a miembros de la farándula local y vender sus secretos a revistas del corazón.

En eso andaba cuando Raula Díaz, la subinquilina del loft, la contactó con Domecq, un periodista jubilado, novelista en curso y detective por casualidad, un bicho raro dispuesto a pagar por Info.

Una vez que pagó los 50 dólares por el archivo sobre el expolio de la dictadura militar, Domecq comenzó a reclamarle datos sobre la verdadera relación entre el *playboy* Juajo Cruz y una misteriosa pintora y copista cordobesa: Rebecca.

Con paciencia, esfuerzo y gracias a sus habilidades informáticas Bytie pudo detectar una particular pareja de falsificadores, compuesta por padre e hija: Kurth y Rebecca (sin apellido confirmado, porque lo

cambiaban a menudo). Apenas empezó a escarbar, tuvo la suerte de encontrar una apasionante investigación del historiador Daniel Schávelzon, quien publicó *“La historia de Kurth, falsificador”*: *“Alguien que falsificaba con la naturalidad con la que el gato corre a un ratón y el perro al gato. Algo así como una especie de designio divino”*.

A partir de ese momento la *hacker* de Castelar ya no pudo dejar de leer esa biografía de novela.

Después de ejercer exitosamente su profesión a lo largo de cincuenta años, manteniéndose en el anonimato y pasando desapercibido en la sociedad mientras creaba y vendía copias de obras de arte famosas, Kurt fue sorprendido por Schávelzon, allá por 2007, durante su internación en un hospital. Recién entonces, a partir de una larga serie de charlas, intentando interpretar sus palabras y llenar los vacíos e incoherencias propias de su avanzada edad, el entrevistador pudo develar la intrigante dualidad de la vida y personalidad del genial falsificador. Después de una vida de silencio, resultaba difícil sonsacarle las cosas. Kurt no quería hablar, o le costaba hacerlo, porque tenía cosas desagradables de contar.

“Esta es la historia del que posiblemente haya sido el más prolífico y variado falsificador de arte y antigüedades que haya tenido el país, al menos de los que sabemos que hubo. No está en esa categoría sólo por haber copiado o inventado obras con los nombres de los mejores artistas, sino porque supo permanecer silencioso trabajando cincuenta años, medio siglo, sin que casi nadie se diera cuenta o lo denunciara. No fue el primero ni será el último; le enseñaron a hacerlo desde joven —por lo tanto, ya había otros— y, a su vez, él les enseñó a unos pocos que, supongo, seguirán su huella.

Estas memorias nos ayudan a entender por qué nuestro país es uno de los que tiene y exporta la mayor cantidad de antigüedades y de arte falso, nacional y extranjero.”—dice Schávelzon.

Los negocios espurios de arte en la Argentina no comenzaron con Kurth. Antes que él hubo una trama internacional compuesta por quienes robaban y trasladaban las obras desde Europa, los falsificadores que las alteraban, los directores de museos y expertos locales que las encubrían y los que las compraban a precios viles para colgarlas en sus casas. La mayoría de esas obras se exponía en los museos nacionales con grandes catálogos aun sabiendo que eran robadas o falsas. El exhibirlas servía para crearles una historia creíble, aunque era imposible que todas esas maravillas del arte aparecieran de golpe en Buenos Aires.

Frente a esa gran mafia internacional, Kuth apenas jugó a “*ser el sumiso proveedor de los grandes vicios culturales de aquellos que soñaban con Europa y con pertenecer a una clase social a la que no llegaban nunca*” —escribió Schávelzon.

XXVII. Arte falsificado

— ¡Presta atención Rebecca! —renegaba el viejo alemán en su intento por enseñarle a su hija los secretos de su arte.

Más interesada en vagabundear por las sierras cordobesas

buscando yuyos y plantas raras, la adolescente no mostraba apuro en aprender una profesión que requería concentración, esfuerzo, habilidad manual y mucha paciencia.

Por su parte, como buen artista, Kurth no se resignaba a llevarse a la tumba los valiosos conocimientos que había adquirido y perfeccionado a lo largo de su ardua vida. Porque, más allá de la fachada de ebanista de muebles de lujo, este hombre creativo con una imaginación prodigiosa y manos notables era un falsificador profesional.

Antes que compartirle sus geniales secretos a su hija, Kurth le inculcó rígidas normas de conducta: *“siempre pasar desapercibido, mantener un perfil bajo, no hacerse rico, sólo falsificar como oficio, como profesión. Que nadie sepa quién vende a quién, no tener negocio a la calle, no hacer un papel ni una factura verdadera, jamás ir a fiestas o eventos, en suma —repetía— pasar desapercibido”*.

Esta insistencia paterna tenía una poderosa razón de ser. Su hijo Hans, el hermano mayor de Rebecca, dueño de un local de antigüedades en la exclusiva *Rue des Antiquaries*, frente al Museo del Louvre, había sido asesinado en París, de un balazo en la cabeza. Hans no era el primero ni el último extranjero en Francia dedicado a la venta de obras de arte falsas, pero ser asesinado por un engaño resultaba exagerado. Mandar un sicario, un profesional, a matarlo, era de película. ¿O acaso se trataba de una advertencia mafiosa para Kurth, el falsificador padre de la víctima? Para Kurth, su hijo había muerto por no seguir las reglas de prudencia con las que él había hecho sus negocios y con las que estaba entrenando a Rebecca.

— ¡No corras riesgos innecesarios! ¡Olvídate de *Internet!* —le

repetía a su hija, tratando de concientizarla—. No te vincules con profesionales de antigüedades o arte. Trata de ser desconocida para tus pares. No guardes facturas, notas, dibujos, obras mal hechas, fotos o papeles comprometedores. ¡Quema todo después de usarlo! No trates de destacarte. No imites a los grandes pintores, ni a las obras valiosas. No seas ambiciosa, no trates de ganar millones. Confórmate con vivir bien y sin mayores preocupaciones, tener una casa normal en un barrio tranquilo y una familia común. Aunque te salga muy bien, no hagas muchas copias de lo mismo porque el mercado es chico y se abarrota. Si un trabajo tuyo llegara a despertar sospecha tienes que destruirlo. ¡Nunca falsifiques dinero, cheques, escrituras o documentos! Es mejor perder negocios que perder la libertad —insistía Kurth con obsesión germánica.

Como el infante que empieza haciendo palotes antes de que le enseñen a escribir, Rebecca tuvo que aprender a sacar clavos sin doblarlos para después volver a clavarlos en el mismo lugar del marco de una pintura sin dejar marcas. Para eso Kurth había inventado unas chapas de acero delgado pero resistente, con ranuras, que debía meterse debajo de la cabeza del clavo hasta separarlo un milímetro, y recién ahí tirar hacia arriba con una pinza bien afilada que se apoyaba sobre la chapa para no marcar la madera. Si quedaba una marca se arreglaba poniendo un clavo usado un poco más ancho, así parecía que esos clavos nunca habían sido sacados. Además, si el valioso marco antiguo tenía dañadas las molduras de yeso o el viejo dorado se caía de solo tocarlo había que hacer moldes de yeso y papel maché para completarlos y dorarlos a la hoja, una técnica que Rebecca también tuvo que aprender.

—En los marcos de madera o en el bastidor de un cuadro, con un cepillo de carpintero de tamaño adecuado, se puede hacer todo —le enseñaba Kurth—. Con una hoja de acero afilada se trabaja fácil y luego se le da una pátina con grasa sucia para oscurecerla y unificar el tono entre lo original y lo modificado. Los pegamentos antiguos se hacían hirviendo cola de pescado o pezuña de vaca o caballo, y pueden ponerse o quitarse con calor. Los colores de los retoques hay que dejarlos al sol para que se quemen y envejezcan. Las letras se alteran con un plumín y tinta china. Para los metales tenemos una variedad de punzones y para reemplazar sellos de instituciones y organismos de diferentes lugares del mundo, tengo casi un centenar a tu disposición. La gente cree que los sellos de goma dan autenticidad y es algo que se hace en la librería de la esquina. También se pueden criar carcomas, esos bichito que como gusano o cucaracha hace agujeros en la madera y en los libros. En fin, muchos de mis trucos son casi infantiles, todo depende de la imaginación, la voluntad y el coraje —intentaba alentar a su hija mientras le transmitía los secretos de su antigua y redituable profesión.

— ¿Cuándo me vas a enseñar a trucar pinturas? —preguntó la siempre ansiosa Rebecca.

—Aunque te enseñe los trucos, sería suicida intentar ponerlos en práctica antes de que logres hacerlo a la perfección. Necesitas años de práctica, con perseverancia y paciencia. Mucha paciencia —remarcó el padre.

—No seas aburrido. Contame un truco, porfa.

—Primero un truco general: no puede haber obras antiguas que se conserven perfectas; es demasiado sospechoso. Hay que hacerle

algo, tiene que haber algún deterioro, restaurable. Eso distrae: « ¡Qué lástima que tiene el marco roto!», y el comprador se preocupa por el detalle y no mira bien el conjunto. Entonces, recuerda que para hacer un gran engaño hay que destacar uno pequeño, incluso aceptar que «alguien habrá tratado de hacerle un arreglo y lo hizo mal, no se preocupe, se lo dejamos perfecto».

—Otro truco. ¡Dale!

—Presta atención, Rebecca. Si el óleo de la copia de un cuadro antiguo no está craquelado como debiera por el tiempo, se le pone una primera capa muy delgada de barniz, que se puede quebrar con calor rápido, y luego se le pone otra encima más gruesa y muy sucia de pátina. Al mirar, es difícil distinguir los estratos y te juro que parece que es el óleo el que está craquelado y no la primera capa. Además, si le pones un marco con molduras muy salientes impedirá mirar bien de costado y, si se lo clava mucho, será aún más difícil sacarlo para mirar. Por supuesto que el experto sabe lo que mira, pero los coleccionistas generalmente ni miran esos detalles —respondió Kurth.

—Ahora, contame cómo falsificaste tu primer Picasso —insistió Rebecca.

—Pasar de los marcos a las telas fue un gran esfuerzo porque *“tuve que aprender a pintar y dibujar bien, con método. Comenzó como un juego, un desafío a mí mismo: vi en un libro sobre Picasso que había hecho unos dibujos de rinocerontes que valían fortunas. Muy inocente todo, eran unas pocas líneas hechas con tinta que no creo que le hayan llevado más de cinco minutos cada una. Las fotografié y mandé ampliar los detalles que, aunque borrosos, servirían. Miré despacio y entendí que las obras no eran más que*

hojas de papel de calidad, tinta negra y algo para dibujar que no era un pincel. Era todo tan simple que incluso encontré un libro que decía dónde encargaba Picasso sus óleos, tintas y telas, inclusive la marca de papel que usaba y su peso. Eso me solucionaba el tema del papel: sólo hacía falta mandar una carta a la pinturería en París y conseguir una tarjeta de crédito internacional. A los dos meses tuve sobre mi mesa una resma del mismo papel exacto, que puse al sol en la terraza para que se ensuciara con hollín y tomase el tono adecuado y al menos una pequeña salpicadura, el detalle humano. La tinta negra marca Pelikan era perfecta pero, para dibujar, no tenía ni idea de qué usaría el artista, que sólo dijo que eran «plumas de dibujo muy modernas». Averigüé por todas partes y pude dar con un par de inventos aquí poco conocidos: las lapiceras para dibujo técnico que se llamaban estilógrafos. Dicho fácilmente: tenía todo para empezar mis Picassos”. (1)

(1) La historia de Kurth, falsificador; Daniel Schávelzon (2023)

XXVIII. Rebecca

Gracias a la investigación de Daniel Schávelzon, Bytie tuvo conocimiento de que a partir de la muerte de Kurth, su hija Rebecca había asumido el desafío de continuar con el redituable negocio de falsificar arte.

Durante sus estudios secundarios, como pupila en un instituto alemán de Córdoba, Rebecca fue compañera de Juanjo Cruz. Por entonces, los jóvenes desconocían los negocios que vinculaban a sus familias. En el último año de estudios, Rebecca perdió a sus padres y su vida se transformó en un barrilete sin cola. Sin embargo, como si se tratara de una impensada herencia, Kurth —*postmortem*— le abrió camino a su hija.

Al momento de su muerte, el gran falsificador alemán estaba haciendo un trabajo para la familia de Juanjo Cruz quienes le exigieron a Rebecca la devolución de un valioso marco que estaba “restaurando” su padre. Como el trabajo no estaba terminado, la joven decidió correr el riesgo de aplicar las enseñanzas paternas y tratar de completarlo lo más decorosamente posible. El resultado debió haber sido satisfactorio porque la familia Cruz no solo le pagó el trabajo sino que le hizo nuevos encargos.

A partir de entonces, al carecer de los contactos comerciales que a su padre le habían permitido priorizar la libertad y la independencia económica, Rebecca comenzó a trabajar para un solo cliente, o patrón: Juanjo Cruz y familia. Se trataba de gente conocida que pagaba bien.

Esta historia, y su desarrollo posterior, fue descubierta por Bytie mientras trataba de ganarse sus 50 dólares buscando respuestas a mis preguntas. Luego de acceder a las comunicaciones entre Rebecca y Juanjo, la hacker de pelo violeta filtró todas las menciones a falsificación de obras de arte y temas vinculados. Cuando detectó la repetición de mensajes sobre “marcos antiguos”, se contactó conmigo.

«Bytie:

Hola don. Juanjo y la hija de Kurth hablan de “marcos antiguos” ¿le dice algo?».

«Domecq:

Así, suelto, no me dice nada. Por favor, aclárame el contexto».

« Bytie:

Parece que Juanjo le encargó a Rebecca un “marco antiguo” para una obra importante».

«Domecq:

Puede ser. Te cuento: cuando Magister robo el MNBA, los ladrones sacaron las telas de los marcos y se las llevaron enrolladas. Es de imaginar que para vender esas pinturas tuvieron que volver a enmarcarlas. Pero, ¿donde conseguir marcos antiguos? La hipotética respuesta podría ser Kurth (o su hija y continuadora). Ya al escribirlo me parece agarrado de los pelos. Sin embargo, a falta de algo mejor, me gustaría que siguieras investigando».

Una vez que recibió mi respuesta, Bytie acotó su búsqueda a “marcos antiguos+MNBA” y aparecieron tantas menciones que su lectura y clasificación le insumiría toda la noche. Sin dudarlo, me llamó para exigir que el precio de esa búsqueda pasara de 50 a 100 dólares.

§ § § §

A partir de aquel momento, no pude dormir. Como parte de la negociación de la nueva tarifa, yo le había exigido a Bytie que me compartiera sus hallazgos en tiempo real, como un adelanto del

informe final. Ella, acostumbrada a trabajar de noche, cumplió y comenzó a bombardearme con una mezcla de anécdotas insustanciales y datos contundentes que excitaron mis neuronas. Extasiado, a medida que separaba la paja del trigo, elucubré una idea tan espectacular como peligrosa: si la información de Bytie confirmaba mis sospechas, redactaría una nota para publicar en Castelar Digital.

La primera sorpresa fue enterarme de que Gustavo Craigson Benitez, al asumir como presidente de Magister, había nombrado como CEO a Juanjo Cruzz, hijo del banquero de la dictadura militar: Nazareno Cruzz de Hoz. Gustavo y Nazareno, tenían negocios en común. Juntos, armaron la ingeniería financiera para canjear los cuadros robados del MNBA por armas. Este trueque que comenzó para Malvinas continuó hasta el gobierno de Menem, cuando se revendían armas al mejor postor. Gustavo y Nazareno también habían acordado la compra de la galería Wildestein para encubrir el traslado de los cuadros robados en 1980 del Museo de Bellas Artes, a la Zona Franca Carmelo, donde finalmente fueron recuperados cuarenta años después

Esos datos reclamaban ser publicados pero antes debía confirmarlos con otra fuente. Dado que el único sobreviviente era Ernesto Lorenzo, le envié un mensaje a Malinka. Como era de imaginar, a esa hora de la madrugada no hubo respuestas. Por lo tanto, terminé de escribir mi nota, la dejé en maceración y me fui a dormir.

Cuando los maullidos de Negro interrumpieron mi sueño, me levanté y le serví la comida. Antes de ducharme, revisé mi celular y me alegré al ver que Malinka había respondido. Lamentablemente la

alegría duró poco, la pelirroja me informaba que su abuelo, Ernesto Lorenzo, tras sufrir un ACV, continuaba en terapia intensiva, donde no se permitían visitas.

En ese momento crucial, lo real se mezclaba con la imaginación y el ensueño. Tentado a creer en la realidad de lo imaginario, acepté por verdad algo todavía no confirmado y cometí el error de huir para adelante. A pesar de no haber podido confirmar los datos, envié mi denuncia, con pedido de publicación, al director de Castelar Digital, quien -por amistad o por respeto a mis canas- publicó la nota de este veterano colaborador *free lance*.

A partir de ese momento, mi vida cambió, para peor. En cuanto Juanjo Cruz se enteró de que su nombre aparecía en un pasquín barrial dónde se lo acusaba de lavar dinero de los traficantes de armas, ordenó una guerra de exterminio contra mi reputación y mi libertad por medio de una querrela por difamación y calumnia.

En cuanto vi el membrete del poderoso estudio de abogados contratado por mi flamante enemigo asumí que en el juicio me iban a declarar culpable. Entonces, tuve una reacción inesperada. De pronto, al sentirme inerme, en la mira de la justicia, víctima de un repentino ataque emocional, rompí a llorar.

Después, angustiado, empecé a beber. A falta de costumbre, tras un largo sorbo de vodka, sentí un fuego en el fondo de la garganta, como si hubiera tragado agua hirviendo. Sin embargo, seguí tomando hasta quedar dormido en el sillón.

Al despertar, intenté ponerme de pie, pero la botella rodó entre mis piernas y se estrelló contra el piso. Maldiciendo, me propuse juntar las astillas de vidrio antes de que Negro las pisara. Tambaleando,

busqué la escoba y la pala. Barrí lo mejor que pude y lo tiré a la basura. Más de un vez había tenido resacas de vino o cerveza, pero no se podían comparar con los estragos que mi cuerpo padecía por el vodka.

Entre vómito y vómito, maldije mi tardía adicción. Seguía con náuseas, intenso dolor de cabeza, malestar estomacal y tremenda sensación de fatiga. Como no estaba en condiciones de pensar solo atiné a darme una larga ducha fría. Después, me envolví en una toalla y me tiré sobre la cama. «Emborracharse es un vano intento de escapar de algo» —pensé—. «Emborracharse es cosa de débiles» —me dije.

XXIX. Juanjo Cruzz

El día había empezado mal y, como no soy supersticioso, lo ignoré. Sin embargo, el transcurso del día me demostró que no debía haber salido de la cama.

Obligado a defenderme del ataque judicial del CEO de Magister, le pedí a Bytie que suspendiera mis otros pedidos y se concentrara en buscar basura debajo de la alfombra de Juanjo Cruzz y su familia.

—Cuanto más escandalosa sea la información, más dólares voy a pagarte —fue mi oferta.

De acuerdo con lo convenido, Bytie comenzó a compartir los datos que iba consiguiendo. Me los enviaba en crudo, sin clasificarlos pero quedando siempre a la espera de mis repreguntas.

Como era de esperar, los primeros mensajes solo me sirvieron para confirmar cosas que ya sabía o intuía, aunque –entre líneas– siempre se filtraba algo de interés.

«Es un playboy divorciado, rubio de ojos claros, siempre broceado y con la sonrisa de Luis Miguel, que practica polo, golf y colecciona autos deportivos». Así presentaba a Juan José Cruz una revista del corazón, junto con varias fotos donde se lo mostraba con un *smoking* a medida y rodeado de bellas mujeres.

En otro mensaje, Bytie me envió una breve biografía de este misterioso y nefasto *banquero*: *«nacionalista católico y nuevo líder del grupo de ultraderecha “Patria, tradición y propiedad”, Juan José Cruz, hijo de Nazareno Cruz de Hoz y Hortensia Pereyra Anchorena, tiene un Master en USA. Preside el banco BCC (ex Banco Ambrosiano, de la “Propaganda Due”), que estuvo involucrado en casos de corrupción y tráfico de armas, pero -gracias a la protección de la mafia político judicial- la causa penal fue archivada».*

A medida que avanzaba en la lectura más me llamaba la atención cómo se había convertido en un personaje celebrado y omnipresente. En los últimos años, había pasado de ser el ignoto hijo del poderoso financista de la dictadura militar a un hombre público, casi en una marca registrada. Para la opinión pública Juanjo tenía la existencia inasible de una celebridad a la que no pocos le auguraban un futuro político.

El siguiente aporte de Bytie fue el perfil psicológico de Juanjo Cruz, un documento que mostraba los rasgos distintivos de su personalidad y comportamiento. Sin preguntar la fuente de esa información, llevado por mi curiosidad periodística, lo leí de cabo a

rabo porque no tenía desperdicio.

« Juanjo Cruzz es extremadamente ambicioso, tiene una sed insaciable de poder y no se detiene ante nada para lograr sus objetivos. Posee un carisma magnético y una habilidad innata para persuadir a los demás. Utiliza su elocuencia para convencer y logra que muchos confíen ciegamente en él. Juanjo vive un estilo de vida hedonista y derrochador. Gasta enormes sumas de dinero en autos lujosos, ropa de diseñador, drogas y fiestas excesivas. Tiene una adicción autodestructiva a las drogas y al sexo. Sus turbios negocios se basan en prácticas fraudulentas y manipuladoras. Engaña a sus clientes y empleados, viola las leyes financieras y se aprovecha de la confianza de los inversores para enriquecerse aún más. En resumen, Juanjo Cruzz, como su difunto padre, es despiadado y no muestra remordimiento por sus acciones».

Cuando empezaba a cansarme de las generalidades, Bytie logró hackear una causa en curso que dormía en algún estante de Tribunales. Era un caso de drogas del que Ernesto Lorenzo me había hablado pero sin aportar precisiones: *«integré la banda de Aníbal Gordon»* —me había contado el abuelo de Malinka—. *«Manejé millones obtenidos de secuestros extorsivos, contrabando de arte y narcotráfico, pero me atraparon con una tonelada de cocaína. "Stad Cover Eventos", es una empresa contratada por clubes argentinos para proteger el césped de sus estadios durante los recitales, por ejemplo para los de Sabina y Serrat en Boca, y los de Rolling Stones y U2, en River. Las planchas de plástico para proteger el césped eran importadas temporariamente, pero la Policía Federal descubrió que estaban por sacarlas del país en carritos con doble fondo donde se*

ocultaban 1100 kilos de cocaína, cuyo valor en Europa es de casi 50 millones de euros. De inmediato, explotó un escándalo que solo se frenó al conocerse que el banco que financiaba esas operaciones era el BCC presidido por el intocable Juanjo Cruz».

En cuanto leí esta ampliación de lo que ya me había contado Lorenzo, le pedí a la *hacker* que se focalizara en el papel del banco de Juanjo en este tremendo caso de narcotráfico.

Fue entonces cuando recordé que la comisaria Aberanda y su equipo habían investigado la posible participación del banco BCC en operaciones de comercio exterior de Magister y *Wildstein*, vinculadas con obras de arte robadas. De inmediato, le conté a Anahí mi situación y le pedí copia de sus averiguaciones

Siempre atenta, en vez de enviarme un mensaje con la respuesta, la comisaria me llamó por teléfono. Quería hablar conmigo, saber cómo estaba, y ofrecerme su apoyo para enfrentar el embate judicial de Juanjo Cruz. Ya en lo concreto, me alegró saber que ella y su equipo habían logrado avanzar sobre el Banco BCC en dos aspectos. Uno, era el que yo acababa de solicitar: posible participación de ese banco en operaciones de Magister y *Wildstein* en sospechosas salidas de obras de arte al exterior, especialmente para el trueque de cuadros por armas. Pero el segundo tema logró sorprenderme. Si bien gracias a la agencia *Reuter* yo sabía que la familia Cruz le compró el banco BCC a un grupo vinculado al tráfico de armas y a la logia masónica "*Propaganda Due*", Anahí había tenido acceso a una investigación de Interpol que denunciaba el verdadero alcance de la vinculación de Nazareno Cruz de Hoz (padre de Juanjo) con la nefasta "*Propaganda Due*".

Una vez que cortó la llamada, Anahí me envió el siguiente documento de Interpol:

«Al adquirir la totalidad del paquete accionario del banco BCC y fusionarlo con la filial argentina del Banco Ambrosiano, Nazareno Cruzz de Hoz pasó a formar parte de una superestructura apta para todo tipo de negocios en Argentina y el exterior. Se trataba de negocios divididos y compartimentados para que los organismos de control no pudieran conocer el cuadro completo. Los enormes volúmenes de divisas que se transferían por el mundo, dispersos en múltiples sociedades, favorecían las operaciones ilícitas y de lavado de dinero. Con su arriesgada maniobra financiera, Nazareno Cruzz de Hoz logró ingresar al directorio de los distintos bancos del grupo: el Ambrosiano Holding, en Luxemburgo; el Banco Ambrosiano de América del Sud en Buenos Aires y el Ambrosiano Overseas Limited, de Nassau, en Bahamas. Está última institución bancaria logró una siniestra fama al financiar el contrabando de armas argentinas a Croacia durante la guerra de los Balcanes, en la ex Yugoslavia, entre 1991 y 1995. La sangrienta secuela de esa operación fue la explosión intencional de la fábrica de armas de Río Tercero para borrar pruebas».

Acompañando el valioso archivo, Anahí había agregado un comentario personal: “En la segunda parte del informe de Interpol se denuncia que la familia de Juanjo Cruzz, está salpicada por la sangre del tráfico de armas y drogas a lo ancho y lo largo del mundo. Sé que para la justicia argentina todo esto está prescripto, pero es algo tan grosso que, en lugar de Juanjo, yo haría las paces y no continuaría con la querrela en tu contra a cambio de que no difundas estas

demoledoras verdades”.

—Veremos —respondí mentalmente, en forma lacónica. Pero, aunque Anahí no logró convencerme, al menos dejé de sentirme indefenso.

XXX. Los dueños de la tierra

«En el siglo XIX, con la “Campaña al Desierto”, a medida que se corría la frontera hacia el sur de la provincia de Buenos Aires, millones de hectáreas de tierras públicas pasaron a manos de particulares. Aquellos que pudieron aprovechar la oportunidad de convertirse en grandes propietarios, a partir de la compra de tierras ofrecidas por los sucesivos gobiernos, dieron origen a la elite de terratenientes. Con el tiempo, la instalación y desarrollo del ferrocarril potenció el crecimiento y unificación de las actividades rurales con las comerciales y financieras de estos grandes hacendados porteños que conformaron la nueva clase dominante. Las más destacadas fueron las familias Pereyra, Guerrico y Anchorena. Hortensia Pereyra Anchorena, la madre de Juanjo Cruz era descendiente directa de dos de aquellas tres familias de dueños de la tierra».

Después de esta introducción de estilo académico, Bytie aportaba datos sobre la personalidad de la esposa de Nazareno Cruz de Hoz:

«De cuna acomodada, heredera de la riqueza de varias generaciones de terratenientes y empresarios exitosos, nació en una estancia del sur bonaerense y se educó en las mejores escuelas y universidades de Inglaterra. A sus sesenta y cinco años sigue teniendo una presencia imponente, es de altura media, con cabello rubio claro y ojos celestes de mirada expresiva y penetrante. De porte elegante, viste impecables trajes de las marcas más cotizadas y ama las joyas. Gracias a su inteligencia y astucia es una líder nata, decidida y segura de sí misma, con una férrea ética del trabajo. Es ambiciosa, siempre dispuesta a tomar riesgos calculados para aumentar su fortuna y poder. Es autoritaria, fría y distante, pero tiene un lado caritativo que la induce a patrocinar fundaciones y obras benéficas. Heredera de un imperio económico y financiero se casó con un “lobo de Wall Street”: Nazareno Cruz de Hoz, un “Chicago Boy” que supo potenciar el vínculo entre la dictadura militar y la logia masónica “Propaganda Due”. Hortensia es miembro del directorio del Grupo Magister desde cuando su esposo era el CEO y Gustavo Craigson Benitez era el testaferro que figuraba como presidente. Ella sigue en el directorio, ahora presidido por otro testaferro el joven Santiago Craigson, mientras que su hijo Juanjo Cruz sucedió a Nazareno como CEO del conglomerado de empresas. La influencia de Hortensia se extiende a la política, la economía, las bellas artes y la sociedad en general. A pesar de su inmensa riqueza y poder, Hortensia Pereyra Anchorena sigue buscando expandir su imperio y dejar su huella en el mundo. Sus desafíos incluyen la gestión de su imagen pública y las luchas internas en su propia empresa y familia. Detrás de la fachada de éxito y riqueza, Hortensia guarda algunos secretos personales y familiares

que podrían poner en peligro su reputación y su imperio. Su vida personal fue y sigue siendo un misterio».

Los maullidos de Negro pidiendo comida interrumpieron mi lectura. Una vez satisfechas las necesidades de la mascota, aproveché para calentar agua. Al rato, entre mate y mate, retomé la lectura del perfil de esta misteriosa mujer que, desde las sombras, parecía tener una importancia insospechada para mí.

«Más allá de su apariencia perfecta, el matrimonio entre Hortensia y Nazareno ocultaba profundas grietas. Miembro de una familia rica y poderosa, criada en un entorno de lujos y privilegios, ella estaba acostumbrada a tener el control de su mundo. Su esposo, en cambio, era un playboy seductor que surgió aparentemente de la nada y acumuló una inmensa fortuna en Wall Street, operando fondos secretos de la mafia paramilitar y la logia masónica. Acostumbrada a su independencia financiera y a tomar sus propias decisiones Hortensia no tardó en chocar con su esposo, quien -a su vez- aprovechaba su carisma y personalidad magnética para atraer a cuanta mujer hermosa se le acercara. Inevitable el choque, como el divorcio no le convenía a ninguno de los dos, acordaron un matrimonio de conveniencia. Sin embargo, el odio entre ambos se fue acrecentando a límites peligrosos hasta la accidental muerte de Nazareno».

En otro mensaje, Bytie siguió enviándome párrafos *hackeados* a un periodista de investigación que estaba preparando un libro sobre “*El matrimonio del poder*” (Hortensia y Nazareno). En este caso la procedencia era un alerta para no repetir párrafos textuales en mis notas de denuncia, porque podría autodelatar mi uso doloso de la

fuentes de información *hackeada*. En este caso, eran datos del hijo. «*Juanjo Cruzz, al igual que sus padres es extremadamente ambicioso y tiene una sed insaciable de poder. De su padre Nazareno, el treintañero heredó el carisma magnético y la habilidad para convencer a los demás. Para emular al difunto Nazareno, Juanjo vive un estilo de vida hedonista y derrochador, acompañado de una adicción autodestructiva a las drogas y al sexo. Nunca muestra remordimiento por sus acciones*».

Al llegar a este punto me sentí desilusionado y se lo enrostré a Bytie:

«*Domecq, Te pedí que buscaras “debajo de la alfombra” y me enviaste los pocos “trapitos limpios” que debe tener esa siniestra familia que coqueteaba con las mafias. Hackeaste a un periodista bien informado pero que solo está preparando un libro de divulgación. Yo necesito artillería pesada. Para armar una denuncia capaz de frenar la querrela en mi contra, necesito munición gruesa: delitos y, mejor aún, sangre!!!*».

«*Bytie: Mire Don, usted pidió que le pasara la Info tal como aparece y le mandé lo que encontré y era entendible. El resto son miles de frases cortas que fuera de contexto no le van a servir. Pero, como usted es el que paga, acá le descargo el camión volcador. ¿Su Pc tiene memoria suficiente?*».

A partir de ese momento mi casilla de SPAM recibió tal catarata de mensajes que pareció a punto de estallar.

Al primer archivo, Bytie le había puesto un nombre explosivo; “*Muertes dudosas*” (Nazareno, Gustavo y Monserrat). Otro, llevaba el título: “*Dos triángulos amorosos*” (Nazareno, Hortensia y Monserrat), (Santiago, Malinka y Juanjo). El siguiente archivo trataba sobre “*Sicarios*”. Mientras tanto, nuevos mensajes con adjuntos continuaban saturando la capacidad de almacenaje de mi Pc.

Si bien la lógica era comenzar por el principio, una curiosidad cholula me indujo a leer primero el sugestivo archivo “*Dos triángulos amorosos*”, cuyo subtítulo era: Nazareno, Hortensia y Monserrat.

Para mi sorpresa, Bytie se había tomado en serio mi pedido de adelantar datos aunque estuvieran sin procesar. En consecuencia, a medida que *hackeaba* documentos, *chats* o cualquier tipo de mensajes, cortaba algún párrafo de interés y me lo mandaba sin otra referencia que la fecha.

Tras releerlo un par de veces y tomar nota, llegué a la conclusión de que Nazareno Cruzz de Hoz, ya casado con Hortensia Pereyra Anchorena, había tenido un *affaire* con Monserrat Cambó. Lo que no me quedó en claro fue si Monserrat, al momento de su romance con un hombre casado, estaba a su vez casada con Gustavo Cruz Benitez.

Luego de un momento de reflexión recordé la frase que había usado en una de mis novelas policiales: «*la mayoría de los crímenes son pasionales, por dinero o por ambos*».

XXXI. Muerte dudosa

Aquella mañana, tras remolonear un buen rato en la cama, me levanté con la esperanza de un día mejor. Me calcé las pantuflas, abrí las ventanas y le di de comer a Negro. Recién entonces renové el placer de disfrutar esa gran inversión que había resultado ser la ducha escocesa. Permanecí bajo los chorros de agua a diferente temperatura hasta que el estómago me recordó que no había desayunado. Mientras preparaba las tostadas, ese momento de relax se interrumpió abruptamente cuando recibí un nuevo mensaje de la hacker que había contratado:

«Bytie:

El triángulo amoroso entre Santiago, Malinka y Juanjo, parece ser un problema de enredos juveniles. Se conocen desde la adolescencia, época en la que Malinka coqueteaba con los dos. Ya veinteañeros, Santiago inició una relación con Malinka hasta que se interpuso Juanjo y se la robó. Como de costumbre, pronto Juanjo la dejó por otra, pero con el tiempo, volvió a requerirla. No soy experta en relaciones humanas pero la tensión entre los miembros de este trío resulta mínima comparada con la que existió entre Hortensia, Monserrat y Nazareno, donde Gustavo Craigson miraba de afuera».

Intuyendo que Bytie se estaba dejando llevar por su experiencia como *hacker* sentimental para revistas del corazón, le recordé mis prioridades:

«Domecq:

Por favor, concéntrate en los temas de mi lista, en especial las muertes de Gustavo y Monserrat».

«Bytie:

Le mando de nuevo el archivo “Muertes dudosas” (Nazareno, Gustavo y Monserrat). Le sugiero que revise su casilla de correo no deseado porque ya son varias las veces que usted niega haber recibido mis emails».

Sin ganas de entrar en un debate por los *spam*, me dediqué a leer los fragmentos de mensajes *hackeados* por Bytie. Para mi sorpresa, había habido una investigación judicial caratulada: *“Nazareno Cruz de Hoz s/muerte por causa dudosa”*. *«Cuando se están por cumplir 6 años de la caída del helicóptero en San Fernando el expediente judicial por la muerte de Nazareno Cruz de Hoz sigue abierto, pero al borde del cierre. La última medida adoptada por la justicia fue una pericia fotográfica sobre los restos del helicóptero, pero los peritos oficiales no modificaron la conclusión judicial: el helicóptero volaba bajito y se enredó en los cables y se precipitó a tierra. Sin embargo, el hijo de la víctima, Juanjo Cruz, da la batalla por la hipótesis del atentado. El juez del caso cerró la instrucción concluyendo que no hubo delito; su fallo fue ratificado por la Cámara Federal y el expediente llegó a la Corte Suprema, que no abrió el recurso. Originariamente hubo dos pericias, de la Fuerza Aérea y de la empresa Bell, fabricante del helicóptero y ambas pericias concluyeron que se trató de un accidente. Sin embargo, una pericia posterior, hecha por la Gendarmería, percibió restos de un proyectil que habría perforado la carrocería del helicóptero».*

Atónito por lo que acababa de leer, de inmediato asocié con la misteriosa muerte del joven Carlitos Menem, un caso que casi 30 años después sigue suscitando polémica.

Abrumado por preguntas sin respuestas, decidí consultar a Anahí. Le renvié el archivo de Bytie acompañado con una breve introducción:

«Domecq:

Hola Anahí, acabo de recibir una información perturbadora. Existe una causa abierta por la muerte dudosa de Nazareno Cruzz de Hoz. Es decir que al asesinato de Monserrat Cambó se le suma la muerte dudosa de su esposo Gustavo Craigson Benitez y su amante, Nazareno Cruzz de Hoz.

Estoy como perro en cancha de bochas y pregunto: ¿serán muertes pasionales, porque integraban un trío amoroso?, ¿o muertes por intereses o poder, ya que los dos hombres eran Presidente y CEO, respectivamente, del siniestro grupo Magister? Otra pregunta: ¿Quién se beneficia con la muerte de estas tres personas?».

Recién al anochecer, cuando el día marcaba un fin y un comienzo, recibí la respuesta de Anahí:

«Comisaria Aberanda:

Imagino cómo estarás. En nuestras investigaciones por el asesinato de Monserrat y por la muerte dudosa de su esposo no encontramos ninguna vinculación con Nazareno Cruzz de Hoz. No obstante, como el hijo de Monserrat pidió verme voy a reunirme con él y, de paso, intentaré preguntarle por la relación de sus padres con Nazareno.

NOTA: Estoy en casa y voy a dejar los temas policiales por un rato porque tengo que bañar a mi hijito».

§ — § — §

Pálido, disimulando su delgadez con ropa elegante, Santiago Craigson se presentó en la guardia de la departamental Morón y dijo tener acordada una reunión con la comisaria Aberanda. Poco después, siempre amable y cordial, la oficial Raula Díaz pasó a buscarlo y lo acompañó hasta el despacho de su jefa.

Ya sentado frente a Anahí Aberanda, Santiago explicó que había pedido esa reunión porque el fiscal Curinao no lo recibía debido a que la investigación sobre el asesinato de su madre estaba todavía en sede policial. Fue entonces que la comisaria confirmó lo dicho por el fiscal y, además, le advirtió que tampoco podía darle información del caso porque estaba bajo secreto de sumario. No obstante, en caso de que él tuviera algo para aportar, ella estaba dispuesta a escucharlo y dar curso a sus dichos, en la medida que resultaran relevantes para la investigación.

Luego de un momento de desazón, Santiago compartió su inquietud:

—Cuando vino a verme a Parque Leloir, usted me preguntó quién podría resultar perjudicado por las declaraciones de mi madre, al punto de asesinarla antes del interrogatorio.

—Recuerdo que usted respondió: “Nadie”:

— ¡Exacto! Como la acusaban por el accidente en que murió mi padre, yo supuse que era un tema personal que no afectaba a nadie más.

— ¿Entonces...? —preguntó la comisaria mirándolo fijamente en busca de alguna reacción.

—Se me ocurrió pensar que, aprovechando que ella estaba

detenida, algún fiscal podría intentar hacerle preguntas sobre otros temas.

— ¿Cuáles?

—Los negocios de mi padre

— ¿A qué se refiere?

—A todo y a nada en particular.

—No entiendo —dijo la comisaria.

—Mi padre era presidente de Magister, pero era un cargo institucional o de relaciones públicas. Las decisiones las tomaba el CEO. Primero Nazareno Cruzz de Hoz y después su hijo Juanjo —explicó el joven.

—Disculpe, pero no veo nada raro. El propio nombre CEO indica que es el ejecutivo, mientras que el presidente es el representante de los accionistas —insistió Aberanda.

—No sea ingenua comisaria. Como Magister está acusada de innumerables delitos, imagine por un instante que el Presidente descubre algo demasiado turbio y decide denunciarlo. ¿Cuál sería la reacción del CEO mafioso?

—Mire señor, mi tarea es prevenir delitos y actuar contra los delincuentes y no tengo tiempo para jugar a las adivinanzas. Si tiene algo concreto, dígalo —reaccionó con firmeza.

—De acuerdo. Le sugiero que investigue a Juanjo Cruzz y su familia.

—Veo que usted sigue sin entender. Aquí no investigamos a nadie sin justificación. Si quiere denunciar algo, tiene que ser más concreto.

—La familia de Nazareno Cruzz de Hoz es dueña del banco BCC

que lava dinero del tráfico de armas y drogas —afirmó con voz trémula.

—Una última pregunta. ¿Por qué debería hacerte caso si en la reunión anterior en vez de acusar a Juanjo usted me sugirió investigar a Malinka Lorenzo.

—Es que Malinka y Juanjo son como Bonnie y Clyde, una pareja siniestra —denunció Santiago.

Sin hacer comentarios, la comisaria recordó que Domecq le había contado que Santiago estaba en pareja con Malinka hasta que Juanjo se la arrebató. « ¿Cuánto despecho y rencor habrá detrás de la denuncia de Santiago? —se preguntó la comisaria Aberanda».

XXXII. Lavado de dinero

« ¿Crear o no creer? ¿Dudar o no dudar? Dudar es humano, como errar. ¿Vale la pena investigar una pista que muy probablemente solo es fruto de la mente enferma de un despechado?» —se preguntaba la comisaria Aberanda.

Inmersa en la duda, decidió consultar a un comisario retirado experto en la lucha contra el lavado de activos.

«Comisaria Aberanda:

Hola comisario, espero que esté bien. Lo molesto porque estoy

buscando posibles vinculaciones entre el banco BCC y el lavado de dinero. Cualquier indicio será bienvenido».

«Comisario RE Falcone:

Hola, ¿cómo andá? Cuando me retiré el BCC estaba siendo investigado por The Financial Action Task Force (FATF) pero no sé si finalmente se encontraron pruebas. Te paso lo que tengo, pero tendrías que actualizarlo».

De inmediato, con la ayuda del buscador, la comisaria confirmó que *FATF*, era la traducción al Inglés del conocido *GAFI (Grupo de Acción Financiera Internacional)*, la institución intergubernamental con sede en París, creada en 1989 para desarrollar políticas que ayuden a combatir el blanqueo de capitales y la financiación del terrorismo. A continuación, al ingresar a la base de datos sufrió una desilusión: solo se podían consultar los casos cerrados ya que para acceder a los casos en curso se necesitaba una clave especial. Para no darse por vencida tan rápido, buscó al BCC entre los casos ya cerrados y encontró varias menciones que, lamentablemente, databan de la época en que ese banco pertenecía a la logia masónica “*Propaganda Due*”, es decir casos no imputables a la familia Cruzz de Hoz.

Sin imaginar otra opción, la comisaria le envió otro mensaje a Falcone:

«Comisaria Aberanda:

Gracias, ya ingresé a FATF/GAFI pero para consultar casos abiertos se necesita una clave. ¿Puede ayudarme?».

Minutos después, Falcone la llamó y, tras disimular el tema de la charla preguntándole por sus hijos, le compartió la clave alfanumérica.

En un nuevo intento, Aberanda ingresó a la base de datos y con la clave accedió a los casos en curso pero solo existían dos versiones: Inglés o Francés. Eligió Inglés y agradeció a Google por su práctico traductor.

En el relevamiento más reciente, el BCC era el único banco de Argentina que figuraba en el listado de entidades que abusaban del secreto bancario y permitían que sociedades flojas de papeles abrieran cuentas locales para transferir fondos a paraísos fiscales y así evadir impuestos.

Esta sutil caracterización del delito financiero apenas hace referencia a la punta del iceberg. En la práctica, el blanqueo de capitales es de vital importancia para la delincuencia organizada porque constituye el delito vertebrador de todos los demás. Cuando una organización delictiva obtiene grandes ganancias necesita introducir en el mercado ese dinero y, para no llamar la atención de las autoridades, a lo largo de los años se han creado prácticas consistentes en simular que ese dinero procede de negocios legales. Un ejemplo de ello son las subastas o compraventas de obras de arte que admiten pagos en efectivos. Una vez que el bien ha sido adquirido con dinero negro, su titular podrá quedárselo para uso personal o venderlo posteriormente en el mercado legal, ya blanqueado.

Luego de darle un vistazo a estas generalidades, la comisaria Aberanda buscó las denuncias específicas contra el BCC. La primera se trataba de una sofisticada estructura de blanqueo de activos, a través de criptomonedas. Tras una larga investigación, la Policía

Federal Argentina detectó a un grupo que lavaba dinero del *Comando Vermelho*, la poderosa organización criminal de origen carioca. Luego de unos 40 allanamientos en la Capital Federal, el conurbano y Mendoza, se detuvo a tres miembros de esta organización, todos de origen brasileño, y se secuestraron sumas millonarias de dinero en efectivo, tanto en pesos, como dólares, euros, reales y francos suizos. *“Para introducir en el mercado legal lo producido de actividades criminales, la organización promocionaba estudios de brasileños en universidades argentinas. Luego, para cancelar sus préstamos, los estudiantes depositaban efectivo en el banco BCC donde se convertían en criptomonedas internacionales, a las que se les sumaba el flujo de dinero del tráfico de drogas, que finalmente manejaban desde Brasil”*, explicó el fiscal del caso.

La ansiosa comisaria lamentó que se tratara de una investigación en curso y no hubiera, todavía, una acusación contundente contra los directivos del banco BCC.

La otra mención al BCC se relacionaba con una operación melliza a la de *Comando Vermelho*, pero realizada por un grupo de peruanos: « ¿Estarán vinculados con *Sendero Luminoso*? » —se preguntó la joven comisaria.

En esta ocasión la suerte estuvo del lado de Anahí Aberanda. A diferencia del caso de los brasileños que había sido investigado por la Policía Federal, la causa de los peruanos estaba radicada en la provincia de Buenos Aires y ella podía acceder a los archivos de la bonaerense.

Pese a su ansiedad, la comisaria se tomó unos instantes para pedirle a su asistente que le trajera un sándwich mediterráneo de “La

Intendencia” y, recién entonces, reinició la búsqueda.

En cuanto leyó que el cabecilla de una gigantesca operación de lavado de dinero era el narco peruano Marcos Estrada Gonzáles, Aberanda recordó la disertación del comisario retirado Perrone sobre los guerrilleros de *Sendero Luminoso* que vinieron a nuestro país y crearon pequeños imperios de *dealers* peruanos. Según Perrone, todo había comenzado en 1997 cuando Marcos Estrada Gonzáles, ex miembro de *Sendero Luminoso*, prófugo de la justicia de Perú, llegó a la Villa 1-11-14, en el Bajo Flores, y asesinó al entonces líder narco Julio Chamorro Revollar. Marcos Estrada Gonzáles se especializó en traer droga de Perú mediante el sistema de “mulas” y utilizando agencias de remises para distribuir la droga. Pese a que fue apresado, condenado y deportado a Perú, desde el exilio, Marcos continuó liderando el Bajo Flores. Finalmente, en setiembre de 2023, la Policía Nacional de Perú, allanó la mansión donde habitaba Marcos Estrada Gonzáles y encontraron equipos electrónicos (celulares, tablets, laptops, discos internos y externos, USB’s, CPU’s, CD’s y DVD’s), con evidencias de las actividades de lavado de activos ejecutadas por los miembros de esa organización criminal.

Cuando se sentía saturada de tanta información judicial, la comisaria tuvo un pequeño sobresalto al descubrir que el banco que había facilitado esta gigantesca operatoria de lavado de dinero era la filial peruana del BCC, perteneciente a la familia de Juanjo Cruzz.

De inmediato, llamó a los oficiales Raula Díaz y Boris Novak y les pidió que revisaran las investigaciones relacionadas con el BCC (Magister, Nazareno Cruzz de Hoz y Gustavo Craison Benitez) y buscaran vinculaciones con narcos de *Sendero Luminoso*.

Anahí Aberanda apenas había terminado de comer su sándwich Mediterráneo y estaba saboreando el café casero conservado en su termo, cuando Raula y Boris entraron a su despacho.

—Permiso comisaria —comenzó Raula—. Estuve revisando las notas que tomé durante la charla del comisario Falcone y encontré una pregunta que me sorprendió.

— ¿Cuál?

—Cuando le preguntamos si había antecedentes de sicarios de *Sendero Luminoso* actuando en nuestro país en casos no vinculados al narcotráfico, Falcone contestó, textual: « *No sabría responder, porque la droga ya contaminó las más diversas actividades. Es más, si me permiten responder con una pregunta, sería: ¿Estás seguro de que el ataque al auto policial no tiene la más mínima y remota vinculación con algún tipo el tráfico de drogas?* ».

Viendo la cara de su jefa, que no se perdonaba aquél olvido, Boris se animó a intervenir:

—Recuerdo que mencioné que los policías asesinados iban a declarar como testigos de la muerte de Monserrat Cambó, y Falcone me interrumpió con otra pregunta: « *¿Estás seguro de que el marido de Monserrat no tenía vínculos con la droga?* ».

— ¡Tienen razón! —reconoció Aberanda antes de pedirle a Raula:

—Por favor llámame al comisario Falcone y pedile que venga en cuanto pueda. Mientras tanto voy a llamar a Domecq para que intente confirmar todo esto con Malinka y su abuelo.

XXXIII. Prisión domiciliaria

Con la información aportada primero por Bytie y luego por Anahí ya tenía armas como para empezar a defenderme de Juanjo Cruz pero, como el zorro sabe por zorro pero más sabe por viejo, yo sabía que nunca sería suficiente. Por eso, cuando Anahí descubrió las vinculaciones entre el banco BCC y los cárteles de *Comando Vermelho* y *Sendero Luminoso*, decidí arriesgarme a buscar la bala de plata, un secreto tan bien guardado que no estuviera en ningún lugar susceptible de ser *hackeado*. Tenía que ser *inside information* y el único protagonista que aún sobrevivía era Ernesto Lorenzo, víctima de un reciente ACV.

Sin demasiada convicción, llamé a Malinka y le pregunté por la salud de su abuelo.

—Mi abuelo está en su casa, pero no se recuperó, apenas puede hablar y se comunica por señas —dijo la pelirroja:

— ¿Puedo visitarlo?

—Supongo que le vendría bien que usted lo visitara, aunque solo fuera para contarle cómo avanza la redacción de sus memorias.

Para aprovechar semejante oportunidad, un par de horas después mi coupé Chevy ya atravesaba la rústica tranquera del haras donde Ernesto Lorenzo cumplía su pena de prisión domiciliaria.

Malinka me acompañó hasta el dormitorio donde, en la penumbra, descubrí el enorme perro guardián que me miraba, amenazante, desde un costado de la cama. Con un leve movimiento del dedo índice, el viejo me señaló una silla del lado opuesto a la

ventana, donde un rayo de luz iluminaba mi cara y le permitía verme mejor. En cambio, yo solo podía apreciar, a contraluz, la silueta encorvada de un hombre vencido.

— ¿Por dónde empiezo? —pregunté.

—Por donde quiera —me susurró la nieta.

Para no agobiarlo de entrada, postergué mis preguntas y comencé con un relato light de las páginas que había escrito para contar sus memorias. Le resumí una introducción inspirada en *“Mi último suspiro”* de Bruñel, pero adaptada para transmitir la voz del propio Lorenzo, como aquella frase: “la vida sin memoria no sería vida”.

Ya ganada la atención de este anciano seriamente disminuido por el ACV, empecé a preguntar:

—En la última charla estábamos recordando el canje de cuadros por armas. En aquella transacción, solo fueron aceptados tres de los cuatro cuadros ofrecidos, y que habían sido robados del Museo de Bellas Artes. Uno fue rechazado por falso —comencé—. Lo que me quedó pendiente de preguntar fue si la falsificación se hizo acá, en nuestro país.

Mientras Malinka y yo lo mirábamos en silencio, tras unos instantes, lentamente, Lorenzo levantó el pulgar.

—Afirmativo —tomé nota antes de seguir avanzando—. ¿El falsificador está vivo?

Lorenzo movió apenas la cabeza para ambos lados: negativo.

— ¿El falsificador era un alemán llamado Kurth, con hache final? —arriesgué.

Lo que siguió fue un silencio interminable, como Lorenzo estaba

sentado a contraluz, la oscuridad de su rostro me impedía distinguir algún gesto.

Después de un rato en que ninguno de los tres hablara o hiciera algún movimiento, la nieta rompió el hielo.

— ¿Afirmativo, abuelo?

Recién, entonces, tras un acceso de tos seguido de un pequeño movimiento de incomodidad, el viejo levantó el pulgar.

Entonces fui yo el que enmudeció, mi loca teoría no tenía nada de loca. El genial Kurth era el autor de aquella falsificación del Renoir “*Gabriele et Coco*”. Por un momento, pensé en bajar la intensidad de las preguntas y dejar que Lorenzo se tranquilizara. Pero, a pesar de los años, sigo siendo el voraz periodista que no suelta una fuente sin intentar exprimirle todo el jugo.

— ¿Kurth hizo otros trabajos para Magister?

El pulgar hacia arriba me permitió anotar: afirmativo.

— ¿Rebecca, la hija de Kurth, también hizo copias para Magister?

De nuevo pulgar para arriba.

Cuando iba a formular otra pregunta, Lorenzo tuvo un acceso de tos y su nieta le acercó un vaso de agua.

Lejos de pensar en irme, esperé un lapso prudencial y cambié de tema.

— ¿En el contrabando de armas a Croacia, durante la presidencia de Menem, participó Magister?

Pulgar para arriba.

A partir de entonces se produjo algo muy extraño que comenzó cuando pregunté si el hijo de Nazareno Cruzz de Hoz, había

reemplazado a su padre en el tráfico de armas y lavado de dinero.

Como Lorenzo se quedó petrificado, como si no hubiera entendido la pregunta, la reformulé con otras palabras.

— ¿Juanjo, el actual CEO de Magister, continúa con los negociados de su padre?

Apenas un largo estertor sacudió al viejo, como si la pregunta no pudiera responderse por sí o no.

— ¿Recuerda que Juanjo Cruzz es el CEO de Magister? — pregunté y, con su pulgar hacia arriba Lorenzo lo confirmó.

— Como Nazareno Cruzz de Hoz fue el artífice de la ingeniería financiera del tráfico de armas, yo le acabo de preguntar si el hijo se involucró en los negocios turbios de su padre.

Luego de un nuevo acceso de tos, haciendo un gran esfuerzo, con voz de ultratumba, Lorenzo dijo:

— ¡No, y no es el hijo!

Confuso, aturdido por el dato inesperado, cuando dejó de toser, solo atiné a preguntar:

— ¿Si no es Juanjo, quién es el actual mandamás de Magister?

— Hortensia —respondió con voz de ultratumba.

— ¿Hortensia Pereyra Anchorena también se ocupa de los negocios turbios con narcos y sicarios?

Entonces, tras confirmar con el pulgar hacia arriba, Lorenzo empezó a hacer gestos ampulosos con las dos manos ordenando que me fuera.

Convencido de que ya no conseguiría más datos y lamentando no poder repreguntar si Juanjo era hijo ilegítimo, saludé de lejos a los dos, salí del chalet, subí a mi coupé y aceleré hacia Castelar. Sin

embargo, apenas llegué a la intersección de la Ruta 6 y la Autopista del Oeste, estacioné en la banquina y le escribí a Simón Weis.

*«Domecq,
Hola Simón, según Ernesto Lorenzo, Hortensia y no Juanjo Cruz
sería la verdadera reemplazante en las sombras del difunto Nazareno.
¿Qué me podés decir?».*

La rápida respuesta fue:

*« Simón Weiss, Thomson Reuters,
Ni idea. Voy a averiguar».*

*«Domecq,
Además, Ernesto Lorenzo, dice que Juanjo no es hijo de Nazareno».*

*« Simón Weiss, Thomson Reuters,
Es la primera vez que lo escucho».*

Llevado por la ansiedad compartí las novedades, primero con Aberanda y luego con Ariel Tello, de Interpol. Lamentablemente, la comisaria debería estar en algún operativo policial porque había bloqueado su teléfono particular y, por la diferencia horaria con París, Tello debería estar durmiendo.

Desalentado por la falta de respuestas, le hice la misma pregunta a Bytie.

*«Domecq,
Hola, una fuente bien informada me dijo que Hortensia Pereyra*

Anchorena es quien ejerce el verdadero poder en Magister. Además, Juanjo no sería hijo de Nazareno Cruz de Hoz. Por favor, averiguá».

«Bytie,

Ok, pero va a costar otros 50 U\$S cada una».

Una vez que acepté, como seguía despistado y sin brújula, hice otro intento.

«Domecq,

Hola Malinka, ¿Por qué tu abuelo dijo que Juanjo no sería hijo de Nazareno ?».

«Malinka,

No tengo idea y no le voy a preguntar, pero Monserrat lo llamaba bastardo».

Recién entonces asocié que Juanjo había nacido durante el gobierno militar, época en que hubo innumerables casos de secuestro y apropiación de hijos de desaparecidos.

Sin consultarme, Bytie debió pensar lo mismo que yo y elucubró una maniobra repugnante. Mediante un *hackeo*, invitó anónimamente a Juanjo Cruz a hacerse un análisis de ADM ya que podría ser víctima de un robo de identidad.

En contra de lo esperado, en vez de caer en la trampa tendida por Bytie, Juanjo decidió consultar a su madre quien tuvo una reacción desproporcionada. Doña Hortensia Pereyra Anchorena viuda de Cruz

de Hoz, se propuso identificar y destruir a quienes estuvieran detrás de semejante calumnia.

Sin siquiera imaginarlo, Domecq acaba de ganarse una nueva enemiga, tal vez peor que los ya conocidos.

XXXIV. Don Elvis

Al sentirse agraviado por mis supuestas calumnias publicadas en *Castelar Digital*, Juanjo había reaccionado iniciándome una querrela por injurias. En cambio, yo ignoraba que Hortensia, su madre, había reaccionado con la fiereza de un león herido. Cuando la viuda de Nazareno descubrió que yo estaba reuniendo información que de salir a la luz podría comprometerla seriamente, decidió eliminar el problema de raíz, antes de que fuera publicado, y ordenó: «*maten al perro y acaben con la rabia*».

Sin imaginar el peligro que me acechaba, yo seguía buscando datos. Tras una larga reunión, a puertas cerradas en las oficinas de la Agencia *Reuter*, Simón Weis me había compartido información no publicada por falta de confirmación con otra fuente confiable. Se trataba de quejas de accionistas damnificados por la conducción dictatorial de Hortensia Pereyra Anchorena, quién tomaba las decisiones en soledad y, en vez de concurrir a las reuniones de directorio, le daba las instrucciones directamente a Juanjo, CEO en los papeles pero sólo un títere en la práctica. Hortensia manejaba

Magister SA, como si fuera una empresa unipersonal. Además, obsesionada por su seguridad, gastaba fortunas en custodios. Al respecto, Simón Weis sospechaba que esos custodios eran en realidad una fuerza de tarea para operaciones ilícitas, que nunca nadie se había atrevido a denunciar en la justicia.

Durante el viaje de regreso en *Castelar Bus*, aproveché para escribirle a Bytie para que investigara a los misterios custodios de doña Hortensia. Ya en destino, al dejar el ambiente climatizado de la combi, experimenté el duro contraste con la impiadosa humedad que exacerbaba mis crónicos dolores de huesos. No obstante, como me sentía ansioso, preso de una extraña inquietud, descarté hacer la cola para tomar un taxi y decidí caminar hasta casa para llegar lo suficientemente cansado como para dormir bien.

En Castelar, el tardío calor otoñal no daba tregua. Ya de noche, el asfalto de las calles conservaba el resabio de un día de calor bochornoso. Mientras caminaba, lamenté no tener un perro. No solo tendría protección sino también compañía. Me sentía solo. Irremediable y definitivamente solo, inmerso en la nada misma.

De pronto, más allá de los frondosos plátanos de la calle Francia, algo se movió. Al principio, intenté en vano penetrar la oscuridad para confirmar el movimiento sospechoso. Intranquilo, recordé que a esa hora la inseguridad se concentraba en motochorros o drogadictos en busca de plata para seguir consumiendo. Había una tercera posibilidad pero preferí no pensar en ella.

A pesar de mis gruesos cristales de aumento, no lograba divisar quién me seguía. Entonces, apuré el paso. La calle, bordeada de árboles que ocultaban las luminarias, estaba oscura. Demasiado

oscura. Era como un túnel vegetal, de troncos, ramas y hojas. Los pocos negocios instalados sobre Francia habían cerrado, no se veían taxis, ni colectivos y la estación de tren estaba lejos como para volver atrás. A mis espaldas, la sombra me seguía y estaba a menos de una cuadra.

«Si empieza a correrme soy boleta» —pensé, mientras apuraba mi paso de hombre mayor.

Todavía faltaban bastantes cuadras hasta mi casa y ya estaba agitado. Las piernas me respondían pero la respiración me inquietaba. No podía seguir así durante mucho tiempo.

« ¡Don Elvis!» —mascullé esperanzado al recordar el restaurante temático instalado en San Nicolás y Arias, que debería estar abierto.

Volví a mirar de reojo y me sorprendí al comprobar lo cerca que estaba mi perseguidor, quien no disimulaba que me seguía. Era de estatura mediana con una campera negra con capucha que impedía verle la cara. Pero no pude distinguir si tenía un arma o algo amenazador en sus manos.

Por un momento intenté imaginar qué harían los personajes de mis novelas en una situación similar, pero la triste realidad no ofrecía las ingeniosas opciones de la ficción. Por lo tanto, decidido a no darme por vencido me esforcé en mantener el ritmo de mis pasos.

Cuando el miedo aumentaba a la par de mi cansancio, divisé la luz de Don Elvis. « ¡Está abierto!» —mascullé esperanzado.

Instintivamente, gasté mis últimas energías en un trote agónico hasta la vereda del restaurant. Sin opciones, al descubrir que el perseguidor estaba a punto de agarrarme, me zambullí por la puerta entreabierta. Maltrecho por el golpazo contra los vistosos mosaicos

blancos y negros, levanté la cabeza y vi la cara amiga de uno de los empleados.

— ¿¡Se siente bien!? —exclamó sorprendido el mozo.

Una hora después, reconfortado por una espléndida hamburguesa con papas fritas y una *Lager* bien helada, llamé un remise para que me llevara a casa. Cuando le pedí que diera algunas vueltas por si me estaban siguiendo, el chofer me miro con cara de estar pensando: “¡otro paranoico más!”.

Ya en casa, ignoré los reclamos de la mascota de Leonor y, antes de prepararle la comida, llamé a Anahí. Le conté lo que me había pasado pero no le dio importancia: «Otro caso de inseguridad. Por suerte no pasó de tentativa» —dijo mi amiga comisaria.

Convencido de que, a pesar del cansancio físico, la excitación provocada por la persecución no me iba a permitir dormir, en vez de acostarme, encendí la *Pc* para revisar los últimos envíos de Bytie.

La *hacker*, todavía no había encontrado ninguna irregularidad relacionada con la identidad de Juanjo Cruzz. En cambio, encontró una nueva perlinta vinculada al sonado narco escándalo de “*Stad Cover Eventos*”, la empresa encargada de la importación temporaria de alfombras de plástico para proteger el césped de las canchas de fútbol durante los recitales y que, al regresar a España, escondía grandes cantidades de cocaína. Al respecto, Ernesto Lorenzo me había contado que esa operación había sido financiada por el banco BCC, propiedad de la familia de Juanjo Cruzz, pero ahora Bytie había descubierto que la empresa de seguridad encargada de “custodiar la operación” fue “Magister Seguridad Integral SRL, creada durante la dictadura militar y actualmente manejada, personalmente y con mano

dura, por Hortensia Pereyra Anchorena. Lo llamativo era que Bytie había encontrado ese dato en el expediente judicial de ese mismo caso, pero no le habían dado importancia.

Cuando mis ojos ya no soportaban la luminosidad de la pantalla y estaba por apagar la computadora, me llegó otro mensaje de Bytie, siempre hiperactiva durante las noches.

Luego de recordarme que Hortensia Pereyra Anchorena, heredera de los primeros grandes terratenientes beneficiados por la *Campaña del Desierto*, seguía siendo propietaria de enormes estancias, la hacker de pelo violeta había descubierto que en una de esas estancias, accidentalmente, había caído una avioneta con droga. Al menos, esa era la versión de la propietaria del establecimiento, pero como la avioneta estaba en perfecto estado, los investigadores sospechaban que no se trató de un aterrizaje forzoso, sino programado.

Al pie del informe, Bytie había agregado una nota personal: «Por otros 50 dólares profundizo este asunto».

En cuanto aprobé el nuevo gasto, Bytie me envió un adjunto, cuyo título era: *“Cayó una avioneta narco, con más de 300 kilos de cocaína en su interior. Aunque no logró determinarse el destino que tenía el cargamento, las autoridades detectaron que se trataba de una aeronave que provenía de la Triple Frontera”*.

Ansioso, antes de continuar la lectura, necesitaba saber si la avioneta con droga encontrada en una estancia de doña Hortensia era un caso aislado a no.

«Domecq,

Hola Simón, además de este accidente de la avioneta narco en la estancia “La Hortensia”, ¿tenés detectado algún otro caso similar que involucre a Hortensia Pereyra Anchorena?».

XXXV. Narco avión

Aunque el cucú ya había marcado la medianoche, yo no quería acostarme sin terminar de leer el informe de Bytie sobre la narco avioneta. Fui a la cocina, me preparé café y llevé el termo junto a la Pc. Me serví la primera taza y retomé la lectura:

“La policía de Chaco secuestró un cargamento de 324 kilos de cocaína que se encontraban dentro de una avioneta que se estrelló en un campo ubicado en la localidad de Avía Terai. En el lugar no se encontraban los pasajeros, debido a que los ocupantes habrían abandonado el vehículo previo a que fuera encontrado por las autoridades. Alertados por los residentes de la zona, los agentes policiales se presentaron en el establecimiento rural conocido como “La Hortensia” y se encontraron con una nave color rojo y blanco que había perdido una rueda. Se trataba de una avioneta modelo Cesna 210 Turbo Centurión II que contaba con la matrícula boliviana CP-3123. Además, reportaron que había diez panes rectangulares de color verde que en su interior contenían cocaína, la cual fue puesta a

disposición de la Justicia federal. Algunos testigos ocasionales señalaron que en el interior del aeroplano viajaban dos sujetos que habrían sufrido lesiones, pero fueron rescatados y trasladados en una camioneta apenas cayó el vehículo. Por este motivo, la Justicia emitió una alerta a todos los hospitales y centros sanitarios de la zona para que denuncien si en las últimas horas registraron el ingreso y atención de dos personas heridas. De acuerdo con la información a la que pudo acceder Reuter, existen dos versiones entre los testigos del hecho: unos señalan que la nave cayó por accidente, mientras otros estiman que perdió la rueda en un aterrizaje programado. Esta última hipótesis se refuerza con la noticia de que había una camioneta esperándolos. Según la agencia de noticias Reuter, este no sería el primer caso de una aeronave que se estrella en la región, puesto que hace tan solo unos meses cinco personas murieron en un accidente en Villa Ángela. En ese caso, el avión se quedó sin combustible y cayó al vacío. La principal hipótesis de los investigadores es que los delincuentes formaban parte de una organización narco criminal brasileña ya que la aeronave tenía matrícula de ese país”.

A pesar del cansancio y del sueño, mis neuronas lograron formular una pregunta: «Si estos dos casos solo fueron descubiertos gracias a que las aeronaves habían tenido percances técnicos, ¿cuántos serán los aterrizajes “sin inconvenientes” de las narco avionetas?».

Cuando ya estaba por acostarme, recibí la respuesta de mi amigo Simón, el insomne:

«Simón Weis/ Thomson Reuters,

La avioneta que cayó en la estancia de la familia Pereyra Anchorena, con más de 324 kilos de cocaína puso en evidencia que los narco vuelos son uno de los métodos más utilizados por los grandes narcotraficantes para ingresar cargamentos de cocaína a la Argentina y exportarlos a Europa. El “transporte” es un eslabón esencial en la cadena y reciben a cambio entre el 25 y hasta el 45 por ciento de la carga, según sea el riesgo y los costos de una maniobra en la que no se descarta la connivencia policial, judicial y política. Las zonas que eligen son cercanas a las fronteras de Bolivia y Paraguay y deben ser campos de difícil acceso, al que solo se pueda llegar con 4x4 y que no tengan cobertura telefónica (para comunicarse usan teléfonos satelitales, GPS o handy) y que no existan viviendas en las cercanías, excepto la del “puestero” dedicado a la custodia de los ladrillos de polvo blanco. Al mismo tiempo, habilitan una entrada especial para los vehículos que irán a recoger el cargamento y evitar la presencia de extraños. No se conoce cuál era el destino de la avioneta que cayó en el establecimiento rural “La Hortensia”, pero se trata de una de las principales zonas de aterrizajes narco en la Argentina. Si necesitás más datos, no dudes en pedírmelos. Un abrazo».

Era muy posible que al hacerme este ofrecimiento, Simón estuviera pensando en el día siguiente pero, llevado por mi ansiedad, le repregunté de inmediato:

«Domecq,

Por favor, necesito conocer cuáles son las otras regiones utilizadas

para aterrizajes narcos. Quiero ver si los Pereyra Anchorena tienen campos en esas zonas».

«Simón Weis/ Thomson Reuters,

Otros puntos de aterrizajes narco son Concepción del Uruguay en Entre Ríos, el límite entre Santiago del Estero y Salta (ruta 16, Cruz Bajada), Taco Pozo (Chaco), Nueva Esperanza (Santiago del Estero) Monte Maíz, en Córdoba, y la zona rural de Santa Fe, próxima a Buenos Aires. También se detectaron vuelos clandestinos en Junín, San Nicolás y Zárate-Campana. Nota: en esta zona está una de las más grandes estancias de la familia Pereyra Anchorena.

Otra operatoria, en vez de aterrizar, es tirar la carga desde el avión en vuelo. Para estos “bombardeos” o “lluvia de cocaína”, los bolsones de arpillera que contienen los panes, son envueltos en mantas o telas para amortiguar el golpe de la caída y evitar que se quiebren. Para los bombardeos, el piloto es acompañado por un tripulante delgado que arroja los bultos (pueden ser menores de edad). Para hacerlo, recorre no más de cinco kilómetros de forma lineal, de ida y vuelta. Si quieren ir más allá, deben pensar en una pista de aterrizaje clandestina. Un dato de interés es que la droga encontrada en la avioneta que se accidentó en la estancia “La Hortensia” no tenían la cobertura protectora, por lo que, estiman que la aeronave iba a aterrizar en una zona cercana, o en el mismo lugar. En cuanto a las pistas, todas son precarias, en tierras que no tienen plantas de gran tamaño. Cuatro o cinco personas limpian el terreno, sacan las malezas y lo nivelan con picos y palas para que la avioneta aterrice. En casos más sofisticados, se hace ese trabajo con un tractor y una rastra. También pueden

utilizar caminos viejos o picadas realizadas por YPF y que fueron abandonadas. Aunque la mayoría de los aterrizajes se hacen de día, hay pilotos (como único tripulante en los aterrizajes) que aceptan realizar la proeza por las noches. Son denominados “kamikases” por el riesgo que asumen. Ese lugar donde la avioneta descenderá se marca con fuego. El tiempo entre el aterrizaje y el despegue en la pista clandestina no debe superar los seis minutos. Los narcos no quieren forzar los riesgos.

Bueno Domecq, falta poco para el amanecer y hasta los sonámbulos necesitamos dormir. Me despido con una anécdota que te va a interesar. En cierta oportunidad cayó una avioneta narco en su viaje de regreso, por supuesto ya no llevaba droga, pero se encontraron obras de arte robadas a un coleccionista privado. Linda forma de aprovechar el costo del flete. Chau».

Exultante, incapaz de guardarme esa información sin compartirla con alguien, le reenvié a Anahí todos los mensajes sobre los narco aviones, con la esperanza de que su instinto policíaco le permitiera aprovechar tantos cabos sueltos.

XXXVI. Cena para dos

No era habitual que un comisario invitara a cenar a un fiscal, menos aún si se trataba de una joven comisaria y la cena tuviera lugar en el departamento de ella, a solas. Pese a no estar plenamente convencido, víctima de sus contradicciones y llevado por su instinto,

Curinao se presentó a la hora indicada, llevando una botella de buen vino.

Anahí Aberanda, como el estereotipo del ama de casa que espera a su marido después de un día de trabajo, lo recibió luciendo un delantal de cocina. Lo hizo pasar, le agradeció el vino y lo invitó a que lo descorchara mientras ella traía el pescado de río que había preparado.

Luego de servir los platos, ya sentados frente a frente, Anahí propuso un brindis por el “trabajo en equipo”. En cuanto el fiscal arqueó las cejas, sin dejarlo poner en palabras su sorpresa, la anfitriona le dijo que tenía información, de distintas fuentes, sobre graves delitos que estaría cometiendo una organización encabezada por una de las vacas sagradas de nuestra patria.

El pobre Curinao estuvo a punto de desperdiciar el vino por las fosas nasales, pero se recuperó y salió del paso con un elegante: —La escucho.

A partir de ese momento, luego de anticiparle que muchas de las pruebas provenían de *hackeos* ilegales pero que, gran parte, luego habían sido confirmadas por Ernesto Lorenzo, la comisaria se tomó el tiempo necesario para exponer el verdadero papel protagónico de Hortensia Pereyra Anchorena en la férrea conducción de Magister, más allá de los funcionarios títeres, como su hijo Juanjo (CEO) y Santiago Craigson (presidente de esa empresa).

Luego de responder la inevitable andanada de preguntas del fiscal, Aberanda se explayó primero sobre el tráfico de drogas (recitales en River y Boca, narco aviones, lluvia de droga y aterrizajes en estancias de la familia, posibles vinculaciones con *Sendero*

Luminoso y el *Comando Vermelho*) y lavado de dinero a través del banco BCC, ex banco Ambrosiano de la logia masónica “*Propaganda Due*”.

Por último, se permitió señalar a cuatro testigos claves: el veterano Ernesto Lorenzo, seriamente disminuido por un ACV, su nieta Malinka , ex secretaria de Gustavo Craigson Benitez y asesora de su viuda, Monserrat Cambó. Otro testigo sugerido era Santiago Craigson, hijo de Gustavo y Monserrat. Finalmente, un testigo clave era el actual CEO de Magister, Juanjo Cruzz, hijo de Nazareno y Hortensia Pereyra Anchorena.

Sin embargo, esto que parecía tan fácil de exponer, implicaba un enorme desafío para el fiscal ya que, desde el punto de vista estrictamente legal, comenzaba con las manos vacías, sin pruebas válidas en juicio.

Luego de escuchar y repreguntar durante casi tres horas, sin dar indicios de qué iba a hacer con esa información, el fiscal Curinao solo se comprometió a leer la abundante documentación que la comisaria Anahí Aberanda le había enviado a su casilla de correo particular.

La mañana siguiente a su cena con el fiscal, Anahí me invitó a su despacho para contarme todo lo que habían conversado la noche anterior.

Como ignorábamos qué iba a hacer Curinao con la información aportada por la comisaria, acordamos continuar con nuestras investigaciones con la esperanza de encontrar pruebas admisibles en juicio.

Tal como Anahí había mencionado durante la cena de la noche

anterior, tenían identificados a cuatro testigos con información crucial sobre las andanzas de doña Hortensia: su hijo Juanjo, Santiago Craigson, Ernesto Lorenzo y su nieta Malinka. En nuestra búsqueda de datos comprometedores, yo tenía acceso a Malinka y su abuelo, y Anahí podía reunirse con Santiago. Sin embargo, ninguno de los dos tenía acceso a Juanjo Cruz. Fue entonces cuando recordé que si bien Lorenzo odiaba a Juanjo y toda su familia, Malinka solía aceptar las invitaciones a fiestas de parte de ese treintañero, siempre más cerca del playboy que del hombre de negocios.

Con la excusa de consultarla sobre la conveniencia o no de incluir ciertos hechos en las memorias de su abuelo, invité a Malinka a comer sushi en el restaurante instalado en el pintoresco paisaje del jardín Japonés.

Tras un atraso razonable, la nieta de Lorenzo ingresó a ese ambiente tranquilo, con iluminación tenue y decoración minimalista, donde no pocos comensales levantaron la vista para admirar a esa pelirroja de ojos verdes y sinuosas curvas. Acostumbrada a llamar la atención, Malinka atravesó el salón sin inmutarse y se sentó frente a mí, en la mesa previamente reservada.

Luego que una amable muchacha de rasgos orientales nos guiara por el menú, hicimos nuestro pedido y yo inicié la conversación. Si bien no me había tomado muy en serio el tema de las memorias de Ernesto Lorenzo, ya que priorizaba mi interés por sacarle datos comprometedores, de a ratos había bosquejado un borrador presentable que sometí a su consideración.

Realmente interesada, Malinka no solo me prestó atención sino que hizo aportes y sugerencias. Ya en los postres, tergiversando las

palabras de su abuelo, le pregunté si en el libro debía mostrar el odio y sed de venganza de su abuelo contra el clan familiar de Nazareno, Juanjo y Hortensia. Recién entonces la pelirroja me compartió su opinión al respecto. Juanjo no era una mala persona, era un tiro al aire, con mucha guita, que jugaba a ser un tipo rudo para satisfacer los requerimientos de su madre que quería formarlo a imagen y semejanza de su difunto marido, Nazareno.

Según Malinka, la mala de la película era Hortensia, nacida en cuna de oro, criada como heredera poderosa, que se había casado con Nazareno Cruzz de Hoz porque en aquel momento le garantizaba la impunidad propia del círculo rojo de la dictadura militar.

Además Malinka se atrevió a insinuar que tras las sospechosas muertes de Nazareno (ex CEO de Magister) y Gustavo Craigson Benitez (ex presidente de Magister) podía estar la mano negra de Hortensia, que ambicionaba el control absoluto del grupo económico que administraba el botín de la guerra sucia.

Cuando le pregunté sobre la muerte de Monserrat Cambó, la pelirroja respondió: « ¡Más de lo mismo! Monserrat y su esposo compartían muchos secretos de la familia de Hortensia Pereyra Anchorena».

Finalmente, me arriesgué a sugerirle que si su abuelo quería dañar la reputación de Hortensia, yo podía incluir en sus memorias comentarios o referencias que podían ensuciarla, como posibles vinculaciones con *Sendero Luminoso* o el *Comando Vermelho*.

En lugar de responderme, entre incómoda o sin ganas de seguir compartiendo su catarsis, Malinka miró el reloj, argumentó que tenía que irse, se levantó y se fue.

Mientras esperaba que me trajeran la cuenta, llamé a Anahí y le resumí lo conversado. Además de alegrarse por las confirmaciones, mi amiga me dio una buena noticia: Santiago Craigson había aceptado compartir una cena con ella para hablar de los cuadros desaparecidos que buscaba su padre. Por supuesto, se trataba de una fachada porque la verdadera razón era sonsacarle datos que pudieran comprometer a la siniestra Hortensia.

XXXVII. Fiscal Curinao

Con bajo perfil, sin comentarlo con Anahí Aberanda, el fiscal Curinao comenzó a investigar las denuncias de la comisaria contra Hortensia Pereyra Anchorena y la empresa Magister, poniendo énfasis en las posibles vinculaciones con las bandas narcos *Sendero Luminoso* y *Comando Vermelho*. Fue así que, entre las causas “cajoneadas” por el fiscal, ya jubilado, que lo precedió en los Tribunales de Morón, había un expediente en el que se denunciaban vuelos nocturnos desde el aeródromo de El Palomar supuestamente vinculados al narcotráfico.

Después de un largo rato de inevitable lectura legal, lo sorprendió descubrir que la empresa que había estado prestando servicios de vigilancia en ese aeropuerto era la misma que investigaba la comisaria Aberanda: Magister Seguridad Integral SRL.

Entusiasmado por el dato, Curinao buscó cuál era la compañía

aérea involucrada. Se trataba de “*New SW*”, perteneciente al mismo grupo empresario de la extinta aerolínea “*Southern Winds*”, tristemente famosa por el escándalo de las cuatro narco-valijas que llegaron a España con 60 kilos de clorhidrato de cocaína, que fueron despachadas en un vuelo sin pasajeros y llegaron al aeropuerto de Barajas con etiquetas que decían, “*Embajada Argentina en España*”, pero como nadie las retiró, las revisó la Guardia Civil española y encontró que contenían un envío de estupefacientes.

Dado que el caso de la aerolínea “*New SW*” no estaba prescripto y El Palomar estaba dentro de la jurisdicción del Departamento Judicial Morón, Curinao le pidió a su asistente fiscal que actualizara la información vinculada con el expediente de “*New SW*”.

El joven asistente, respetuosos, formal y prolijo, pálido, vestido con saco y corbata, se tomó su tiempo hasta encontrar otro caso similar y con algunos protagonistas repetidos. Se trataba de las 12 narco-valijas descubiertas en la embajada rusa, una trama de espías, diplomáticos y policías.

—Para la justicia argentina, esta historia tuvo su punto de partida en diciembre de 2016 cuando el embajador ruso *Viktor Koronelli*, llamó a nuestra ministra de Seguridad para decirle que tenía algo urgente para notificarle “en persona”—comenzó el joven abogado—. Ya frente a la ministra, el embajador ruso denunció que en un depósito anexo a la embajada habían encontrado 12 valijas tipo *carrier* llenas de cocaína. Los equipajes, habían sido embalados con papel, sogas y sello lacrado, tal como se despacha el inviolable correo diplomático. Dicho depósito anexo, al igual que la embajada, era formalmente territorio ruso y para la Justicia argentina, tenía el mismo estatus

inalienable que Moscú o cualquier lugar de la Federación Rusa.

— ¿Qué pasó después? —preguntó el fiscal Curinao.

—A pesar de las evidencias, las primeras detenciones en Argentina se producirían recién dos años después. Los detenidos fueron el policía de la ciudad Iván Blizniouk y su amigo Alexander Chikalo, empleado de “Magister Seguridad Integral SRL”, acusados de ser parte de la logística local del envío de droga a Rusia.

— ¿Encontraste vinculaciones con nuestro caso? —insistió el fiscal.

— ¡Sí, señor! Cuando llegaron a Moscú las 12 valijas cargadas con harina, en el marco de una entrega controlada, se hicieron las primeras detenciones, que sumadas a las de Blizniouk y Chikalo en Buenos Aires y la posterior difusión del caso hicieron estallar un escándalo internacional. Lamentablemente, desde un principio, la investigación de las autoridades argentinas quedó siempre irremediablemente condicionada a los datos que los rusos decidieran aportar.

— ¿Entonces?

— A pesar de ciertas vinculaciones con el *Comando Vermelho*, no se pudo o no se quiso identificar el origen de la cocaína, ni cómo pudo llegar a los dominios de embajada rusa sin que nadie se percatara en tiempo real, ni las cámaras del lugar captaran nada.

— ¿Eso es todo? —reaccionó el fiscal sin disimular que esperaba algo más concreto.

— ¡No, señor! Pasaron los años y, durante los tiempos de esplendor de El Palomar, cuando la misma empresa “Magister Seguridad Integral SRL” era responsable de la seguridad de ese

aeropuerto se repitió otro episodio de narco valijas pero que no llegó a las tapas de los diarios y cuyo expediente durmió por años en los estantes de los Tribunales de Morón, hasta hoy que lo desempolvé —contestó orgulloso y agregó—. Creo que vale la pena —agregó en tono confidencial.

Ante la posibilidad de que el resto del informe preparado por su asistente echara luz sobre alguna otra maniobra delictiva de Magister, el fiscal Curinao cerró la puerta de su despacho, le pidió a su secretaria que evitara pasarle llamadas y se dispuso a continuar su atenta escucha.

Fue entonces cuando el joven abogado intentó lucirse mediante una contundente introducción:

— Las autoridades judiciales reconocen que, desde hace varios años, el *Comando Vermelho* se instaló en Argentina. Se trata de la poderosa organización criminal brasileña que nació en las prisiones de ese país y tiene fuertes lazos con el tráfico de drogas y armas. Lo preocupante para nuestro país es que en los últimos años se dio un cambio en las rutas de tráfico internacional de marihuana y cocaína y esto estaría infectando Buenos Aires —argumentó el asistente fiscal.

— ¿Qué más contraste en ese expediente que había sido “cajoneado” por mi predecesor? —preguntó Curinao.

—Hubo un importante cargamento de droga, llegado por la hidrovía, que desde El Palomar salió hacia España, en un vuelo de “New SW”. Fue una operación que movió muchísimo dinero y su principal problema consistió en cómo reingresar al Brasil las enormes ganancias. Según el expediente, una pequeña parte habría salido de Argentina por el tradicional método de las mulas que cruzan la frontera

con valijas llenas de billetes, pero el grueso del dinero fue movido por transferencias de *criptomonedas*.

— ¿Qué pruebas hay?

—Entre otros documentos, el expediente incluye un informe de inteligencia emitido en junio de 2022 por la *Unidad de Información Financiera (UIF)* identificando a Marcelo Alves De Sousa y su pareja, Nally Pirez Diniz, como responsables de la transferencia de dinero a los miembros del *Comando Vermelho* a través de las sociedades que conformó junto a otros cómplices, entre ellos el ciudadano chino Ma Hai, acusado de lavar más de 5 millones de dólares. Ma Hai, de 54 años, oriundo de China, naturalizado en el país, vive hace más de 30 años en Argentina. Una vez que la Policía Federal lo detuvo en su oficina de la calle Oro, la justicia argentina le bloqueó varias cuentas en el *Exchange Binance*, pero -muy sospechosamente- no siguió investigado a Alves De Sousa y su pareja.

Al concluir la exposición de su asistente, el fiscal Curinao le agradeció y, ya en la soledad de su despacho, decidió profundizar el tema del lavado de dinero mediante billeteras virtuales y solicitó el asesoramiento de un experto en *Cyberdelitos, Criptoactivos y Blockchain*. Luego de consultar a la comisaria Aberanda, Curinao llamó a Flora A. Pizarnik, más conocida como Bytie.

Al día siguiente, la joven de pelo violeta se presentó en el despacho del fiscal Curinao y, como adelanto de su trabajo, le entregó un dossier impreso, que comenzaba con los siguientes datos: « Marcelo Alves De Sousa, acusado de lavar dinero para *Comando Vermelho* es titular de tres vehículos de alta gama: un **Volkswagen** modelo *Amarok V6 4x4*, año 2023, un *Mercedes Benz* modelo GLC

300 off road, del 2021, y la *Dodge RAM 1500 Laramie 4x4*, 2022. Su pareja, Nally Pirez Diniz, es propietaria de una *Toyota SW4 4x4 SRX 2.8 TDI 6 AT*, 2022. El matrimonio es titular de una caja de seguridad grande en la sucursal centro de la empresa *Hausler*, en donde resguardaría parte del dinero vinculado a la organización. Además tienen dos propiedades a su nombre, una en *Nordelta* y otra en *Parque Leloir*, muy probablemente compradas con fondos del cartel de drogas. Estas propiedades y la caja de seguridad son las principales pruebas en su contra».

XXXVIII. Comando Vermelho

En el despacho del fiscal, sentados frente a frente, estaban Curinao y la experta en criptoactivos. Él, siempre impecable, con el pelo corto, traje gris acero, camisa celeste y corbata azul. Ella, con su hirsuta cabellera violeta, anteojos redondos y ropa negra, holgada e informal.

Después de una breve introducción sobre el matrimonio acusado de lavar dinero para el *Comando Vermelho*, Bytie agregó:

—Además de las escrituras de las propiedades de *Nordelta* y *Parque Leloir*, compradas con dinero no declarado, la caja de seguridad podía ser otra prueba en contra de Marcelo Alves De Sousa y Nally Pirez Diniz. Sin embargo, luego del fallido intento de allanamiento a la caja de seguridad en *Hausler*, el matrimonio la vació, la cerró y no hay registros de que haya alquilado alguna nueva. Por lo

tanto, como en algún lugar deben tener cajas fuertes o bóvedas para ocultar cosas, imagino que pueden estar en esas dos propiedades y me pregunto por qué no las allanaron todavía —planteó Bytie.

—Es una excelente pregunta —comenzó Curinao, antes de devolverle la pelota—. Por un lado, ignoro por qué el fiscal anterior no pidió esos allanamientos. Y, por otro, espero que usted me aporte los elementos necesarios para presentarme ante el juez y solicitarlo.

—De acuerdo. ¿Le interesan los movimientos que este matrimonio hizo en *Mercado Pago*? —lo desafió la hacker de pelo violeta.

— ¡Por supuesto!

— Ok. Se lo leo y si le interesa le paso el archivo. Ninguno de los dos involucrados contaría con empleos declarados ni una actividad económica propia, a pesar de eso, en lo que va del año, Alves de Sousa cobró créditos por \$8.022.094,02, hizo pagos por \$6.850.077,60 y retiró el resto.

— ¡Excelente! ¿La cuenta sigue abierta?

— ¡Sí! Además, en diferentes entidades bancarias registraron ingresos y egresos de dinero sin justificación por 72.577.476 pesos y USD 303.210 t durante el período que va de enero a fines del mes pasado.

— ¿Algo más?

—Existen dos sociedades controladas por este matrimonio: *Buenos Aires Assessoria Empresarial LTDA* y *RCM Assessoria Empresarial*. Ambas registran numerosas transacciones financieras atípicas, de naturaleza sospechosa, no relacionadas con sus objetos sociales, radicadas en zonas fronterizas y portuarias, conocidas por

ser rutas de pasaje de drogas. Además, ejecutan depósitos de forma fraccionada, una estrategia conocida como *smurfing*, que es utilizada por las organizaciones criminales para no levantar sospechas sobre grandes montos. Esto es lo que pude descubrir anoche, pero tengo mucho más para investigar.

—Muy bien jovencita pero, además de pedirle que me envíe imágenes de todos esos documentos, tengo que hacerle una pregunta: ¿qué le digo al Juez cuando quiera saber de dónde salió esta información? —la interrogó Curinao mirándola seriamente a los ojos.

—En un caso similar, un fiscal de Rosario dijo que en un allanamiento había encontrado una serie de UBS y —casualmente- en uno de ellos estaba esa información.

Esforzándose para disimular su sonrisa, Curinao despidió a Bytie con un cálido apretón de manos.

En cuanto quedó solo en su despacho, el fiscal llamó al perito contable y le pidió que investigara a las dos sociedades recién mencionada por la experta en *cyberdelitos*.

Cuando ya finalizaba el horario laboral, el experto contable le mandó al fiscal un anticipo de su investigación. Tanto *Buenos Aires Assessoria Empresarial LTDA* como *RCM Assessoria Empresarial* servían de fachada a una vasta red de establecimientos en barrios residenciales, sin empleados, pero con movimientos financieros millonarios, que podrían indicar una enorme red de lavado de dinero.

De inmediato, el fiscal le informó a su equipo que debían quedarse a hacer horas extras hasta dejar listo el pedido de allanamiento, respaldado por copias de centenares de comprobantes.

Además, para no dejar nada al azar, esa misma noche le pidió al Juez que lo recibiera a la mañana siguiente, en cuanto llegara a su despacho, para tratar el caso: *Comando Vermelho*.

Bien temprano, intrigado por el escueto anticipo del fiscal y entusiasmado por la oportunidad de enfrentar un caso resonante, el Juez llamó al fiscal para que se presentara en su despacho.

Ni aún con un exceso de optimismo, el Juez podría haber imaginado una presentación tan contundente, respaldada por cientos de copias de comprobantes. En silencio, durante más de un cuarto de hora, el Juez leyó todos los considerandos y ordenó el allanamiento de la propiedad en *Parque Leloir*, pero no la de *Nordelta* porque temía filtraciones al dar intervención al Departamento Judicial de San Isidro.

Pocas horas después, lo más rápido que le fue posible, el fiscal Curinao, munido de la orden judicial y respetando hasta los más mínimos detalles procesales, se presentó en la finca del matrimonio brasileño en *Parque Leloir* y, acompañado por las fuerzas de la Policía de la Provincia de Buenos Aires bajo las órdenes de la comisaria Anahí Aberanda, procedió al allanamiento de la morada.

Luego de abrir la caja fuerte instalada dentro de una bóveda de seguridad con acceso restringido, mientras sus colaboradores guardaban en cajas prenumeradas la documentación y los dispositivos encontrados, Curinao no pudo resistirse a la tentación de ir leyendo algunos de esos papeles.

Entre tantos otros hallazgos, el fiscal encontró una libreta con las claves de acceso a las cuentas virtuales con las que el matrimonio brasileño había reemplazado las cuentas bancarias que les fueran bloqueadas por el banco Central.

Ya en su despacho, Curinao se dio el gusto de monitorear en tiempo real la impresionante carga de los datos obtenidos en el allanamiento. A continuación, se concentró en desentramar un elaborado sistema de operaciones financieras ilegales, utilizadas para introducir sumas millonarias en el circuito comercial de nuestro país. Estas acciones consistían fundamentalmente en depósitos, transferencias, cambio de divisas, créditos mutuos y operatorias con poderes certificados por notarios de confianza del núcleo criminal. Con estas herramientas legales el cabecilla de la organización (Marcelo Alves De Sousa alias “*El Jefe*”), autorizaba a operar en su nombre a “testaferros”, tanto en compra venta de bienes muebles como inmuebles (empresas, viviendas, terrenos, etc.) alejando de esta forma su responsabilidad sobre el patrimonio, sin dejar de ser su dueño.

A su vez, según los registros contables de la empresa *Buenos Aires Assessoria Empresarial LTDA*, los socios de Marcelo Alves De Sousa y Nally Pirez Diniz, que aportaron capitales millonarios, eran personas con antecedentes en tráfico de drogas y contrabando. También había prestanombres que vivían en barrios humildes, como así también deudores incobrables del sistema financiero. Además, gran porcentaje de los aportes se realizaban con dinero en efectivo, desde sucursales bancarias de Puerto Iguazú, cercana a la denominada zona de *Triple Frontera*, en la que opera *el Comando Vermelho*, circunstancia que parecía acreditar su origen marginal.

No obstante, el dato más significativo surgió del registro de accionistas de la otra empresa que controlaba el matrimonio brasileño: *RCM Assessoria Empresarial*. En este caso, un 25 % del paquete accionario estaba en poder de Magister y otro 25% pertenecía al

Banco BCC. Es decir que, en Argentina, el gigantesco grupo narco *Comando Vermelho* estaba asociado con dos empresas que obsesionaban a la comisaria Aberanda.

Por último, antes de terminar una jornada tan productiva, el fiscal Curinao preparó su presentación al juez, solicitando trabar embargo en todas las cuentas bancarias, inhibición de todos los bienes, congelamiento y bloqueo de cuentas de criptomonedas del grupo económico, como así también propuso la clausura de las oficinas ubicadas en el Microcentro Porteño utilizadas para el intercambio ilícito de *Cryptoactivos* y/o Divisas Extranjeras.

XXXIX. Billones

Cuando se comprobó que Marcelo Alves De Sousa y Nally Pirez Diniz, acusados de lavar dinero para el *Comando Vermelho*, tenían 185 millones de dólares en *criptomonedas*, la Justicia dispuso un embargo por 4 billones de pesos. El insólito monto embargado convirtió a esta sentencia en un acontecimiento mediático en cuyo epicentro estaba el fiscal Curinao.

Como era de esperar, Curinao también quedó en la mira de los poderosos damnificados.

En Morón, alrededor de las 9 de la mañana, utilizando la llave de acceso provista por su patrón, la empleada doméstica que se ocupaba de la limpieza ingresó al departamento de Curinao. Cuando quiso entrar al baño encontró la puerta entreabierta, la empujó pero algo le

impedía abrirla. Se asomó y descubrió un charco de sangre. Miró por la bisagra de la puerta y vio que era el cuerpo del fiscal. Muerto, con un balazo en la cabeza, Curinao yacía junto a una pistola calibre 22 y una vaina servida.

Con el tiempo, la Justicia Federal dio por probado que no fue un suicidio sino un asesinato, pero no pudo determinar quién lo hizo y por qué.

A partir de ese momento, la causa contra de *Comando Vermelho* fue pasando de mano en mano y permanece cajoneada hasta ahora.

Mientras tanto, la mafia argentino-brasileña implicada en aquel gigantesco lavado de dinero, no se dio por satisfecha con la muerte del fiscal sino que su ajuste de cuentas alcanzó a su asesor contable y a la experta en *cyberdelitos* (Bytie) quienes murieron en extrañas circunstancias.

Aunque la Justicia no lograba encontrar vinculaciones entre esas tres muertes, tanto Anahí como yo sabíamos que podíamos ser las próximas víctimas.

Conscientes de que después de aquel espectacular allanamiento la comisaria había quedado expuesta ante los narcos, sus superiores le concedieron una licencia para desaparecer por un tiempo, con sus hijos.

En cambio, yo no tenía a nadie que se preocupara por mí. Oficialmente mi nombre nunca había estado vinculado a la investigación del *Comando Vermelho*, pero –además de ser el contacto entre Bytie, la comisaria y el fiscal- yo había estado haciendo demasiadas preguntas sobre el banco BCC, Magister, su CEO (Juanjo Cruz) y la madre de éste (doña Hortensia Pereyra Anchorena), todos

vinculados al lavado de dinero para los narcos.

« ¡Qué vida de mierda! Tengo que rajarme pero no sé adónde» — mascullaba sentado en una silla de la cocina mientras calentaba el agua para el mate y Negro me miraba con compasión. Había dormido mal, siempre alerta, recordando la trágica muerte de las tres víctimas de los sicarios brasileños. Hacía rato que me había levantado, pero recién ahora el traqueteo de los primeros colectivos y el canto de los zorzales anunciaban el amanecer.

«No puedo quedarme en Castelar ni en el país» —estaba pensando cuando recordé lo bien que la habíamos pasado con Leonor en Colonia del Sacramento. De inmediato, sin pensarlo dos veces, busqué los horarios de *Buquebus*, hice la reserva y empecé a preparar la valija. Además, presté atención a que mi vecina diera señales de estar levantada para pedirle que se ocupara de Negro.

A media tarde, reconfortado por el típico sándwich chivito uruguayo que compré a bordo y acompañé con una *Pilsen* bien helada, desembarqué en Colonia dispuesto a buscar alojamiento. Consulté el sitio web de la oficina de turismo y, en base al precio y la ubicación, opté por una modesta posada de estilo colonial, con vista al río y, muy importante, con WiFi gratuita en todas las instalaciones.

Una vez instalado, decidí recorrer el casco histórico que no había vuelto a visitar después de enviudar. Pasaron las horas y, ya cansado de caminar me senté en el murallón para disfrutar del atardecer que enrojecía el Río de la Plata. El azul del cielo había tornado a naranja, luego a rosa tenue y más tarde a púrpura. Mientras esperaba que aparecieran las primeras estrellas, extrañé a Leonor. Desde su muerte mi vida carecía de sentido, me aferraba a efímeros logros que, como

gotas de agua, se escurrían entre mis dedos y pronto terminaba con las manos vacías.

— ¡Hola mi amor! —de pronto apareció la voz atemporal del amor de mi vida.

— ¡Justo estaba pensando en voz!

— ¡Gracias! Yo no hago otra cosa que pensar en voz en un vano intento por cuidarte, pero no me la hacés fácil —me regañó—.

¿Siempre metiéndote en problemas?

—Yo no los busqué, los problemas aparecieron en medio de mi investigación. Pero ya fue y ahora estoy confinado en la Banda Oriental.

—Siempre hay un lado positivo. Me parece que tu historia con los narcos brasileños tiene más gancho que el tema de la falsificación de cuadros—sugirió la voz evanescente de Leonor.

—No entiendo—dije

—Digo que un libro sobre *Comando Vermelho* tiene más gancho que tus entuertos con obras de arte. Ergo: ¿no pensaste en escribir sobre lo que descubriste en los últimos meses?

— ¿Querés que termine como Curinao y sus asesores? — reaccioné con un énfasis que debió ofenderla porque dejó de hablarme.

Luego de desahogarme con una larga puteada al inmenso río, revisé mi celular, para ver si mis pocos amigos habían tomado nota de mi nueva dirección de correo, luego de haber dado de baja la que usaba habitualmente y que se había vuelto peligrosa.

Cuando esperaba noticias de Anahí, me encontré con un mensaje de Ariel:

«Ariel Tello/ Interpol:

Querido amigo, lamento que hayas tenido que exiliarte. Pero, por esas cosas del Destino, ya que estás en Uruguay podrías ayudarme con un serio problema que tengo que enfrentar. El cuadro “Bailarina”, de Degas, robado del MNBA y que recuperamos hace unos meses en la Zona Franca Colonia, acaba de ser revisado por un experto de Interpol quien considera que es falso. Te imagino estupefacto, con la boca abierta, repitiendo las mismas preguntas que me hago yo: ¿se equivocó el perito uruguayo que certificó la autenticidad? O, de lo contrario, ¿cómo, quién y dónde pudo sustituir la obra autenticada unos pocos días antes? Lo cierto es que yo acabo de regresar a París y mis superiores no me autorizan un nuevo traslado a Uruguay para investigar “in situ”. Por eso, me gustaría que me dieras una mano. Abrazos».

«Domecq,

No lo puedo creer. Después de cuarenta años logramos recuperar el Degas y en cuestión de días vuelve a desaparecer!!!».

«Ariel Tello/ Interpol:

No solo desapareció sino que lo sustituyeron por una muy buena copia».

«Domecq,

¿Qué pasó? ».

«Ariel Tello/ Interpol:

Nadie tiene la menor idea. ¿Qué te parece si te llamo para una videoconferencia y charlamos tranqui».

«Domecq,

En estos momentos no estoy en mi alojamiento y acá no tengo buen WiFi. Si te parece, mandame un mensaje de audio y dentro de media hora lo escucho y te contesto».

«Ariel Tello/ Interpol:

Como recordarás, las autoridades uruguayas allanaron la Zona Franca Colonia, abrieron los bultos registrados a nombre de Magister & Wildestein y descubrieron un Degas similar al robado del Museo Nacional de Bellas Artes. Al día siguiente el renombrado perito uruguayo Wilson Suarez confirmó la autenticidad. Su certificación dice textualmente: “Bailarina”, de Degas, pintura pastel sobre cartón de 46 x 49,5 cm, idéntica a la robada del MNBA, en 1980, presenta en el dorso un número de inventario compatible con el de ese museo argentino. Como hay otros indicios promisorios considero justificado pasar a la siguiente etapa de autenticación: el análisis científico”.

Días después, el mismo perito, Wilson Suarez (ex miembro del staff de Sotherby´s), luego de hacer el correspondiente análisis dictaminó: “Las pruebas científicas en base al análisis de los pigmentos son más efectivas para descartar que para aceptar, en consecuencia nuestras pruebas no nos permiten demostrar la autenticidad, pero sí refutarla.

Teniendo esto en cuenta, podemos afirmar que el análisis que acabamos de realizar a la pintura pastel, titulada “Bailarina”, y atribuida a Edgar Degás, coincide exactamente con los registros que nos hiciera llegar el MNBA”.

Cualquier duda, llámame».

XXXX. Falsificadores

A la mañana siguiente, mientras desayunaba mirando al río, recibí otro mensaje de Ariel:

«Ariel Tello/ Interpol:

Según la policía uruguaya el recorrido del Degas después de la certificación fue el siguiente: de la Zona Franca Colonia, el cuadro fue trasladado a una bóveda del Banco Citi de Uruguay en espera de la autorización legal, diplomática y aduanera para restituirlo al museo argentino. Finalizada la parte burocrática, el Degas fue trasladado hasta el aeropuerto de Montevideo donde permaneció una noche en espera de la llegada del perito de Interpol que debía confirmar la autenticidad de la obra antes de ser repatriada. Al día siguiente, nuestra experta Melina Castro, una perito profesional con una irreprochable reputación internacional fruto de más de diez años de trabajo en Sotherby’s, revisó la obra y dictaminó que era falsa».

Luego de releer el mensaje de Ariel, le formulé mi primera pregunta:

«Domecq,
¿Cómo fueron esos traslados?».

«Ariel Tello/ Interpol:

En ambos traslados se utilizó un camión blindado, de los usados para transporte de caudales y la policía motorizada custodió el camión con su carga millonaria en dólares».

«Domecq,

¿Cómo fue la custodia del cuadro durante la noche en el aeropuerto?».

«Ariel Tello/ Interpol:

En una caja de madera acondicionada especialmente, el Degas quedó bajo responsabilidad de las autoridades del Aeropuerto Internacional de Colonia "Laguna de los Patos" más una custodia privada contratada especialmente. ¿Otra pregunta?».

«Domecq,

Como no aparecen puntos débiles y hay millones de dólares en juego, supongo que habrá que empezar de nuevo, desconfiando de todos y

cada uno de los que tuvieron acceso al Degas, desde que la policía uruguaya allanó la Zona Franca Colonia hasta que la experta de Interpol cuestionó la autenticidad. ¿Vos que pensás?».

«Ariel Tello/ Interpol:

Estamos frente a dos delitos concurrentes y cada uno requiere habilidades distintas. Una cosa es robar y otra cosa es sustituir. El primero es trabajo de ladrones, pero el segundo exige la participación conjunta de un gran artista, capaz de copiar un Degas, más un mago capaz de remplazar el cuadro original por uno falso, casi a la vista de todos. Además, en este caso, el falsificador tuvo que pintar la copia del Degas en tiempo récord».

«Domecq,

Parece un caso de “Misión imposible”».

«Ariel Tello/ Interpol:

Disculpame pero no estoy para bromas. Mis jefes están recalientes con nuestros colegas de Uruguay porque a alguien se le escapó la tortuga. Yo no tengo elementos para sospechar de nadie y, esto es lo más importante, estoy muy lejos. Por eso quería contratarte».

«Domecq,

¿Contratarme?».

«Ariel Tello/ Interpol:

Sí. Para que me informes todo lo que puedas averiguar, por supuesto sin mencionar que trabajás para nosotros».

«Domecq,

¿Entonces es en negro?».

«Ariel Tello/ Interpol:

Interpol es tan burocrático como cualquier organismo internacional, pero yo puedo pagar viáticos de 100 dólares diarios para trabajos de campo. ¿Te parece bien?».

«Domecq,

Está bien. Además, me ayuda a no pensar en mis problemas».

«Ariel Tello/ Interpol:

Necesito recibir un informe diario, pero en mi dirección de email personal, sin copia a nadie».

«Domecq,

Necesito hablar con la perito de Interpol que dictaminó la falsedad del Degás, ¿cómo me presento?

«Ariel Tello/ Interpol:

Decile que sos un viejo amigo y mentor, y que yo te pedí que la consultaras personalmente, para no comprometerla de forma oficial».

Terminado el intercambio de mensajes, me comuniqué con Melina Castro y quedamos en vernos esa misma tarde, ya que al día siguiente ella regresaría a Montevideo. Aprovechando que en Colonia todo está cerca, salí de la posada con tiempo y caminé junto a la orilla del río hasta el Casco Histórico donde, en un lugar con una vista privilegiada, estaba el Café del Puerto.

Para mi sorpresa, pese a que llegué a la hora acordada, sentada al aire libre a la sombra de unos añosos sauces llorones, ella ya estaba esperándome.

Melina Castro era una de esas mujeres de edad indefinida que están por jubilarse pero siempre lo postergan un poco más. Era delgada, con un cutis cuidado y una prolija melenita entrecana. Tenía una breve sonrisa y vestía una blusa blanca de manga larga con una larga pollera floreada de colores pastel. Luego de que el mozo tomara nota de los dos tostados mixtos, un té con jengibre y un café doble, mirándome a través de sus anteojos de marco blanco, tipo Victoria Ocampo, empezó a hablar del mundillo del arte rioplatense. Así fue que, pronto, encontramos una amiga en común, la siempre recordada Patricia Martín García.

Ya entrando en tema, la funcionaria me comentó que había oído algo extraño pero nadie pareció prestarle atención.

—La escucho —dije a falta de una frase mejor.

—El día de la llegada de la pintura desde la bóveda del banco hasta el depósito aeroportuario, propuse efectuar mi revisión al momento de la recepción del cuadro, sin embargo me derivaron a la mañana siguiente, una hora antes de la salida del vuelo. Esto que

parecería natural en otro ámbito, no lo es cuando se trata de revisar la autenticidad de una pintura valuada en millones de dólares.

— ¿Entonces, qué pasó

—Pasó que, pese a tener que trabajar contra reloj, descubrí que esa tela no era el original de la “*Bailarina*”, de Degas, sino una copia.

— ¿Qué fue lo que más le llamó la atención? —pregunté.

—Disculpe, pero estoy bajo secreto de sumario —respondió Melina.

—De acuerdo, dejemos el caso y hablemos de generalidades. ¿Recuerda algún famoso falsificador de Degas?

— En la historia de la falsificación hubo grandes artistas que lograron pintar excelentes copias de Degas. El más famoso fue el húngaro *Elmyr de Hory*, uno de los falsificadores más prolíficos de la historia. Antes de la ocupación alemana, llegó a París e intentó convertirse en un artista de renombre, hasta que una multimillonaria se fijó en una pintura de su autoría pero inspirada en Degas. *De Hory* se la vendió como un Degas auténtico y así comenzó su carrera en el mundo de las falsificaciones. Otro genio de la falsificación fue *Wolfgang Beltracchi* quien falsificó decenas de cuadros y logró venderlos a los más reputados coleccionistas, marchantes y expertos en arte. Se especializaba en copiar obras de Degas, con bailarinas, y de otros impresionistas, especialmente retratos de mujeres. Sin embargo, aunque alguno de estos genios estuviera vivo, jamás hubiera podido reproducir “*Bailarina*” en un par de días.

— ¿Acaso sería más factible que el Degas encontrado inicialmente en la Zona Franca Colonia no fuera el original sino una copia, ya fuera pintada por *Elmyr de Hory* u otro genio de similar

talento? —pregunté.

—Eso creo —respondió Melisa.

—Esa hipótesis implica que el experto uruguayo Wilson Suarez habría certificado una autenticidad que no era —continué razonando y Melisa solo atinó a arquear las cejas y encogerse de hombros.

—Si me permite seguir pensando en voz alta, debería preguntarme si solo se trató de un error o hubo complicidad:

— ¡Pare, pare! Yo jamás dudé, ni voy a dudar, de la honestidad de mi colega —reaccionó la experta de Interpol.

—Lo cual solo nos deja la posibilidad del error —aventuré.

—Tampoco creo en la posibilidad de un error —insistió la mujer, mirándome a los ojos.

—Entonces, dando por sentado que usted está en lo correcto, la conclusión sería: el Degás que examinó Wilson Suarez era el original, sin embargo un par de días después el cuadro que usted examinó era falso.

—Correcto

—Entonces, volviendo al principio, estamos ante una sustitución.

—Eso creo —comenzó Melina—. Pero, entre el examen de Wilson Suarez y el mío, no hubo tiempo para que alguien falsificara un Degás, con semejante perfección.

— ¡Entonces la copia ya estaba pintada! —exclamé.

—Esta alternativa genera más preguntas. Además, de la inicial: ¿quién pudo pintarla?, ahora se agrega: ¿para qué tener pintada una genial copia de Degás?

XXXXI. Exilio forzoso

Al atardecer, cuando el día agonizaba, regresé a la posada junto al río. Lamentablemente, un cielo encapotado, con espesos nubarrones, me impidió disfrutar otra puesta de sol. Saqué una *Pilsen* del expendedor y me senté en un sillón, debajo de los sauces llorones, con la esperanza de divisar los primeros relámpagos sobre la inquieta superficie del agua.

Si bien estaba satisfecho por la charla mantenida con Melina, había preguntas que seguían dando vuelta en mi cabeza. Llevado por un impulso, ingresé a la página de Interpol para buscar falsificaciones de Degas y enseguida aparecieron *Elmyr de Hory* y *Wolfgang Beltracchi*. Un dato que no había mencionado Melina era que este último no solo se especializaba en copiar obras de Degas, con bailarinas, sino también de Renoir, en especial escenas de mujeres con niños.

Al leer este párrafo, recordé que era la misma temática del “*Gabrielle et Coco*”, de Renoir, robado en 1980 del MNBA y reemplazado por una copia que se chamuscó en el sospechoso incendio del depósito de “*Magister & Wildestein*”, en Castelar. Fue entonces cuando mi imaginación de novelista elucubró una ficción: « ¿Y si los ladrones del MNBA no solo hicieron copia del Renoir, sino también del Degas y, por qué no, de otros de los cuadros que habían robado? ».

Sorprendido por mi propia pregunta, la compartí con Ariel Tello:

«*Jorge Domecq,*

Tuve una buena charla con la persona que me recomendaste, pero

estaba limitada por el secreto del sumario. Por lo tanto estoy siguiendo mis propias ideas locas. Por ejemplo: ¿Y si los ladrones del MNBA hicieron copias falsas de muchos de los cuadros que robaron?».

La respuesta del agente de Interpol fue tan rápida como perturbadora:

«Ariel Tello / Interpol:

¿Estás pensando en un nuevo Valfierno? Supongo que recordarás a ese argentino que en 1911 robó “La Gioconda” y la mantuvo escondida durante dos años. Mientras las policías de todo el mundo buscaban la pintura de Leonardo da Vinci, Valfierno pintó cuatro copias. A partir de ahí concretó la estafa más colosal e impune de la historia del arte. Contactó a millonarios coleccionistas compulsivos y les vendió “La Gioconda” en cifras siderales, argumentando que se trataba del original robado del Louvre. Hasta se arriesgó a dar detalles del robo que aún no habían sido divulgados por las autoridades. Luego de vender cuatro copias de su falsa “Mona Lisa”, Valfierno liberó el original robado».

Al leer el nombre de Valfierno me cayó la ficha. Era una vieja historia que creía olvidada pero subyacía en algún pliegue de mi memoria. Preso de una extraña ansiedad, mi impulsiva respuesta fue una pregunta:

*«Jorge Domecq,
¿Por qué no?».*

«Ariel Tello / Interpol:

Obviamente, teniendo los originales como modelo, con tiempo suficiente y los materiales necesarios, uno o más buenos copistas podrían haber falsificado varias de las dieciséis obras robadas del museo porteño. La pregunta sería quién y para qué habría pagado las copias. Extrapolando, con la misma lógica, si a nivel mundial hubiera habido falsificación masiva de reconocidas obras artísticas y hubieran logrado engañar a prestigiosos museos o importantes colecciones privadas, ya no sabríamos qué es original y habría que reescribir la historia del arte. En fin, querido amigo, quizás todo sea posible en el mundo del arte falso. Ver adjunto».

Aún sin terminar de asimilar esta inquietante hipótesis, decidí leer el adjunto que Tello acababa de enviarme:

“El mercado de obras de arte falsificadas en la Argentina. (Fuente: Departamento de Protección del Patrimonio Cultural de Interpol). El secuestro, en agosto de 2022, de 450 obras de arte falsificadas que se vendían en internet por un monto que superaba el millón de dólares, se transformó en el operativo más grande llevado adelante por Interpol en la Argentina. Los cinco involucrados fueron: El organizador, el encargado de colocar las obras a la venta en redes; el que hacía los certificados falsos, quien ensamblaba los cuadros y los que propiamente reproducían obras con la intención de hacerla pasar por original. A uno de los involucrados, que ya había sido detenido en 2015, se le secuestraron 230 obras falsas, más una máquina para encuadrar, certificados de autenticidad firmados en blanco y máquinas de escribir con distintas tipografías para completar esos falsos documentos. Algunos de los compradores eran argentinos y otros

provenían del exterior, todos cedieron ante la oportunidad de adquirir un cuadro que tenía certificado de autenticidad, a un precio más que razonable. Argentina es uno de los países donde se falsifica mucho arte y por donde pasaron célebres falsificadores como Elmyr de Hory” —leí con sorpresa esta nueva mención al excéntrico personaje que durante 1962 paseaba por la avenida Alvear en su Rolls Royce y visitaba galerías de arte ostentando su monóculo de oro.

Luego de fantasear sobre la posibilidad de llamar a Melina para debatir esta alocada hipótesis, seguí leyendo el documento de Interpol:

“En aquella época, muy pocos sabían que Elmyr de Hory era el más famoso falsificador de arte moderno, que dejó en todo el mundo cientos de obras de Degás, Renoir, Matisse, Picasso, Modigliani, Chagall y Gauguin. Sus obras estuvieron colgadas en los grandes museos del mundo, y nunca fueron realmente cuestionadas hasta 1968, cuando de Hory se peleó con los socios que se encargaban de las ventas y lo denunciaron. Sin embargo, logró quedar libre y ellos fueron presos. Ganó 35 millones de dólares con sus falsificaciones, aunque el fisco le calculaba más de cien millones”.

En ese preciso momento, otra loca idea pasó por mi cabeza y, sin filtro, se la compartí a Tello, via mensaje de WhatsApp:

«Jorge Domecq,

Según el documento que me enviaste hoy, el famoso falsificador Elmyr de Hory vivió e hizo negocios en nuestro país. Partiendo de ese dato, imaginé que él podría haber pintado copias de los cuadros robados del MNBA. Sin embargo, como el robo fue en 1980 y de Hory murió en

1976, este falsificador no tuvo oportunidad de copiar los cuadros después de robados. Descartada esta hipótesis, quisiera avanzar en la otra alternativa: Elmyr de Hory estuvo en Buenos Aires en 1962 y para esa época los mencionados dieciséis cuadros aún no habían sido donados al MNBA. Es decir que todavía estaban en poder de la aristocrática familia propietaria de esas obras de arte. Pregunto: ¿Es muy loco suponer que una millonaria como Mercedes Santamarina, que va donar sus dos Renoir, dos Degas, un Cézanne, un Matisse, etc., decidiera contratar al mejor copista de la época para mitigar la pérdida de esas maravillosas obras de arte, buscando consuelo en las excelentes copias realizadas por Elmyr de Hory?».

Para mi sorpresa, pese a que en París era más de medianoche, Ariel me respondió:

«Ariel Tello / Interpol:

Después de un día estresante, a mis neuronas le cuesta distinguir entre ficción y realidad. Por eso, quiero que me confirmes si me enviaste la trama de tu futura novela o realmente pensás que la familia Santamarina pudo haber contratado a un falsificador para hacer copias de su colección antes de donarla al museo. Además, en tren de fantasear, esa familia podría haberse quedado con los originales y donado las copias. Nota: Si bien te pedí un informe diario, no es necesario que me cuentes todas las locuras que pasan por tu cabeza. Ahora me voy a dormir. ¡Chau!».

XXXXII: FINAL

Era una noche oscura y tormentosa, sin Luna ni estrellas. El viento soplaba con fuerza, agitando los árboles cercanos al río, cuyas hojas gemían como si temieran ser arrancadas de cuajo. El río, antes sereno y tranquilo, empezó a encrespase por el viento y por las pesadas gotas que golpeaban su superficie. Un trueno retumbó en el horizonte con un estruendo profundo. De manera intermitente, los relámpagos iluminaban el paisaje de un río embravecido. La lluvia fue convirtiéndose en un torrencial aguacero y las hojas de los árboles se inclinaban bajo el peso del agua.

Detrás de los vidrios de mi habitación, mientras contemplaba la fuerza de la naturaleza, reaccioné mal frente al último mensaje de Ariel, en el que se refería a mi locura.

« ¡No estoy loco! » —me dije—. « No es mi culpa si la realidad se presenta de manera tan inverosímil y novelesca que parece pura ficción ».

Llevado por un impulso irreprimible, comencé a buscar información sobre la cadena de custodia de la caja que contenía el valioso Degas.

El trayecto desde la bóveda del banco Citi hasta el depósito aeroportuario había sido realizado en un camión blindado, custodiado por un par de policías en moto. Una vez en la estación aérea, la caja y su valioso contenido quedó a cargo de la vigilancia del aeropuerto. Mi primera sorpresa fue que la Policía Aeronáutica Uruguaya solo custodia el movimiento de personas, mientras que el movimiento y almacenaje de mercaderías es un servicio privatizado, a cargo de “MSU”.

Intrigado por esas iniciales, busqué la información societaria y casi me caigo de la silla. Eran las siglas de “*Magister Seguridad Uruguay*”, la filial del Grupo Magister.

En una mezcla de excitación y descontrol, abrí la ventana y dejé que las ráfagas de viento húmedo me azotaran hasta despejar mi mente.

Ya no podían ser casualidades, se trataba de “realidades conducentes”. La mano negra de Magister, seguía traficando obras de arte, en ambas márgenes del Río de la Plata, sin importar si eran pinturas auténticas o falsificadas.

Harto de arriesgar mi vida jugando al superhéroe, tomé la mejor decisión de los últimos años: « ¡basta para mí! » —me ordené a mí mismo.

Sin darme tiempo para pensarlo mejor y evaluar la posibilidad de cambiar de opinión, le escribí a Ariel Tello un minucioso informe sobre la mafia de Magister, la “*Triple A*”, la logia masónica “*Propaganda Due*”, el banco BCC, *Sendero Luminoso*, *Comando Vermelho*, Ernesto Lorenzo, el asesinato del fiscal Curinao y sus asesores, el siniestro matrimonio de Nazareno Cruzz de Hoz y Hortensia Pereyra Anchorena, etc.

Para finalizar mi pormenorizado relato, ensayé una frase contundente: «Querido Ariel, hasta acá llegué. El resto es tarea tuya, de Interpol, de la Justicia Uruguaya o de la Justicia Divina».

Sin más, resignado al ostracismo, me metí en la cama esperando dormir un sueño sin arrepentimientos, un sueño donde no me preguntara si las cosas podrían haber sido distintas. Estaba dispuesto a soñarme monitoreando el lento avance de las causas

judiciales vinculadas con mi denuncia a Interpol, siempre y cuando — como contrapartida- me fuera permitido disfrutar el infalible castigo de la opinión pública contra los intocables caídos en desgracia: en este caso Hortensia Pereyra Anchorena.

Pasó el tiempo, hasta que -desde el más allá- reapareció la voz de Leonor—. ¿Cómo estás mi amor?

— ¡Hola! Estoy vivo y no es poco —respondí.

—Parece que encontraste tu lugar en el mundo.

— ¡No exageres! Estoy muy bien en Colonia pero mi lugar en el mundo sigue siendo Castelar.

—Tu investigación terminó tan abruptamente que me quedaron muchos cabos sueltos...

— ¿Cuáles?

— ¿Qué pasó con doña Hortensia?

—Tengo que reconocer que la Justicia Uruguaya fue más expeditiva que la nuestra —comencé a responder—. En cuanto Interpol les informó que el Degas original había sido robado y sustituido por una copia estando en custodia, bajo la exclusiva responsabilidad de “Magister Seguridad Uruguay”, la policía uruguaya indagó a todo el personal involucrado y los exprimieron hasta que alguno confesó. A partir de ahí, la causa avanzó rápido porque la presidencia de Magister Uruguay está a cargo de Hortensia Pereyra Anchorena, quien resultó imputada con serios cargos. Recién entonces, un fiscal argentino pidió acceder al expediente para investigar hechos similares ocurridos en nuestro país. Desde entonces, deslizándose pendiente abajo, la bola de nieve avanzó y

creció sin parar —resumí.

— ¿Y los otros sospechosos: Juanjo Cruzz y Santiago Craigson?

—Resultaron ser un par de testaferros. Sin embargo, cuando Juanjo supo que lo esperaba la cárcel, se quebró y confesó que solo ostentaba cargos pomposos pero sin autoridad para tomar decisiones. En su afán de despegarse de los delitos, Juanjo aportó la clave de una caja de seguridad con documentación que comprometió definitivamente a su madre.

— ¿Se aclararon las muertes de Gustavo Craigson Benitez y Monserrat Cambó? —preguntó Leonor con su voz evanescente.

—Cuando Gustavo estaba por caer preso, Hortensia temió que la delatara y aprovechó el allanamiento al depósito de Castelar para eliminarlo y de paso quemar las evidencias y pruebas.

— ¿Y Monserrat?

—Más de lo mismo. Hortensia supuso que la viuda conocía los secretos de su marido y también la silenció —respondí.

— ¿Y las vinculaciones con los narcos?

—Hortensia también está imputada como responsable del tráfico de cocaína escondida en las alfombras de las canchas de River y Boca, lo que la convierte en la titiritera detrás de los crímenes que estuvimos investigando. Además, el juez solicitó el testimonio de Ernesto Lorenzo, único testigo vivo de ese caso.

— ¿Qué fue de la vida de Aberanda?

— Sigue en uso de licencia, oculta, esperando que todo termine para poder retomar su vida normal.

— ¿Se descubrió al falsificador del Degas?

—No. Todo parece indicar que fue el mismo que falsificó el

“*Gabrielle et Coco*” de Renoir, pero esas copias pudieron haber sido pintadas hace mucho tiempo y, en materia judicial, es un delito prescripto, apenas una anécdota curiosa.

— ¿Y ahora, qué vas a hacer?

—No tengo la menor idea. Aunque me seduce la vida simple de un jubilado de cuida un gato y juega ajedrez en una plaza, rodeado de palomas.

— ¿No vas a escribir más novelas policiales?

—No sé. Conservo mis ganas de contar historias y tengo buenas tramas para desarrollar, sin embargo cuando me pregunto: ¿por qué escribir?, ¿para qué?, ¿para quién?, no encuentro una respuesta convincente.

—Mi amor, creo que la respuesta está en tu interior. En aquellas palabras que me fuiste compartiendo a lo largo de nuestro matrimonio. Ante todo, destaco tu profunda pasión por la escritura basada en tu capacidad para construir relatos con las necesarias dosis de información y emoción. Escribir es tu forma de expresar pensamientos, sentimientos y reflexiones. Es tu medio de comunicación con el mundo para compartir tus ideas y contar historias. La escritura te brinda la oportunidad de conectarte con los demás y dejar una huella en la sociedad. Además, la escritura es una forma de catarsis o terapia, para buscar consuelo y liberación emocional al plasmar tus experiencias y emociones en papel. Me consta que escribir suele ayudarte a procesar sentimientos difíciles y sanar heridas del alma. La escritura te permite explorar tu inmensa creatividad e imaginación, para dar vida a personajes que solo existen en su cabeza. Por último, como el Destino no nos dio hijos, la escritura

te da la oportunidad de perdurar más allá de tu vida y dejar un legado duradero.

De pronto, la amada voz de Leonor y su presencia apenas intuida se evanescieron al instante cuando, en plena noche siniestra y tormentosa, alguien golpeó mi puerta.

*** FIN ***